



JOSÉ ALEMANY

LUNNA ROJA

Lectulandia

Mientras escuchaba las primeras impresiones del forense, el inspector Néstor Páramo efectuaba un reconocimiento preliminar de la escena del crimen, con sus dos principales protagonistas todavía de cuerpo presente. El doble asesinato había tenido lugar la noche anterior, visiblemente durante el transcurso de una cena íntima, cuyos refinados ingredientes se hallaban dispuestos aún sobre una vasta mesa, emplazada al aire libre, en medio de la inmensa terraza superior de la mansión. El deslumbrante mantel que la cubría tremolaba suavemente por efecto de la leve brisa matutina. Las víctimas eran marido y mujer, ambos en la flor de la vida. Según las apariencias, se habían envenenado mutuamente, mediante sustancias distintas y difíciles de procurar, detalle que parece excluir el suicidio por acuerdo mutuo, para el que bastaba con una de ellas, pero que plantea la ardua cuestión contenida en la problemática simultaneidad de ejecución en que concluyeron dos procesos delictivos visiblemente distintos, preparados con sumo cuidado, durante un lapso sin duda considerable. La elección del mismo modus operandi también constituye una sorprendente coincidencia.

Suele suceder que cuando una persona desea eliminar a otra, particularmente en el seno de la institución matrimonial, la inversa es también más que probable, incluso me atrevería a decir que harto frecuente, pero claro, ocurre las más veces que las intenciones de uno de los dos no llegan a conocerse jamás, porque fue el otro quien se adelantó en los hechos.

La ausencia de vida aún no había conseguido apagar esa irradiación de luz y frescura que exhala la juventud. El empaque que debieron poseer causaría sin duda sensación cuando entrarían juntos en un local.

Lectulandia

José Alemany

Luna roja

Inspector Mendoza - 1

ePub r1.0

Titivillus 24.04.2019

Título original: *Luna roja*
José Alemany, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

EDICIÓN CONMEMORATIVA



VI

ANIVERSARIO


epublibre

PRIMERA PARTE

«Estoy más cerca de ti que tu vena yugular».
Qaf-16, Sura Qaf Verso-16. Corán.

I

Mientras escuchaba las primeras impresiones del forense, el inspector Néstor Páramo efectuaba un reconocimiento preliminar de la escena del crimen, con sus dos principales protagonistas todavía de cuerpo presente. El doble asesinato había tenido lugar la noche anterior, visiblemente durante el transcurso de una cena íntima, cuyos refinados ingredientes se hallaban dispuestos aún sobre una vasta mesa, emplazada al aire libre, en medio de la inmensa terraza superior de la mansión. El deslumbrante mantel que la cubría tremolaba suavemente por efecto de la leve brisa matutina. Las víctimas eran marido y mujer, ambos en la flor de la vida. Según las apariencias, se habían envenenado mutuamente, mediante sustancias distintas y difíciles de procurar, detalle que parece excluir el suicidio por acuerdo mutuo, para el que bastaba con una de ellas, pero que plantea la ardua cuestión contenida en la problemática simultaneidad de ejecución en que concluyeron dos procesos delictivos visiblemente distintos, preparados con sumo cuidado, durante un lapso sin duda considerable. La elección del mismo «modus operandi» también constituye una sorprendente coincidencia.

Suele suceder que cuando una persona desea eliminar a otra, particularmente en el seno de la institución matrimonial, la inversa es también más que probable, incluso me atrevería a decir que harto frecuente, pero claro, ocurre las más veces que las intenciones de uno de los dos no llegan a conocerse jamás, porque fue el otro quien se adelantó en los hechos.

La ausencia de vida aún no había conseguido apagar esa irradiación de luz y frescura que exhala la juventud. El empaque que debieron poseer causaría sin duda sensación cuando entrarían juntos en un local.

—¿Alguna pregunta?

—Por el momento es suficiente. En cuanto haya cumplimentado la autopsia, le quedaría muy agradecido se sirviese enviarme una copia del informe completo con toda urgencia.

El forense hizo un gesto de asentimiento antes de retirarse.

El inspector se desabrochó el botón de la americana, apoyó los codos en la balaustrada y se puso a contemplar el mar desde aquella atalaya privilegiada.

Luego, con ademán distraído, extrajo su móvil del bolsillo interior y escribió dos palabras: «Luna roja».

Por internet circulaban centenares de imágenes del fenómeno astronómico ocurrido la noche anterior.

He aquí el espectáculo que contemplaron sus ojos mientras el veneno los hacía rodar hacia el abismo de la muerte. Una medalla incandescente en un cielo de tafetán.

Páramo se mordió el labio inferior antes de esbozar una sonrisa resignada. La humana tendencia al mito podría ser nefasta para la carrera de un policía. Como siempre, detrás de este drama, hay una historia que reconstruir con el procedimiento de rigor. En eso precisamente consiste su trabajo. Entre los muchos hilos que se ofrecen al razonador, este debe escoger el bueno e ir tirando de él.

Lo que el inspector Páramo no podía imaginar en ese momento es que el hilo de marras pudiera llevar atada en su cabo una carga tan consecuente.

II

Cuando, a los trece años, le comuniqué por primera vez a mi padre, profesor de literatura en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, mi intención de ser policía, este no pudo sino responder con la pregunta por excelencia, «¿por qué?».

—Sí. ¿Por qué diablos policía? Cuando yo tengo en casa todos los libros y apuntes que hacen falta para hacer una buena carrera literaria. A lo mejor hasta llegarías a ser alumno mío y, si te portaras bien, podría incluso adjudicarte excelentes notas.

—Quiero ser policía —argumenté con el aplomo de quien ha tomado ya una decisión firme de por vida— porque quiero escribir novelas de crímenes, como las de Conan Doyle.

Mi progenitor sacudió la cabeza mientras doblaba el periódico.

—Nunca debí dejar a tu alcance esa magnífica edición anotada de la Universidad de Oxford.

En tal caso debió apartar también de mi camino los Edgar Allan Poe, los Dashiell Hammett, los Agatha Christie, los Dickens, los Simenon, etc., que engrosaban la nutrida bibliografía que poseía en el género.

—Ahora, el mal está hecho —prosiguió—. Por otra parte, no conozco a ninguno de los grandes escritores del ramo que hayan sido, al propio tiempo, policías. Sé que Galdós solía acompañar a los comisarios e inspectores de Madrid en su labor de campo para familiarizarse con los procedimientos, pero eso es todo. Son dos oficios distintos, pimpollo. Y desempeñar dos oficios es siempre como tener dos sombreros y una sola cabeza, lo que plantea un conflicto permanente. He aquí el sentido del viejo proverbio latino: «No se puede servir a dos amos a la vez».

Con el tiempo, considero que mi viejo movía sobrada razón. No he llegado a la excelencia ni en un dominio, ni en el otro. Pero ¡qué carajo! No se puede decir que me haya aburrido mucho en este bajo mundo, el cual, además de sórdido, resulta tedioso para la inmensa mayoría. Y, mejor o peor, he dejado constancia, a uso de curiosos, de cosas que realmente han ocurrido. Menos da una piedra.

Así pues, sin más tardar, y sin despilfarro de florituras retóricas, como tal vez hubiera deseado mi padre, paso a narrar el desarrollo de esas historias que presencié con estos ojos que se ha de comer la tierra.

Cuando ingresé en el cuerpo en calidad de ayudante, se me adjudicó al equipo del inspector Esteban Mendoza.

Esteban Mendoza podía pasar sin esfuerzo por la viva estampa del gaucho en traje de civil, del pastor de la pampa que, por necesidades del oficio, tuvo que enfundarse, como buenamente pudo, en una indumentaria presentable para poder patear las aceras de Buenos Aires sin llamar demasiado la atención. Sus enormes mostachos negro de humo y la endrina capa pigmentaria de su piel confirmaban al observador en tal opinión. Sin embargo, la realidad era otra, ya que Mendoza pertenecía a una de las familias aristocráticas de mayor abolengo y más antiguamente arraigadas en la ciudad del Plata, cuya historia se confunde con la de la nación de tan imbricadas que se encuentran ambas. Intelectualmente era cultivado y brillante, razonador al tiempo que intuitivo, cualidades que hacían resaltar las tablas que poseía en el oficio, el perfecto dominio de los protocolos y procedimientos de una investigación bien llevada, que él solía aproximar hasta los linderos de lo artístico, pero que, consciente de su leyenda, se empeñaba en encubrir con objeto de extraviar a los incautos que se dejan influenciar por las primeras impresiones y desarmarlos en el momento oportuno con una deducción o una reacción fulgurante y definitiva.

No obstante, en la época en que integré su elenco de detectives, Mendoza daba la impresión de hallarse completamente desorientado, con la mente embotada o enmarañada ante un sinfín de hipótesis. Se enfrentaba a un adversario que no cometía errores y parecía disponer de una fascinación sin límites, operativa incluso después de una intensa campaña de prevención difundida a través de todos los medios de comunicación de la zona; la cual, por cierto, conociendo las supuestas dotes literarias que ya figuraban en mi historial, me encargó a mí, encareciéndome la importancia de contar únicamente lo que contribuyera a poner sobre aviso a la gente femenina, sin que filtrara algún dato susceptible de alertar, o instruir al habilísimo asesino, ante la posibilidad de ciertas maniobras policiales. En efecto, me encargué de aleccionar a los periodistas para que difundieran la idea de que el individuo en cuestión era, sin duda alguna, un tipo de esos a los que se les permitiría comulgar sin confesión. Alguien que debía reunir en su fisonomía los rasgos de una marcada seducción viril, combinados con una aparente inocencia

angelical. Muy probablemente se trataba de un hombre muy joven, casi un adolescente. Aquello se acercaba mucho a un retrato robot.

Y sin embargo Mendoza parecía condenado a asistir, impotente, una y otra vez, al levantamiento de cadáveres de mujeres, atrocemente mutilados.

Me estoy refiriendo al caso conocido como del asesino de la estación de Retiro, que levantó, por largo tiempo, una mala racha para la policía bonaerense y más precisamente para el inspector Esteban Mendoza, a quien tan solo su inamovible reputación dentro del cuerpo salvó de ser relevado en la investigación, pero tuvo que soportar presiones indecibles por parte de la jerarquía e incluso provenientes de la cúspide política del país.

III

Lucrecia Setembri, como todas y cada una de las mujeres que residían en las inmediaciones de la estación de Retiro, particularmente las jóvenes, vivía en un estado de permanente zozobra. El asesino estaba allí, bebiendo mate en la terraza de algún café, o tal vez tomando el sol sentado en el banco de un parque, o discutiendo con la portera de un edificio burgués, comprando el periódico en un quiosco, haciendo cola para entrar en un cine o caminando hacia casa con un pan bajo el brazo. En fin, que podía ser cualquiera.

Lucrecia sumaba el agravante de tener que salir de casa, o regresar a ella, durante las horas nocturnas, en función de los turnos de trabajo establecidos por la empresa en que trabajaba como técnico de laboratorio. Lo cual, aunque ella lo ignoraba, no tenía la menor relevancia, pues la mayoría de las víctimas habían sido seducidas durante las horas centrales del día.

El origen de su obsesión por Mario Aventino se debió a una pura casualidad. Aquella noche descendieron ambos del mismo tren y Lucrecia no pudo reprimir la necesidad de lanzar una rápida ojeada hacia los hombres que caminaban detrás de ella. Inevitablemente atrajo su atención la esbelta figura de Aventino. Como es lógico, volvió a mirar al frente y se dirigió, a buen paso, hacia la salida de la estación.

En el vestíbulo de la misma, entre la multitud de pasos, distinguió unos que resonaban con una intensidad particular, justo detrás de ella.

Ya en la calle, apretó todavía más el paso. Si hubiera pasado en ese momento un taxi, le hubiera hecho una señal al conductor para tomarlo. Pero curiosamente no se vislumbraba ninguno en ese lugar tan céntrico.

Por más que se apresurara, el tableteo de los pasos la seguía de cerca.

Entonces, amparada por el gentío, que era todavía numeroso, decidió detenerse bruscamente ante el escaparate de una tienda que resultó ser de lencería femenina, lo que la incomodó un tanto.

El individuo en cuestión siguió su camino.

Lucrecia aguardó un par de minutos, antes de cruzar a la otra acera. Luego tomó un atajo que la conduciría, incluso con mayor celeridad que empleando su itinerario habitual, cierto, más concurrido, hasta su domicilio.

Aminoró el paso mientras consideraba la posibilidad de haber reaccionado de manera desproporcionada ante unas circunstancias que, bien mirado, no tenían nada de excepcional. Un hombre viaja en el mismo tren, desciende en la misma estación y camina detrás de ella, sencillamente porque ella acelera tanto el paso que no le deja pasar delante. Cuando al fin lo hace, el sujeto sigue su camino sin mirar atrás. La explicación es simple, una mínima parte del trayecto es común a ambos.

Lucrecia se preguntó hasta cuándo iba a durar aquella sicosis. ¿Cómo era posible que la policía no fuera capaz de detener a un asesino que reincidía con tanta frecuencia y en un perímetro tan reducido, que nunca iba mucho más allá de las meras inmediaciones de la estación de Retiro?

Un tanto avergonzada de su miedo, decididamente prematuro, respiró hondo y trató de serenarse.

Lo había logrado cuando emergió en la avenida principal en la que, no mucho más lejos, se encontraba su domicilio. El corazón le dio un vuelco al escuchar un tableteo familiar de pasos que le venía a la zaga.

Sin poder reprimir el gesto, se volvió para mirar atrás. En efecto, allí estaba el tipo que la seguía desde la estación de Retiro. Solo que no debía ser la primera vez y ya conocía su domicilio, así que había continuado sin detenerse, seguro de que iban a encontrarse en el mismo punto, ante la puerta de la escalera que conducía a su apartamento.

En un arrebato irreflexivo, cruzó la calle mucho antes del paso de peatones. Afortunadamente se produjo un concierto de claxon, con multitud y variedad de timbres, pero ningún accidente.

Una vez en la otra acera, olvidándose de todo disimulo, corrió lo más y mejor que pudo hasta franquear el umbral de la puerta de entrada a la escalera.

La puerta no cierra, recordó con desesperación.

No se hallaba el ascensor abajo y tampoco podía perder tiempo esperando a que bajara. Decidió afrontar, con zapatos de tacón alto, los peldaños de tres pisos; pero un asesino andaba pisándole los talones, así que no se lo pensó dos veces. Error fatal, comidió para sí, desesperada. Un hombre, con zapato plano, corre más. Y allí ya no podía ampararse en la multitud que pululaba por las calles.

Sus más negros presagios se confirmaron cuando oyó que la puerta se abría de nuevo y que de la manga de un abrigo sobradamente conocido surgía una mano recia, huesuda, que se agarraba a la barandilla para aumentar el empuje dado al cuerpo con las extremidades inferiores.

Todavía le quedaba un piso por subir. El escándalo que producían sus talones al golpear los peldaños de la escalera se asemejaba mucho al de la ráfaga de una ametralladora.

Ya sin resuello, llegó al rellano del tercero. Revolvió en el interior de su bolso para extraer las llaves, que se mostraban renuentes a aparecer. Cuando ya se disponía a volcar el entero contenido en el suelo, se dignaron a mostrarse.

Introducir la llave apropiada en la cerradura constituyó, en su estado, un trabajo arduo. Tras numerosos intentos fallidos, lo consiguió. Los pasos de su perseguidor sonaban ya en el último tiro de la escalera.

El mecanismo del cerrojo volteó con un acorde solemne de crujidos y la puerta se abrió. Lucrecia se coló como una corriente de aire, logrando, no sin trabajo, cerrarla desde el interior.

Dejó caer su espalda sobre el tablero de la misma. Le faltaba la respiración y el corazón amenazaba con salirse por la boca.

Donato, su prometido, que la estaba aguardando, como de costumbre, antes de regresar a su propio apartamento, donde vivía con su abuela, corrió, alarmado, al recibidor, para ver qué era aquello.

Lucrecia lo miró con unos ojos que destellaban relámpagos de terror puro. Pero no podía hablar.

Donato la agarró por los hombros y la sacudió.

—¿Qué pasa?

Haciendo un esfuerzo por dominar su azoramiento, alcanzó a musitar:

—Un hombre. Me ha seguido desde la estación hasta la misma puerta.

—¿La de abajo o la de arriba?

—La de arriba.

Donato hizo un gesto para apartarla a un lado, pero ella se resistió.

—¡No!

—¿Cómo que no?

Y la asió de un brazo para quitarla de delante de la puerta, que abrió y salió corriendo, escaleras abajo.

Lucrecia cerró de inmediato y aplicó su ojo a la mirilla. Arriba, se dijo, quizá haya continuado hacia arriba y esté todavía allí.

Al cabo de unos minutos, Donato regresó.

—No he visto a nadie.

Lucrecia dudó un instante, pero al fin expresó su temor.

—Es posible que haya seguido hacia arriba.

Donato asintió y corrió en esa dirección. Lucrecia se quedó sola en el rellano, aunque, sintiendo que el pánico la invadía, corrió a encerrarse de nuevo. Como antes, aplicó el ojo a la mirilla y aguardó, procurando registrar el menor sonido proveniente del exterior. La luz se apagó, pero volvió a encenderse casi de inmediato.

Los minutos se estiraban cual si fueran de goma. A punto estuvo de telefonar a la policía, pero su mente quedó fascinada y paralizada por la visión del rellano, iluminado por una tétrica luz amarillenta, como una flor de cementerio.

Al cabo, regresó Donato.

—Tampoco hay nadie arriba.

—No es posible. No ha tenido tiempo de abandonar el edificio.

—Pues será un fantasma. Porque al bajar, no he notado que nadie me precediera. Y arriba no hay donde esconderse.

—Quizá haya tenido la suerte de encontrarse con el ascensor al alcance de la mano.

—No estaba el ascensor en la planta baja.

—Pues no lo entiendo.

—En cualquier caso, se fue. Ya no está aquí.

Lucrecia le agarró con las dos manos el rostro.

—No te vayas, por favor, esta noche. Tengo demasiado miedo para quedarme sola.

—Tranquilízate. Aquí estás a salvo. La puerta es blindada. Si tuvieran que derribarla, despertarían a toda la finca. Mi abuela está chapada a la antigua, sería demasiado complicado tener que darle explicaciones.

Lucrecia asintió.

—Espera al menos un rato. Tómate un café mientras cenó. Luego me iré a dormir y mañana será otro día.

IV

El rumor sordo de la afanosa Buenos Aires dio el último empujón a Donato Seifert que lo echó fuera definitivamente del apacible sueño. Levantó la persiana para comprobar que el rosicler de la aurora se hallaba ya o, mejor dicho, todavía, en un rincón del cielo. Disponía de tiempo sobrado para honrar la primera cita del día. Muy bien, eso significaba un desayuno tranquilo, reforzado por un café en la confitería de la esquina, leyendo algo más que los titulares del periódico.

Agarró el móvil, comprobando que no tenía llamadas. Perfecto. Miró la hora exacta y vio que ya podía telefonar a Lucrecia. Lo hizo.

—¿Qué tal pasaste la noche?

—Muy bien. Estaba agotada y olvidé pronto el incidente. Me acosté y me quedé dormida al instante.

—Magnífico. Pues eso es todo lo que quería saber.

—Lo olvidé, anoche —precisó—. Pero ahora, al despertarme, no puedo parar de pensar en ello. Cada vez estoy más segura de que es él. ¿Quién si no haría una cosa así?

—¿Él? ¿Quién?

—¡El asesino de Retiro!

—Vamos a ver, mientras estés rodeada de gente, en la calle, estás a salvo. ¿No es verdad?

—Pues sí...

—Si te volviera a seguir, no subas sola la escalera. Me llamas y yo bajo. ¿Vale?

—Me parece correcto.

—Pues hasta la noche. Que pases un buen día. Un beso.

—Igualmente. Besos.

Se puso el batín y, tras lavarse la cara, pasó a la cocina, donde su abuela Matilde le había preparado el desayuno y le estaba aguardando para despacharlo juntos.

—Buenos días, amor. ¿Qué tal dormiste?

—Muy bien. ¿Y vos?

—Regular. Ya ves, hoy no tenés tu Goya. No lo encontré en la cremería. Me dijeron que es el primer problema de abastecimiento registrado desde hace más de diez años.

—¿Qué más da, abuela, un queso que otro? El Romanito también está muy sabroso.

—Ya, pero el Goya es tu preferido. Solo Dios sabe lo que serías capaz de hacer por un pedazo de Goya.

Donato sonrió.

—¿Qué proyectos tenés para hoy?

—A las diez, cita en el notario. Una venta consistente. ¿Por qué?

—No. Por nada.

—¿Cómo que por nada? Por algo lo habrás dicho.

—Me hubiera gustado no ir sola. Pero vos no podés...

—Ir, ¿dónde?

—Me han dicho que quieren comunicarme algo importante.

—¿Quiénes?

—La organización.

—¿Las madres?

—Las abuelas ya, Donato.

Una lágrima resbaló, de repente, por la agrietada mejilla de la anciana.

—Vamos abuela, sé que la cosa tiene su trascendencia. Pero hace veinticinco años que mis padres desaparecieron. Están muertos los dos, de eso no cabe la menor duda. No digo que no vayas, desde luego, pero ya ha pasado un tiempo más que suficiente para no tomarlo a la tremenda.

—Comprendo tu insensibilidad, porque no los has conocido. Pero para mí eran mis hijos. Recuerdo como si fuera ayer la última vez que los vi. Se iban los dos juntos al ginecólogo, por segunda vez desde que supieron que Lucía estaba embarazada. Meses más tarde, como un favor especialísimo, que acordaron a tu abuelo amigos suyos bien situados, nos permitieron ir a recogerte a un hospital al que te habían trasladado desde una maternidad clandestina. Cosa que no es poco de agradecer, sabiendo como sabemos ahora que los niños nacidos en tales condiciones eran destinados, casi sin excepción, a parejas pudientes que no podían tener hijos.

—Lo sé, abuela. Lo sé. Si pudiera ir con vos, lo haría.

—Comprendo —aseguró Matilde, secándose los ojos—. Ah, no olvides que esta tarde tenés cita en el dentista. A las cuatro.

—No lo olvidaré, abuela.

V

Durante aquellos días me pregunté si no hubiera hecho mejor en callarme lo de mi afición a la literatura, pues extraoficialmente se me había nombrado secretario del equipo. El inspector Mendoza juzgó que era conveniente, por el momento, mantener un control sobre los datos que iban aflorando de la investigación, de modo que no filtraran fuera del círculo de detectives y funcionarios que se ocupaban directamente del asunto. Los asesinatos en serie son como un pastel gigante, alrededor del cual zumban sin cesar, cual moscones, nubes de periodistas. La prensa se muestra siempre ávida de estas cosas, en grado incluso superior al que suscitan la política, la corrupción y hasta el fútbol. Evidentemente se ha creado una sicosis colectiva y los periódicos y demás medios de comunicación saben que aumentarla significa incrementar los beneficios. Por lo tanto, serían capaces de cualquier cosa con objeto de obtener la más insignificante migaja. Sin embargo, no hay que olvidar que el asesino es un lector y un oyente como todos los demás. Sobradamente conocido es el hecho de que los delincuentes, en especial los asesinos en serie, suelen seguir con gran minucia los avances de la investigación a través de la única fuente que se halla a su disposición y que, entre los efectos de una buena parte de ellos, se han encontrado recortes de periódico que trazan las etapas fundamentales de la evolución de los casos. Por eso hay que medir mucho lo que se entrega a la prensa. Y también hay veces en que conviene embaucarla, por el bien de la causa.

Lamentablemente, los datos significativos que arrojaba la investigación eran muy pocos, por no decir ninguno. Eso sí, el volumen de los informes, de los que yo tenía que hacer una ficha extrayendo lo esencial, era copiosísimo, ya que los detectives estaban realizando una labor de campo excepcionalmente exhaustiva, de la que yo, por cierto, me hallaba exento como consecuencia de mi intensa actividad como amanuense, no menospreciando la aportación de ningún testigo, interrogando a todo el mundo, por poca relación que tuviera con el caso, y siguiendo con absoluto rigor, hasta el final, cualquiera de las pistas que se abrían ante ellos, incluso las más inverosímiles, porque, a veces, la realidad es inverosímil, al contrario de la literatura. Semejante exceso de actividad generaba todos los días un

corpus verbal hipertrófico, del que yo debía extraer lo básico, teniendo al propio tiempo mucho cuidado de no olvidar ese detalle, ese átomo cuya fisión nuclear podría ser susceptible de iluminar el caso en toda su amplitud.

Con el paso de los días, llegué a tomarle gusto a la tarea, pues se trataba, al fin y al cabo, de escritura, de poner el pétalo justo, en la flor precisa y esta en la rama adecuada, sin desvirtuar el conjunto.

Una tarde, el subinspector José Vicente Comín interrumpió mi concentración.

—El patrón llama a sus tropas a una reunión de urgencia. Parece ser que tenemos sospechoso.

Sin aguardar respuesta, desapareció por el pasillo. Un nombre se iba a destacar por encima del vastísimo repertorio de personajes que engrosaba la población de esa novela que se estaba escribiendo sola. Seguramente habría hecho su ficha como la de todos los demás, sin ver en ella nada digno de mención. Un personaje corriente y moliente, que, de repente, podría revelarse el sádico sicópata, autor del asesinato y posterior mutilación de ocho mujeres, todas ellas dotadas de una belleza percuciente.

Cerré la tapa del ordenador, así como la puerta de mi despacho, con llave, y volé a la sala de reunión.

El inspector Mendoza parecía recogerse en la cabecera de la mesa como un torero minutos antes de la corrida.

—Ya estamos todos los que nos encontramos en casa. Los demás vendrán en cuanto puedan. —Precisó el subinspector Comín.

Wolf, el otro subinspector, encendió el videoprojector.

Un rostro desconocido apareció en pantalla. Se trataba de un hombre fichado ya por la policía, porque era en realidad su ficha lo que estaban viendo. Podía leerse perfectamente el nombre, Ceferino Conrado Linares, de nacionalidad peruana y cirujano de profesión. Lo cual tenía la ventaja de explicar la precisión con que habían sido extirpados los órganos genitales de todas las víctimas. Wolf precisó, sin embargo:

—Sus títulos de medicina son altamente sospechosos. Ha sido acusado de robo de material médico en diversos hospitales y de ejercicio ilegal de la medicina. Su relación con nuestro caso es que, en el mismo solar en que apareció el cadáver de la última víctima, a pocos pasos, se ha encontrado una gorra conteniendo uno de sus cabellos. Es, en principio, el culpable ideal, pero hay que explicar la inepticia de haber dejado tras de sí ese rastro tan evidente. Ciertamente, es posible que con la precipitación de querer descargar del coche y abandonar lo más rápidamente posible el cuerpo, en plena oscuridad,

hubiera perdido la gorra, sin notarla en falta enseguida, pero no deja de ser extraño que no fuera de inmediato a recuperarla. Sobre todo, teniendo en cuenta que estamos ante alguien que no comete errores. En los siete crímenes anteriores no se le ha registrado ninguno.

—A veces —terció el inspector—, el destino juega malas pasadas. Un portador habitual de sombrero llega a olvidarse de él, como se olvida del ruido de la catarata quien vive junto a ella.

—Al llegar a casa y mirarse al espejo, la echaría en falta. Todavía quedaba noche más que suficiente para volver a recuperarla.

—Sea cual fuere la emoción que esos tipos sienten al cometer tales actos, probablemente le embargaba todavía. Así que no sería de extrañar que no se hubiera percatado de la ausencia de la gorra encima de su cabeza, acostándose, por lo tanto, sin ella y no descubriendo su pérdida hasta el día siguiente o incluso hasta un tiempo más largo.

El argumento de Mendoza dejó pensativo y silencioso a Wolf.

—Sin embargo, —prosiguió aquel— no creo que sea este nuestro hombre.

El detective Cassini quiso saber la razón de tan perentorio descarte.

—Su físico no es el del empleo. Ceferino Conrado Linares no es un hombre bien parecido. Admito que no se le puede calificar terminantemente de feo, pero no es el tipo de hombre por el que una mujer pondría su vida en peligro. Porque, a estas alturas, de esto se trata. Cuando atrapemos a esa rata, veremos que tiene el aspecto de Rodolfo Valentino.

Esther, la sicóloga del grupo, abundó en esa opinión.

—Las ocho víctimas, eran rubias despampanantes. La que menos, medía uno setenta de altura. Sus otras medidas se acercaban mucho al ideal absoluto que la mayoría de hombres se hace del summum de la seducción femenina. No obstante, todas ellas aceptaron llevarlo a su propia casa, o a una habitación de hotel, que ellas mismas pagaron. Excepto la última, que tuvo a bien entregarse en el habitáculo de un coche.

—Bueno —objetó Cassini— eso de la seducción también tiene sus misterios. Yo tampoco he comprendido nunca cómo un amigo mío, que era, y es, más feo que pegarle a un padre con un calcetín sudado, se lleva a todas las tías de calle, como quiere y cuando quiere.

—Lo vamos a investigar —concluyó Mendoza—. Por supuesto que lo vamos a investigar. Entre otras razones porque no tenemos nada más a lo que hincar el diente. Pero ya veréis como no es él.

VI

Al bajar del tren en Retiro, Lucrecia se volvió hasta tres veces para ver si el hombre del abrigo talar la seguía. No quiso hacerlo más para no llamar la atención. No obstante, antes de abandonar el andén, no pudo resistir la tentación y se giró. Allí estaba el tipo, entre los más rezagados, caminando tieso como el palo de una bandera.

Esta vez, se dijo, invertiremos los papeles. El seguidor será seguido.

Se detuvo en el quiosco para comprar el periódico mediante un billete que requería aguardar el cambio. Luego curioseó, sin el menor interés, la prensa sensacionalista, dándole sedal largo. Por fin, extrajo el teléfono de su bolso con objeto de llamar a Donato, como habían convenido.

—Muy bien, —aprobó este—. Síguelo a distancia, que yo os espero abajo. Veremos qué hace.

Lucrecia no tuvo ninguna dificultad en hacerlo, ya que la elevada estatura del sujeto le permitía controlar, incluso a considerable distancia, su figura rectangular, bien tallada, una buena parte de la cual sobresalía por encima de las cabezas de los transeúntes. Todos los medios de comunicación habían insistido en prevenir a las mujeres que debían transitar por el perímetro de riesgo. Se trata de un hombre bien parecido.

Ni una sola vez se dio la vuelta para comprobar si ella lo seguía. Ni falta que le hacía, desde luego.

Lucrecia sintió curiosidad por ver cómo miraba a las mujeres que encontraba a su paso. Así que apresuró el paso para acercarse más a él. No dejó de sorprenderse a sí misma al constatar que, en el fuego de la acción, era capaz de comportarse con absoluta sangre fría. Otra cosa es cuando el peligro se agazapa en la oscuridad. Una amenaza, vista, lo es menos.

Pronto quedó decepcionada porque, no es que el hombre del abrigo no mirara a las mujeres de una manera especial, es que ni siquiera parecía notar su presencia. Daba la impresión de ser un robot, a quien hubieran programado para llegar a un destino y nada podía interferir en su misión.

Un tipo duro de pelar, sin lugar a duda. De repente la invadió cierta inquietud por Donato. A pesar de que ambos hombres debían poseer, aproximadamente, el mismo gálibo. Quizá el de Donato sea algo inferior,

aunque no mucho. Lo cierto es que, con anterioridad, nunca se había preocupado por él en ese sentido, pero ahora se preguntaba si acaso corrían el riesgo de enfrentarse los dos por su culpa. En fin, no es normal que un hombre la siga de esta manera, hasta la propia puerta de su apartamento.

Volvió a una distancia más prudencial, manteniéndola hasta que llegaron a las inmediaciones de su domicilio. Como previsto, allí se encontraba Donato, fingiendo que aguardaba a alguien o algo.

Lucrecia le hizo señas, como indicándole que el tipo en cuestión era ese mismo que caminaba unos cincuenta pasos delante de ella.

Donato lo dejó pasar y se coló tras él, casi pisándole los talones, en la escalera.

Comenzó una espera que, a los pocos segundos, Lucrecia la juzgaba ya insoportable.

Extrajo de nuevo el móvil de su bolso y buscó el número de la policía, para tenerlo preparado en caso de necesidad.

Transcurrieron cinco minutos antes de que, sin poder contener su ansiedad, fuera a abrir la puerta de la escalera. El silencio negro que reinaba en su interior la rechazó hacia afuera como si hubiera recibido su cuerpo un formidable chorro de aire comprimido. El latigazo de un escalofrío la recorrió de punta a punta, por lo que tuvo que apoyar la espalda en la pared para no caerse redonda.

Respiró hondo, en un intento desesperado por recuperar el control sobre sí misma. Sus manos escarbaron, frenéticas, en el interior del bolso, en busca del móvil.

Cuando ya se disponía a pulsar el botón de llamada, salió Donato. Venía sonriente. Lucrecia lo miró incrédula.

—Vive arriba. Justo en el piso de arriba.

VII

El día había sido rico en emociones. En primer lugar, la venta se había realizado sin incidentes suplementarios. Comprador y vendedor firmaron el acta como si estuvieran fichando para entrar en el trabajo. Con lo cual, la succulenta comisión aferente ingresó automáticamente en su ya abultada cuenta bancaria. En esa ocasión no se había tratado de una casa cualquiera, sino de una auténtica mansión colonial, dotada de unas dimensiones que pertenecían a otra época, y situada en un punto céntrico de la capital. Una transacción de esa envergadura merecía ser celebrada, cosa que hizo debidamente yéndose a yantar en uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Tras ello, se dirigió a su librería favorita, donde tuvo la suerte de toparse con volúmenes que había estado persiguiendo durante años. Los compró sin pestañear.

Lo menos agradable fue el dentista, pero lo tomó como una penitencia formadora y enriquecedora.

Para concluir, como ya sabemos, la jornada de la manera más favorable con el desenlace inesperado del asunto que, desde hacía algunos días, llevaba a maltraer a Lucrecia.

De manera que ni siquiera una vez pensó en la importante comunicación que debían hacerle a su abuela en la organización. Después de todo, nada iba a cambiar en su vida si llegaba a conocer el nombre de los asesinos de sus padres, porque de eso se trataba, con toda seguridad. ¿Qué más da contemplar la cara concreta que sobresaldrá de un uniforme preciso? Solo unos gramos más de odio en su haber. Una invectiva dirigida a alguien que probablemente estará ya muerto. Y de nuevo la frustración de no recuperar nada a cambio, de fracasar en todo intento de adherir cualquier sentimiento auténtico a la reducida colección de retratos sepia que su abuela nunca olvida mostrarle en cada aniversario de la desaparición, en cada cumpleaños suyo. Y las lágrimas inagotables de ella. El dolor infinito de la única persona en este mundo a quien en realidad ama.

Nada más abrir, verificó lo que temía. Desde el recibidor vio que había luz en el salón. La abuela aguardaba su llegada.

Al verle entrar, Matilde dejó a un lado la labor de calceta, para alzar enseguida hacia él unos ojos que brillaban como dos mañanas juntas sobre una media sonrisa. Donato, intrigado de verdad, se sentó frente a ella, en el sillón.

—¡Una bomba!

—¿Cómo?

La perplejidad sostenía un pensamiento que pugnaba por desbocarse. No es posible.

—¡Una bomba, Donato!

—¿Cómo? ¿Cómo que una bomba? —balbució el nieto, tras haber palidecido intensamente.

—Tenés un hermano.

—¿Qué?

—Un hermano gemelo. Que debe ser igual. Igualito a vos.

—¡Diablos! ¿Te han dado pruebas de eso?

—Todo está aquí.

Matilde señaló con el índice un sobre color marrón que yacía sobre la mesa baja.

—Por eso condescendieron en entregarte a nosotros. Porque erais dos...

La abuela alargó la mano, atrapó el sobre y comenzó a sacar documentos.

—He aquí el certificado auténtico de nacimiento: dos varones, nacidos vivos. Firmado por el doctor Adolfo Silvestrini, con quien he hablado esta mañana. Según él, nadie se atrevía a contravenir las órdenes de los militares en aquellos días.

Donato extendió el brazo y leyó el papel. Luego Matilde le enseñó otro:

—Esto es el certificado de adopción. Tu hermano fue entregado a un banquero de alto vuelo, comprometido con el régimen, de nombre Ernesto Espenberger. Quien lo inscribió en el registro civil con el nombre de Luis Ernesto Espenberger. Mira esto.

Todo ello eran papeles cuya autenticidad era innegable.

—Erais dos, Donato. No uno, sino dos.

—Así que existe otro yo —murmuró Donato, sin salir todavía de su asombro.

—Tenemos que encontrarle.

—Sí, claro. Aguarda un momento.

—¿A dónde vas?

—Pues a eso que has dicho. A encontrarle.

—¿Ahora?

—En el acto, abuela. ¿O no sabes que hoy en día existe algo que se llama Facebook?

Donato regresó al punto con su ordenador portátil. Tecleó el nombre de su hermano y se quedó mirando la pantalla de hito en hito. Luego, con mucha suavidad, la giró hacia su abuela. Matilde se tapó la boca con la mano, como para detener una exclamación.

—¡Oh!

Únicamente al cabo de varios minutos pudo añadir:

—Sos absolutamente iguales. Idénticos.

VIII

La investigación se centró pues en Ceferino Conrado Linares y comenzaron a afluir los informes sobre su persona. Tal y como se sospechaba, sus títulos en medicina y cirugía eran falsos. Había efectuado estudios relacionados con dicha materia en la Universidad de Lima, desde luego, pero no había conseguido graduarse. La policía peruana informó que se le había practicado una detención a raíz del desmantelamiento de una clínica ilegal de cirugía estética, en la que se produjo un fallecimiento como consecuencia de un aumento de glúteos y se registraron otros problemas de salud relacionados con operaciones similares. Tras cumplir una breve condena, pasó a Colombia, donde se repitió la historia. Y de allí se vino a Argentina con la intención de seguir con el mismo tipo de vida. En nuestros archivos consta una condena por robo de material médico en un hospital y otra por haber introducido en dicho establecimiento a una mujer disfrazada de enfermera, con objeto de practicarle allí una operación intrusiva de alto riesgo. Por aquel entonces trabajaba para una clínica bonaerense sobre la cual recaían fuertes sospechas respecto a las más variadas irregularidades, pero sin que se hubiera producido todavía ningún suceso fatal.

Como primera provisión, el inspector Mendoza ordenó que se le mantuviera bajo estricta vigilancia las veinticuatro horas del día durante un periodo todavía por definir. Razón por la cual, muchos efectivos destinados a otras tareas fueron afectados a dicha labor de vigilancia. Yo mismo colaboré en ella, cenando en el mismo restaurante que Conrado Linares mientras otro equipo efectuaba un registro minucioso en su domicilio.

El Estado Federal me pagó una cena de base, que contrastaba grandemente con la opípara de Ceferino, regada, por cierto, con los mejores caldos del país y rematada por café y licores. No en balde se le estaba desarrollando el abdomen y la papada.

Cuando este pagó y abandonó el local, fui reemplazado por otro colega para, sin pérdida de tiempo, regresar al cuartel general con objeto de seguir tratando los informes que afluían.

En el registro del apartamento de Conrado Linares se halló un estuche completo de utensilios quirúrgicos, fácilmente transportable, que bien podía

haber sido utilizado en la mutilación de los cuerpos, pero que no ofreció ninguna muestra que permitiera establecer una relación con el caso. Sí se encontró, por el contrario, una abundante colección de pornografía en los soportes más variados. Empezando por el formato libro, género literario, los anaqueles de su biblioteca contenían una colección, en lengua original, de las obras completas del Marqués de Sade. También se hallaron títulos como «El amante», «Los amores prohibidos», «Nueve semanas y media», «Emmanuelle», «Lolita», «Historia de O», «Historia del ojo», «El amante de Lady Chatterley», «Trópico de Cáncer», entre otros. En formato vídeo, se encontraron desde los clásicos «El ángel azul», «Éxtasis», «Carne», «Delicias turcas», «La bestia», «El imperio de los sentidos», etc., hasta la más tosca de las películas pornográficas que puede encontrarse en el cutre video club de un barrio de arrabal. En formato revista gráfica, lo mismo, desde las más prestigiosas, hasta las revistas sin nombre, editadas por no se sabe quién. Finalmente, su ordenador personal se hallaba repleto de dicho material.

Llamó la atención de los investigadores el hecho de que, excepto ciertos grandes clásicos en los dominios mencionados, la mayor parte del corpus presentaba el tipo femenino que caracterizaba a la totalidad de las víctimas, la valquiria, rubia, ojos azules, estatura elevada, formas generosas, feminidad bien marcada, recargada incluso.

Seguidamente comenzaron a llegar los informes que relataban el fin de la velada para Ceferino Conrado Linares. Tras abandonar el restaurante, se dirigió directo a un conocido bar de alterne, donde eligió a una fémina de su gusto y la llevó a su apartamento, cosa que suscitó la alarma entre los miembros del equipo. Si había que detener a Ceferino, lo más prudente era hacerlo antes de ocurriera un accidente.

Tras reflexionar un instante, el inspector Mendoza ordenó que se abstuvieran de intervenir. La totalidad de las víctimas pertenecía a un estatus social elevado. Una prostituta, por refinada que fuera, no parecía correr mucho peligro.

En efecto, a las tres de la madrugada, la mujer salió del domicilio de Conrado, subió en un taxi que la estaba aguardando, con el que se trasladó al suyo propio. Circunstancia que podía ser calificada de significativa, pero no de decisiva.

El inspector Esteban Mendoza, determinó, sin embargo, que al día siguiente se procediera al arresto de Ceferino Conrado Linares.

IX

Donato entró de buena mañana en la cocina ordenador en ristre. Como siempre, el desayuno estaba listo sobre la mesa y Matilde aguardándolo para tomarlo juntos.

—¿Qué vas a hacer?

—Le voy a enviar una invitación.

—¿En qué consiste exactamente eso?

—Pues él verá mi foto y un mensaje indicándole que quiero ser su amigo.

—¿Qué hora será en España?

—Las trece horas. En punto.

—Buena hora.

—Ya está hecho.

Donato apartó el ordenador a un lado y comenzó a desayunar.

—¿Fuiste al dentista?

—Sí, abuela. Claro que fui.

—Ya. Como a veces te enfrascas y te ciegas con tu trabajo. Por cierto, tu abuelo estaría orgulloso de ti. Hay que ver lo que has hecho progresar el negocio.

—¡Caramba! Ya tenemos respuesta.

—¿Ya? ¡Cielo santo! ¿Y qué dice?

—Esto.

Donato orientó la pantalla para que su abuela la viera. Matilde pudo leer una frase interrogativa: «¿Quién eres?». Pero no con dos, sino con muchos signos de interrogación.

Donato recuperó el control del aparato y escribió lo siguiente: «Con esta cara que tengo, ¿podría ser otra cosa que tu hermano?». Añadiendo su número de teléfono con el prefijo internacional incluido.

Cuando acabó de escribir, Matilde se apoderó con ansia de la pantalla. Por toda respuesta, se quedó mirando fijamente a los ojos de su nieto. El cual extrajo del bolsillo superior de su batín el móvil y lo dejó teatralmente sobre la mesa. Casi inmediatamente se iluminó la pantalla y sonó. Donato verificó que el prefijo era efectivamente el de España.

—¿Es él? —inquirió Matilde casi con acento de súplica.

—Sí.

Activó los altavoces y abrió la llamada.

—Buenos días, Luis Ernesto. No solamente somos hermanos, sino, por añadidura, gemelos. Yo lo supe ayer y tú esta mañana.

—He visto que te llamas Donato... Donato Seifert.

—Así es.

—Por extraño que parezca, dada la avanzada edad de mis padres, no supe que era adoptado sino hasta muy tarde, cuando ambos habían fallecido. Entonces imaginé algo por el estilo de lo que me vas a contar. Pero veo que la realidad supera la imaginación. Un hermano gemelo, ¿quién iba a pensar en una cosa así? ¿Y tú cómo lo supiste?

—Ayer me lo reveló mi abuela. Nuestra abuela. La llamaron de la organización las abuelas de la Plaza de Mayo, diciéndole que le iban a comunicar una noticia importante. Y le dieron varios documentos probatorios. ¿Quieres que los fotografíe y te los envíe?

—¿Abuela, dices?

—Te la paso.

Le plantó el teléfono delante a Matilde. Se le hizo un nudo en la garganta.

—¡Hijo mío! —Fue lo único que logró decir y rompió a llorar en silencio.

—Discúlpala. Está un poco emocionada.

—¿Podéis haceros un selfis y enviármelo?

—Claro.

Matilde pasó del llanto a la risa en un abrir y cerrar de ojos. La foto atravesó el Atlántico en unas décimas de segundo.

—Oye, Donato, tenemos que encontrarnos.

X

Donato se hallaba tan concentrado en la lectura de uno de los libros que había adquirido el día anterior, que no oyó el chasquido de la cerradura al voltear. La sensación de una presencia le llamó la atención. Alzó los ojos y vio a Lucrecia en el umbral de la puerta del salón.

—Ah, no te había oído entrar. ¿Sabés que tengo un hermano gemelo?

—¿Qué decís? Vos te habés vuelto loco.

—Nada de eso. Tengo los papeles que lo prueban. Ayer se los entregaron a mi abuela en la asociación.

—¿Qué asociación?

—La de las abuelitas.

—¿De la Plaza de Mayo?

—Pues claro. Y hablé con él por teléfono.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¿Y no te precipitaste a encontrarlo en carne y hueso?

—Vive en España.

Donato expuso todos los detalles que hacían falta para comprender cabalmente la situación.

—Lucrecia, voy a ir a verle.

—¿A España?

—¿Por qué no? Ha insistido en que vaya inmediatamente a pasar unas semanas con él. Después, cuando haya concluido un par de asuntos urgentes que tiene pendientes, regresaremos juntos para que conozca a la abuela. Y a ti, por supuesto.

Lucrecia todavía se hallaba de pie, ante él. Dejó caer el bolso en el sillón y se sentó en el sofá.

—¿Y cuándo te vas?

—El martes. Ya tengo el billete.

Lucrecia arrugó el entrecejo. Parecía contrariada.

—Vaya. Justamente ahora —se quejó al fin.

—¿Y por qué no sería este un momento como cualquier otro para emprender un viaje?

—Ya sabes que el asunto del vecino me ha dejado algo nerviosa...

—¿Por qué? Yo creía que estaba solucionado. No te seguía, a vos. Sencillamente volvía a casa, después del trabajo.

—Cierto. Pero no sé... Me doy cuenta de que es un tipo raro... Lo estuve observando, mientras lo seguía...

—¿Y?

—Me llamó la atención... ¿Cómo lo diría? Una actitud de arrogancia indiferente.

—Eso no hace de él un asesino.

—Su mirada es tan dura como su rostro. Pero lo peor es que parece resbalar como lluvia sobre un hule, cuando se pasea por encima de la humanidad que le rodea.

—Oye. ¿No te parece que exageras? ¿No será que las apariencias habían creado en ti una obsesión y ahora no te puedes deshacer de ella?

Lucrecia fue al aparador y volvió con el periódico que había comprado el día anterior.

—Casi todos los días viene un artículo sobre el caso. En el de ayer se le califica de sicópata. Obsesionado con un tipo preciso de mujer, rubia, de ojos azules, de estatura elevada. La valquiria, en suma. Modestia aparte, más o menos como yo. A continuación, se describe esa patología mental. Lee, es el vivo retrato de él.

Donato leyó el artículo atentamente. Una vez concluida la lectura, quedó pensativo un rato.

—No es un carácter frecuente —admitió—. Pero convendrás conmigo en que, a lo largo y ancho de una ciudad como Buenos Aires, habrá como mínimo unos cuantos miles de tipos así. Por supuesto que no será fácil convivir con ellos a diario, sin embargo, no todos son asesinos. Lo son en potencia, en mayor o menor medida, pero algo impide a la inmensa mayoría pasar al acto.

—Hay en ellos un odio cerval a la humanidad. Para estos individuos, los demás hombres son diablos a los que el guerrero de la virtud tiene la obligación de castigar, con una crueldad que esté a la altura del mal que contienen y provocan. Por esta razón, no experimentan remordimiento alguno tras sus crímenes. Si alguna vez un cúmulo de circunstancias hace que cedan a esta pulsión, el placer que sienten es tan intenso, que les empujará a repetir la experiencia hasta el infinito. De niños fueron maltratados o ignorados, o ambas cosas a la vez. De adultos, adquieren plena conciencia del pavor que provocan en las masas, lo cual va mucho más allá de la atención que nunca

les han brindado, eso subyuga el entero sentir de la colectividad, de la humanidad acaso, y es lo único que puede reconfortarles, porque al fin les reconocen el protagonismo que merecen.

Los dos permanecieron en silencio largo rato, meditando el alcance de tan severas palabras. Lucrecia no había hecho sino resumir, a su manera, el contenido del artículo.

—¿Hoy, quién ha seguido a quién?

—Hoy no estaba.

Silencio de nuevo. Pero que, en esta ocasión, no duró mucho. Un ruido atrajo su atención. Y provenía del piso de arriba. Un objeto metálico había caído, con cierto estrépito, al suelo.

—Está ahí —musitó Lucrecia.

—Cierto. Tiene derecho. Es su casa.

Sin embargo, ambos permanecieron a la escucha. Unos pasos, dados con zapatos de calle, podían percibirse con claridad. Se dirigían, a lo largo del pasillo, hacia la puerta de entrada. La distribución de arriba era sin duda similar a la de abajo.

—Como es arriba, es abajo —musitó, como para sí, Donato.

Lucrecia se levantó de golpe. Se quitó los zapatos y fue corriendo hacia la puerta de su apartamento. Llegada a ella, aplicó el ojo a la mirilla. Justo a tiempo para verlo bajar las escaleras. Cerró la tapa y se volvió hacia Donato.

—Se va. A estas horas...

—No hay toque de queda.

—¡Por Dios, Donato, parece que no quieras ver la realidad!

—¿Cuál es para ti la realidad?

—Es evidente. Este tío se ajusta, como un guante a la mano, a la descripción que hace el periódico del asesino. Solo por eso quedaría justificada una llamada a la policía.

—Sabes que la central telefónica de la policía se satura todos los días de llamadas en relación con este asunto. No nos harían caso.

—Pues vamos personalmente a verlos. Ese ruido, ¿qué crees que podía ser?

—No sé, era un ruido metálico.

—Como el que haría un cuchillo de gran tamaño al caer sobre las baldosas del suelo...

Donato se la quedó mirando de hito en hito.

—¿Sabes qué voy a hacer? Lo voy a seguir.

—¡No!

—¡Sí, para tu tranquilidad y la mía!

—¡No, por Dios, Donato, ese tipo es peligroso y va seguramente armado! Donato la apartó con respeto, pero también con firmeza. Abrió la puerta.

—Llama por teléfono en cuanto puedas.

—Descuida.

Otra vez una larga y tensa espera. En esta ocasión Lucrecia no se sintió con fuerzas para soportarla. Fue a la cocina y tomó un sedante. Luego se sentó a esperar en el sillón del salón, con el móvil entre las manos.

Sonó antes de lo esperado.

—Demasiado tarde. Incluso corriendo, no he llegado a alcanzarlo.

—Puede que haya tomado otra dirección. Distinta a la habitual.

—Puede...

—¿Vas a volver?

—No. Ya estoy a más de medio camino de casa. Tranquilízate. Si lo piensas bien, no hay realmente razones objetivas, que se puedan palpar, pesar y medir, para concluir que el asesino de Retiro vive en el piso de arriba. Haz como la otra vez, cena sin prisa, tómate una tisana y luego acuéstate sin miedo. Porque una cosa es cierta, dentro de tu apartamento estás a salvo.

XI

He aquí la noche de la gran Babilonia, acicalada como una prostituta para que los reyes de la tierra entera cometan actos inmorales con ella y los pueblos de todas las naciones beban el vino de su fornicación hasta las heces. Se ha convertido Babilonia en habitación de demonios, en guarida de todo espíritu impuro. Enciende todas tus luces, hasta relumbrar más que un crisol dentro de una hoguera, pues tus ojos están ciegos y tus oídos no perciben la llamada, el estrépito de la legión de ángeles que viene sonando trompetas para anunciar la caída de la gran Babilonia. Los mercaderes de la tierra se enriquecen con el poder de tu sensualidad y tus casquerías, colmados y boliches no cierran jamás sus puertas. Los escaparates refulgen como ascuas y los ojos de los policías brillan por todas partes buscando al asesino de Retiro, que pasa por su lado y no lo sienten. Sus ojos están llenos de arena o de polvo de vidrio, por eso no ven cómo ondea el manteo de su abrigo cual bandera de desafío. El rumor permanente de la gran urbe les impide oír el grito que resuena en su cabeza. «Allá no hay misericordia, ni esperanza que tener». Escrito está, el diablo es el príncipe de este mundo. Tras él, las más altas jerarquías son sus apóstoles. Y quienes dominan el orbe son sus ministros, sátrapas, arcontes, tenderos y corretones. Sus héroes, los grandes corruptores de masas. Sus sacerdotes, los que practican la magia negra. Y su símbolo más sagrado, el Becerro de Oro. Todo se compra y se vende, la virginidad, el candor, la propia existencia de las gentes, su espacio, su tiempo, su biografía, sus gustos personales. Todo se busca con avidez y se paga a tocateja, porque la gran rueda, la gran noria del mundo, con sus cangilones repletos de dinero, no puede parar ni un solo segundo. «Allá no hay misericordia, ni esperanza que tener; el indio es de parecer, que siempre matar se debe». El embate del mal, no hay quien lo resista y, a poco que nos rebocemos en el cieno, perdemos virtud e inocencia y engrosamos el ejército de los malditos. «El indio es de parecer, que siempre matar se debe, pues la sangre que no bebe, le gusta verla correr». Mezclémonos a la orgía del mal, seamos uno más entre ellos, paguémosle tributo al mundo y él nos lo agradecerá. Quien quiera que sea el autor de todas las cosas y de su sentido, nos ha puesto en medio del muladar

para eso, para que contribuyamos con nuestra podredumbre a su descomposición. Acelerémosla, acabemos de una vez.

*Allá no hay misericordia,
ni esperanza que tener;
el indio es de parecer,
que siempre matar se debe,
pues la sangre que no bebe,
le gusta verla correr.*

La concupiscencia, la perversión, brilla en la mefítica mirada de toda hembra. Desde la noche de los tiempos, su cuerpo exhala una poderosa magia negra, reforzada por las oraciones de todos los diablos. Satanás, el mayor interesado en que el mundo perdure, los incita a ello, los impreca, los amenaza, los insulta, los azota, para que no paren, no vaya a perder su heredad y los privilegios que le reporta el mayorazgo. Ellas invitan, retrecheras, sonrientes. Todo su ser, por dentro y por fuera, es una llamada apremiante, tiránica, insoslayable. Tan solo un puñado de soldados del Dolor, del ejército de la Muerte, logra cauterizar el deseo impuro, lo domeña, lo encauza hacia un fin superior, que será su Obra. Su Gran Obra contra el Mundo, contra el Mal, para rasgar sus telas y ver si más allá brilla la aurora de un día nuevo.

Una vez pasadas, se vuelven todavía para comprobar los efectos de su seducción malsana y actuar en consecuencia. No es a vosotras a quien busco. Los papeles que el viento de todas las aceras arrastra lo han entendido al fin. Al menos en parte. No todo. Lo que importa es el mensaje. Ángel quiere decir mensajero. Y el Ángel de la Muerte debe transmitir el espeluznante mensaje del terror químicamente puro, el horror absoluto que eriza el vello de cualquiera que se asome a él. Un mensaje, como toda obra de arte, debe tener coherencia, estructura. Por lo tanto, hace falta una valquiria. Sí, eso es, una valquiria más. Una detrás de otra mientras exista el tiempo que mueve los relojes.

Quien crea que no las hay en Argentina, es porque nunca ha puesto los pies en ningún dominio del gobierno federal. He aquí un magnífico espécimen. Quizá el más soberbio de los trofeos que he cobrado hasta ahora. Si supieras lo que llevo en el bolsillo del abrigo, no destellarían tus labios esa sonrisa hechicera.

*Allá no hay misericordia,
ni esperanza que tener;*

*el indio es de parecer,
que siempre matar se debe,
pues la sangre que no bebe,
le gusta verla correr.*

XII

Ya teníamos a nuestro Ceferino Conrado Linares en el cuartel general de la calle Belgrano, donde se hallaba como en su propia casa. Contestaba a nuestras preguntas con amabilidad y desenvoltura. Según confesó a las primeras de cambio, partidas como esta, con semejante combinación de cartas, ya las había jugado en otras ocasiones. Las buenas y las malas rachas se suceden con arreglo a una combinación que solo el Altísimo conoce. Así que no hay sino conformarse, no más. Tomar las cosas como vienen, sin enfadarse nunca. En toda circunstancia, por mal que se presente, uno siempre puede encontrar aspectos positivos, conoce gente, entra en contacto con espacios nuevos, en suma, se enriquece. Y al día siguiente ya no se ve todo tan negro. Y al otro todavía menos. Al tercero ya se abren otras posibilidades. Cuando uno menos se lo espera, ha cambiado la racha. Porque la existencia es eso: cambio, mudanza.

Nadie se tomó la molestia en recordarle que su ligereza, su particular manera de echarse el mundo por montera, había llevado ya a la muerte, o a la postración y enfermedad a numerosas mujeres, porque no era ese el caso que nos ocupaba en ese preciso momento. De modo que el personal prefirió tomarlo, por el momento, como un bribón simpático. Así, los interrogatorios se habían desarrollado en un ambiente informal, chocarrero a veces. Hasta que llegó el inspector Mendoza, bien avanzada la noche.

Claro, Ceferino no sabía aún de qué se le acusaba realmente.

Solo con la entrada en la pieza del inspector Esteban Mendoza, con sus bigotazos negríssimos y su rostro patibulario, ya se le cambió el ánimo y probablemente hasta el asiento de las tripas.

Luego resultó que el inspector no hizo la menor alusión a la clínica privada, ni a sus títulos apócrifos de medicina, ni a nada de lo que había hablado con anterioridad con los otros detectives, sino que sus preguntas se encaminaban a averiguar qué había estado haciendo un jueves, de hacía ya tres meses, entre las tres y las seis de la tarde.

—¡Pues no ha pasado agua por el río! ¿Cómo diablos voy a saber ahora lo que estaba haciendo aquel día? Haría lo de siempre, acribillar cuerpos de señoras.

La mirada que le lanzó Mendoza le entró por los ojos y le salió por el colodrillo.

—¿Y el viernes, de hace tres semanas, entre las diez y las tres de la madrugada?

—A eso sí que puedo responder con toda certeza. «Dies veneris», señor inspector. Estaba con una puta.

—¿Dónde?

—En mi casa, como siempre. Ya sabe, no tener una religión, para tenerlas todas.

—¿Utilizó el coche aquella noche?

—No, raramente lo utilizo. Y menos los viernes por la noche, primor del fin de semana e inicio de un ritual pagano de ágapes y libaciones, que suele durar unas cuarenta y ocho horas. Por tal razón, no es habitual encontrarme en un estado idóneo para agarrar el volante. Pero yo soy un señor. La hetaira tiene pagado el taxi hasta su casa, o hasta donde razonablemente quiera ir.

El inspector le dio la espalda para dirigirse hacia un armario, de uno de cuyos cajones sacó un objeto. Que al regresar tiró sobre la mesa. Era una gorra negra.

—¿La reconoce?

Ceferino, incrédulo, alargó la mano para apropiarse de aquel artículo que sin duda le era familiar. Lo inspeccionó atentamente por dentro y por fuera.

—Es la mía, en efecto. La perdí.

—¿Dónde?

—Lo perdí en el Luzmala, una de esas noches en que uno necesita un trago tranquilo y lujoso.

—¿Cuándo?

—Hará cosa de un mes y medio.

—¿Estaba solo?

—Sí.

—Hace frío, ¿no la echó de menos al salir a la calle?

—Me esperaba un taxi a la puerta. No noté la falta.

—¿Cuándo se dio cuenta de que la había dejado olvidada en el Luzmala?

—Al llegar a casa.

—No digo que regresara corriendo a por ella, pero ¿no se le ocurrió llamar por teléfono para que se la guardaran?

—Me dije, más bien, que aquello sería una excusa para volver a la noche siguiente.

—Y ya no estaba.

—No.

—¿Qué respuesta le dieron como descargo?

—Que no habían visto gorra alguna.

—¿Ah, no?

—No. No la habían visto. Les dije dónde estaba, pero nada. El patrón preguntó a varios camareros y ninguno admitió haberla visto. Al fin y al cabo, no era un rolex, sino una simple gorra. Así que pedí un güisqui irlandés y me olvidé del asunto.

El inspector no respondió y sobrevino un largo silencio, durante el cual Ceferino comenzó a palidecer a ojos vista. Al final preguntó él mismo:

—¿A qué viene tanto interés por una gorra? No resultó una ganga al comprarla; pero, en fin, tampoco es la joya de la corona.

—La encontramos en un solar, a unos pasos del cadáver de Mónica Cortellesi, última víctima del asesino de la estación de Retiro. Dentro de la gorra, había un pelo, cuyo ADN se corresponde con el suyo.

En la sala nos hallábamos reunidos siete detectives. De modo que catorce ojos sin piedad taladraban el rostro de Ceferino Conrado, a la caza del menor gesto sospechoso, de la más mínima señal de debilidad o de la más leve inadecuación.

Linares quedó en verdad anonadado, hasta el punto de que llegamos a pensar que iba a darle una lipotimia o que iba a proceder directamente a una confesión.

Al final habló.

—Inspector, a veces las cosas me salen mal y provoco una carnicería, pero ello es ajeno a mi voluntad. Mi intención, la verdadera, es hacer el cuerpo de la mujer lo más bello posible. No mutilarlo, destruirlo, desperdiciarlo haciéndolo desaparecer.

Mendoza hizo un gesto de asentimiento. Nosotros sabíamos que nunca había creído en la culpabilidad de ese individuo. Por supuesto, era un tipo peligroso en su trabajo, una suerte de eterno aprendiz de brujo, al que había que parar los pies. Pero no ahora, más tarde, en otro momento. Sobre todo, habría que pararle los pies a los propietarios de dichas clínicas, sin los cuales esos pobres diablos no tendrían los medios de ejercer su actividad de matarifes.

—Por el momento queda usted detenido como sospechoso principal de los asesinatos de la estación Retiro, a la espera de que efectuemos las diligencias de rigor en estos casos. Tiene usted derecho a la asistencia de un abogado, que usted podrá elegir o se le asignará de oficio.

XIII

Lucrecia se había levantado con la cabeza ligeramente neblinosa y algo embotada, pero con la agradable sensación de haber dormido toda la noche de un tirón por efecto del sedante. La víspera, antes de caer en los brazos de Morfeo, había tenido una idea que estaba dispuesta a poner en práctica de inmediato. Mientras se vestía con rapidez, trató de escuchar por si, en piso de arriba, algún ruido delataba la presencia de su morador. No logró percibir ninguno.

Sin pérdida de tiempo, bajó las escaleras. Junto a la puerta de entrada al edificio, se encontraba el panel de los timbres y en el interior del zaguán los buzones. Comenzó por los timbres, tratando de entender su distribución. Conociendo algunos datos, como los apartamentos que se hallaban vacíos en las diversas plantas y el nombre de algunas personas conocidas, no tardó en comprender la disposición de los timbres. En el que correspondía a su misterioso vecino de arriba, estaba escrito sencillamente «Mario». Volvió a los buzones. Por suerte, no había más que un solo Mario. Mario Aventino.

Regresó rauda y algo excitada a su apartamento. Encendió su ordenador portátil, conectándose enseguida a Facebook. Escribió el nombre y apellido que acababa de descubrir y aguardó. Surgieron numerosas posibilidades, pero ella descendió la lista descartando todos los que vivían en Italia. Después todos los que vivían en Argentina, fuera de Buenos Aires. Finalmente se quedó con tres, pero ninguna de sus fotos se correspondía con el hombre buscado. Algo le había dicho, desde el principio, en su fuero interior, que no es ese el tipo de hombre que se inscribe en Facebook.

Algo decepcionada, comenzó a prepararse el desayuno. Mientras lo hacía, probó en otra red social. Y mientras lo degustaba, en otra. Y tras concluir el refrigerio, en varias más. Sin resultado.

Ahora ya estaba enteramente desengañada. Conocer el nombre completo no le estaba siendo de mucha utilidad.

Como último recurso y sin mucha fe, lo escribió de nuevo en un conocido motor de búsqueda, añadiendo «Buenos Aires». Eran los dos únicos datos ciertos que conocía. Apareció algo. Siempre aparece algo. Echó un vistazo a los diferentes ítems. En muchos aparecía «Buenos Aires», en otros muchos

«Mario», en algunos «Aventino» y al final topó con uno en el que figuraba el nombre completo. Lo abrió compulsivamente. Se trataba de una lista de nombramientos oficiales del Ejército de Tierra, en la que a Mario Aventino Andújar se le hacía capitán de infantería.

Inmediatamente tomó el teléfono para comunicarle su descubrimiento a Donato.

—Eso explica —repuso este— la irregularidad de sus horarios.

—¿Cómo?

—Los militares tienen su horario, como las demás profesiones. Pero a veces hacen guardias y entonces pasan veinticuatro horas seguidas en el cuartel. Y al día siguiente reanudan con su horario habitual. También suelen hacer maniobras y en tales ocasiones pueden pasar varias semanas en el campo. Lo más probable es que hoy no se encuentre en casa. ¿Oyes algún ruido arriba?

—No.

—Pues ya lo tienes. Está de guardia.

—Eso debe ser.

—De verdad, Lucrecia, es preciso que abandones tus sospechas respecto a él. Si no, vas a acabar desquiciada. Puede que sea un tipo raro, pero, sabiendo lo que sabemos de él, no hay nada anormal en su comportamiento. Nada sólido, en todo caso, que permita relacionarlo con el asesino de Retiro.

Lucrecia permaneció silenciosa un instante.

—Tienes razón. Procuraré olvidarme del asunto.

—Tu salud te lo agradecerá.

—Bueno, ¿y tú qué haces? ¿Estás en la agencia?

—No. Estoy en mi casa.

—¿Y eso?

—Mi abuela está muy excitada. Si le hiciera caso, estaríamos todo el tiempo hablando por teléfono con Luis Ernesto. O escribiéndole por Facebook. Además, todavía no he acabado de asimilar lo de la venta de la mansión. Ha sido la mejor operación de mi vida. Matilde dice que mi abuelo estaría orgulloso de mí. Y la verdad es que no es para menos. Por otra parte, los empleados de la agencia deben acostumbrarse a arreglárselas sin mí. Me voy de viaje y estaré ausente varias semanas.

—Lo sé. Bueno pues cuidado con Luis Ernesto. No os vaya a aborrecer antes de conoceros realmente.

—Descuida. Hasta la noche. Un beso.

—Besos.

XIV

El día siguiente al arresto de Ceferino Conrado, el inspector Mendoza me pidió que le acompañara al Luzmala, así redactaría el informe de corrido.

Se trata de un bar de lujo para una clientela selecta, hasta el punto de que, por fuera, nada indica la naturaleza del edificio, pues parece una casa privada, como las demás. Y lo mismo ocurre en el interior, donde cómodos sillones y sofás, dispuestos ante una mesa baja de caoba, con veladores de pantalla color marfil, constituyen rincones íntimos, confortables.

A esa hora de la mañana había pocos clientes. Mendoza se dirigió al camarero que se hallaba detrás de la barra.

—Disculpe. ¿Podría hablar con el propietario del local, por favor?

El interpelado le echó, de arriba abajo, una mirada entre altiva y desconfiada, que envolvía al propio tiempo una pregunta tácita, ¿quién ha dejado entrar a este gaucho aquí?

—¿De parte de quién?

—Del inspector Esteban Mendoza —repuso el patrón, al tiempo que le mostraba sus credenciales.

El hombre se inclinó para mirarlas bien.

—Enseguida lo llamo.

Dejó el vaso que estaba limpiando y el trapo en la pila, saliendo precipitadamente por una pequeña puerta que comunicaba sin duda con la trastienda.

A poco salió con un sujeto impecablemente vestido con traje negro y pajarita.

—Don Francisco Bobadilla. Soy el propietario del local.

—Inspector Esteban Mendoza. Encantado de conocerle.

—¿En qué puedo servirle?

El inspector extrajo del bolsillo de su chaqueta una fotografía de Ceferino Conrado.

—¿Conoce a este hombre?

—De vista. Es un cliente habitual.

—¿Recuerda el incidente de la gorra?

—Por supuesto. Parece ser que la dejó olvidada y al día siguiente volvió a reclamarla. Interrogué a los camareros y ninguno la había visto. El cliente en cuestión se mostró comprensivo y no insistió. Parecía no acordarle una importancia excesiva.

Sobreentendido: ¿a qué viene tanto fregado por una simple gorra?

—¿Qué camarero lo atendió?

—Fue Pedro, me parece. ¿No?

—Sí —confirmó el otro.

—Llámallo.

A los pocos minutos acudió el nombrado Pedro. El inspector le mostró también la foto de Ceferino.

—¿Atendió usted a este señor la noche que perdió la gorra?

—Sí. Yo fui.

—¿Recuerda usted si llevaba, efectivamente, una gorra al entrar?

—La llevaba, sí. Y la dejó a su lado, en el sofá, mientras tomaba la consumición.

—¿Retiró usted la copa, cuando el cliente se fue?

—Lo hice. Sí.

—¿Y estaba todavía la gorra, en ese momento?

—No me fijé. Pero el cuero del sofá es muy oscuro, así como la gorra. Hay poca luz. Bien podía haber estado allí y no haberla visto.

—Sí, pero antes sí la había visto.

—Porque lo vi dejarla.

—Muy bien. ¿Entró otro cliente tras él?

—Sí.

—¿Quién lo atendió?

—Yo mismo.

—¿Recuerda cómo era?

—Por supuesto. Se trata de un tipo que no pasa desapercibido. La treintena, quizá menos. Muy alto. Por lo menos un metro ochenta y cinco o noventa. Moreno, con el pelo negro intenso, color azabache, peinado hacia atrás. Ojos expresivos, rasgos marcados y angulosos, nariz afilada. Llevaba un abrigo largo, también oscuro. No me extrañaría que fuera un actor de cine.

—¡Excelente!

En eso sonó el móvil de Mendoza. Escuchó la llamada con rostro impasible.

—Vamos para allá —dijo, y colgó.

—Muchas gracias, señores, por su colaboración.

Al salir, le dijo al conductor, que hojeaba el periódico mientras aguardaba:
—Pon la sirena. Al hotel Alvear.

XV

Desde que tenía el turno por la tarde, Lucrecia se había habituado a comer temprano. Así, evitaba bares y restaurantes, por lo que ganaba su bolsillo y ganaba su salud. En tal ocasión, si estaba sola, solía poner la tele. La primera imagen que vio le garrapiñó la sangre. Un título en letras grandes confirmaba que se trataba de una noticia de última hora. El asesino de Retiro había actuado de nuevo. Dos empleadas del hotel Alvear habían entrado, a media mañana, en una habitación con objeto de prepararla para el próximo cliente. Se encontraron con un espectáculo dantesco. La cama chorreaba sangre y sobre ella había una mujer desnuda y horriblemente mutilada. El modus operandi y todas las características del asesinato llevaban el sello del sicópata de Retiro.

A Lucrecia se le cayeron al suelo los cubiertos que llevaba en la mano. El estrépito no pudo sino recordarle el ruido metálico que resonó la noche anterior en el piso de arriba. Era el de un cuchillo, no cabe duda, que su imaginación le hizo ver de un tamaño enorme, desproporcionado, al chocar con el suelo. Un cuchillo de carnicero, para destazar cerdos. Provisto de una lámina afilada con aplicación maniática. Eso es lo que veía en el suelo del piso de arriba, que debía ser idéntico al suyo. Y por mucho que se esforzara en borrar esa visión de su mente, no lo lograba.

Donato tenía razón. Si no conseguía controlarse, su salud mental quedaría, tarde o temprano, afectada. Era preciso dominarse. Usar preferentemente el pensamiento racional. Y este se hallaba muy lejos de la conclusión que, precipitadamente, le enviaba su instinto.

¿Cómo es posible que la policía, con los medios sofisticados que la ciencia pone hoy en día a su disposición, no alcance a desenmascarar al asesino, el cual lleva ya nueve víctimas en su haber? Y de procedimientos científicos ella sabía un rato, pues su profesión era técnica de laboratorio.

Mediante un notable esfuerzo de voluntad, se obligó a comer. Luego acabó de arreglarse y salió de casa. Ni siquiera consideró la idea de llamar a Donato, pues, a estas horas, todo Buenos Aires debía estar al corriente de lo sucedido.

No podía comprender cómo la gente alcanzaba a comportarse con total normalidad después de lo ocurrido. Todo se desarrollaba como los demás días. Los repartidores de bebidas y de paquetes aparcaban sus camiones en doble fila y descargaban sus mercancías. Si un automovilista venía y encontraba su vehículo bloqueado por ellos, tocaba el claxon con el mismo frenesí de un día cualquiera. Al regreso de aquel, intercambiaban los mismos insultos de siempre. Los taxistas sonreían al recoger pasajeros. En las terrazas de los bares, la gente reía, fumaba y tomaba aperitivos con toda la naturalidad del mundo. Los transeúntes andaban como de costumbre, abstraídos, perdidos en sus sueños u obsesiones, hilvanando pensamientos sin llegar jamás a una conclusión definitiva. Algunos hablaban solos, no se sabe si por el clásico desgaste mental, rayano en la locura, o bien porque llevaban un micrófono y auriculares conectados al móvil. Aspecto alarmante de la vida moderna, donde los haya. ¿Es que toda esta muchedumbre no ve la tele? Y si la ven, ¿creen realmente que son inmunes a ello? Claro, no todos tienen el tipo de la valquiria que busca el asesino. Este asesino en concreto. Pero quizá mañana le salga un imitador que las prefiera morenas y de dimensiones reducidas, como muñecas. O su contrapartida femenina, que cace hombres, ¿por qué no? A lo mejor, tal inconsciencia no es sino un mecanismo de conservación. Uno más de entre la multitud de que dispone la naturaleza. Durante las guerras, las masas salen todos los días a hacer vida normal, sabiendo que, en cualquier momento, puede producirse un bombardeo, susceptible de provocar centenares de víctimas, o estallar un coche bomba, o que a algún barrenado, mal compuesto y peor alimentado, se le ocurra hacer saltar todo por los aires a su alrededor, accionando un cinturón explosivo, mezclando la sangre con el zumo de naranja en los mercados.

O a lo mejor es que están todos tan aterrados como ella y lo saben disimular tan bien como ella. ¿O no lo disimula ella? Sí, por cierto. Ese día, igual que los otros, desde que salió de casa, se puso la máscara.

Por supuesto que lo saben. Pero no se pueden parar. La representación no se puede detener mientras no pare la música y la música no se interrumpe jamás. Se acabaría el mundo y los espectros de los seres humanos tratarían de recoger sus efectos personales y se esforzarían por recuperar su vida normal, pugnando cada uno por acudir a sus obligaciones cotidianas. El repartidor a sus paquetes, el taxista tratando infructuosamente de poner en marcha su automóvil. Pero nadie pensaría en que ha llegado el momento de rendir cuentas por sus faltas. ¿Faltas? ¿Pero qué faltas? Si ni siquiera las recuerdan. Lo han hecho todo con precipitación y a salto de mata. ¿Cómo iba a ser de

otra manera si ponen el despertador lo más tarde posible, ya que terminaron de ver las indecencias que ponen en la tele bien entrada la madrugada? Luego, durante treinta y cinco minutos, están todos bloqueados en las mismas arterias de la ciudad. Cuando llegan al trabajo, el patrón los espera en la puerta para reñirles por el retraso y endiñarles la apretada lista de las tareas del día. Así es en nuestra época la vida, tanto para hombres como para mujeres. Por un salario doble que, sumado, no alcanza lo que, hace treinta años, daba uno solo. Y se vivía mejor, sin atascos y con aparcamiento de sobra. Como consecuencia de ello, tras la intensa jornada laboral, todavía queda recoger a los niños, abandonados entre manos mercenarias, hacer las compras, regresar juntos a casa sorteando un tráfico infernal, pergeñar una comida rápida para toda la familia, o dejarse envenenar lentamente con los platos preparados. Luego ocuparse de los deberes de la progenie, acostarlos y ver la sacrosanta televisión hasta las tantas. ¿Cómo diablos van a acordarse de sus culpas, si es que realmente cometieron alguna en su vida, fuera de las inclemencias ocasionadas por su visceral mala leche?

Definitivamente este asunto de los crímenes de Retiro la estaba poniendo de mal humor. Y para acabarlo de arreglar, Donato se iba a España. Nada menos que a España. Al otro lado del Atlántico. ¿Y para qué? ¡Para encontrarse con un hermano gemelo que le había salido ayer! ¡Justamente ayer! No, si tiene huevos la cosa.

XVI

En el vestíbulo del Alvear nos aguardaba el subinspector Wolf para ponernos en antecedentes.

—Esta vez nuestro hombre ha apuntado a lo más alto. Se trata de María Schneider, joven esposa de un financiero de alto copete, que acaba de aterrizar en Nueva-York a causa de un viaje de negocios. El matrimonio había empleado la tarde haciendo compras, luego cenando en el Aramburu, y finalmente María acompañó a su marido al aeropuerto. De vuelta a la ciudad hizo un mal encuentro.

—¿Está el marido al corriente?

—Sí, lo he llamado personalmente.

—¿Qué más sabemos?

—Me he puesto en contacto con el mayordomo de la casa. En realidad, se esperaba a la señora para la cena. Pero esta llamó para comunicarle que había cambio de planes, cenarían ambos en la ciudad y regresaría más tarde de lo previsto. El servicio se fue pues a dormir sin aguardar la vuelta de la señora. Se han enterado de la noticia a través de mi llamada. En fin, conocían lo ocurrido escuchando la televisión, pero ni por asomo sospechaban de quién se trataba en verdad.

El inspector Mendoza se volvió para echar una mirada furtiva a recepción.

—Supongo que registraría la habitación a su nombre.

—En efecto.

—Decís que el marido es conocido. Podés obtener una foto de él en la red.

—Por supuesto. Se trata de Alfredo Escandell.

Wolf echó mano de su teléfono y escribió el nombre a gran velocidad.

—Helo aquí.

Ambos nos acercamos a mirar la pantalla. En ella aparecía un cuadrigenario provector.

—Me prestás un momento el aparato.

Wolf se lo entregó. Los tres caminamos hacia la recepción. La mujer que estaba a cargo de la misma nos miraba llegar con cierta aprensión. Tras saludar, el inspector le mostró la pantalla.

—¿Es este hombre quien acompañaba a la víctima?

—No.

—¿Confirma que es usted quien efectuó el registro?

—Lo confirmo.

—¿Cómo era él?

La mujer recitó, casi palabra por palabra, el mismo discurso que el camarero del Luzmala.

—¿Lo vieron salir?

—No.

—¿Cómo es eso posible?

—¡Quién sabe!

—Está bien. Muchas gracias.

Cuando entramos en la escena del crimen, se le escapó una exclamación.

—¡Dios Santo! ¡Qué desperdicio!

Sus ojos pamperos se pusieron a fotografiarlo todo. La unidad científica trabajaba ya a destajo en el interior. El inspector reconoció al doctor Felipe Trigo bajo la máscara.

—Así, en bruto, ¿alguna novedad que señalar?

—Ninguna. Siempre el mismo modus operandi. Y el detalle habitual de la ausencia de mordaza. Las despedaza mientras están todavía vivas, pero no hay mordaza, ni la menor huella de ella en la boca. Sin embargo, sin mordaza los gritos se oirían en todo el barrio. Debe utilizar una mordaza de una sustancia particularmente blanda, que luego tiene la precaución de retirar siempre.

El inspector asintió y se acercó a examinar de cerca el rostro de la víctima.

—Además, todas ellas aparecen con un semblante sereno, como si hubieran muerto en mitad de un sueño y no en plena sesión de una tortura atroz.

—Así es.

El inspector sacudió la cabeza y se mordió el labio inferior.

—Vamos —dijo—. Ya recibiremos el informe completo.

Luego añadió:

—Aunque no espero mucho de él esta vez.

—¿Por qué razón?

—No hallamos nada las veces en que el crimen tuvo lugar en el domicilio de la víctima. Las habitaciones de hotel son un palimpsesto con miles de capas. En una habitación del Alvear a lo mejor encontramos un pelo del culo del presidente Bernardino Rivadavia.

—Algún día cometerá un error —especulé.

—Cada vez resulta menos probable. A medida que aumenta su carrera, engrosa también su experiencia. Mi opinión es que las fases esenciales las tiene todas controladas y se adelanta a las posibles incidencias. Viene equipado con todos los utensilios y ha reflexionado a las posibles puertas de salida. No solamente es hábil, sino inteligente y tocado por el genio de la improvisación. Para muestra, bien vale un botón.

—¿Cuál? —inquirí sin pensarlo.

—La gorra.

—¿La gorra, una improvisación?

Mendoza se detuvo en mitad del pasillo. Sus diminutos ojos negros se clavaron en los míos.

—Cuando entró en el Luzmala, no andaba de cacería. Llegó por casualidad, como cualquier otro cliente. Solo esta vez y con ganas de saborear un trago experto en la agradable penumbra de ese afamado local. Sus facultades no estaban en estado de alerta, su instinto dormía. Sin embargo, vio la gorra y se despertó enseguida su vocación de manipulador consumado. Concibió de inmediato la idea de dejar la prenda junto al cadáver de su próxima víctima y lanzar a la policía sobre una falsa pista. Así que la guardó en el bolsillo de su abrigo.

—El pobre Ceferino Conrado.

—No tan pobre. Por cierto, hay que devolverle la libertad.

—Una parte del deleite que experimenta y le empuja a proseguir debe hallarse en esa especie de juego del gato y el ratón que ha establecido entre él y la policía. Lo imagino regodeándose cada vez que lee los periódicos y nos ve partir sobre falsas pistas, que tal vez él ha contribuido a establecer.

—¿Está pensando en una, en particular?

—Las mutilaciones, ¿con qué objeto las practica?

—Hay diversas teorías al respecto. Para unos podrían ser como trofeos, algo así como las orejas y el rabo que cortan los toreros en las plazas. Otros en cambio piensan que la misoginia medular que caracteriza a estos individuos la desahogan atacándose a los órganos genitales femeninos, es como matarlas por partida doble: a ellas y a su feminidad, que detestan por alguna razón que tiene que ver, a menudo, con alguna experiencia traumática durante su infancia. Los más materialistas sugieren que es un modo eficaz de borrar sus huellas genéticas. Los hay también que afirman que ese odio hacia los órganos sexuales femeninos les viene dado por su incapacidad de obtener placer con ellos. Los detestan a causa de su propia impotencia. Quizá también

intervenga su egoísmo personal, o incluso los celos; si él no puede disfrutarlos, nadie más lo hará.

—Todavía cabe otra posibilidad. Y creo que en este caso es la correcta.

Lo miré intrigado. Pero él se puso a bajar la escalera. No volvió a hablar hasta que no estuvimos al aire libre.

—Mirá a tu alrededor. Dime lo que ves.

Me quedé perplejo. Pero hice lo que me pedía.

—Veo una ciudad llena de luces, que se afana con denuedo, incluso en el corazón de la noche. Veo una circulación organizada y unos edificios iluminados que parecen perforar las nubes. Veo la civilización.

—He aquí la madre del cordero. Nuestro hombre detesta al ser humano y a su obra, la civilización. El queroseno que le empuja es el odio generalizado y químicamente puro. La maldad esencial, de raíz satánica. Disfruta haciendo sufrir a la sociedad entera, porque sabe que sus actos provocan el horror absoluto y generalizado. Que, además, se comportan como el azúcar en la sangre, otorgando una energía instantánea. La televisión, la radio, internet propagan las oleadas de terror enseguida, casi en el acto. Ahora estará delirando, en una suerte de borrachera de satisfacción. Después vendrán algunas complacencias menores, al comprobar que seguimos dando palos de ciego. O que salimos, quizá, como galgos tras una liebre equivocada.

—En todo caso, ya sabemos cómo es por fuera.

—Sí, pero más nos valdría saber con certeza cómo es por dentro.

XVII

Donato sí la oyó entrar esta vez. Pero tardaba en ganar el umbral de la puerta del salón. Puso el marcapáginas en el libro y se levantó del sillón. Escrutó el pasillo sin alcanzar a vislumbrar nada en la oscuridad. Avanzó, esperando detectar su cuerpo en movimiento de un momento a otro. En vano. Se arrepintió de no haber encendido la luz, pero ahora tenía que volver atrás para hacerlo. Ya debía estar a pocos pasos de la puerta y todavía no había recibido la menor señal de la presencia de Lucrecia. Casi al mismo tiempo que tocó su cuerpo, oyó su respiración entrecortada.

—¿Qué sucede? ¿Qué pasa?

La llave de la luz se encontraba junto a la puerta. La accionó. Lucrecia estaba pálida y tenía el rostro bañado en sudor.

—¿Ha pasado algo?

No obtuvo respuesta. Solo su respiración acelerada. Donato puso las dos manos en sus mejillas y eso la fue calmando poco a poco.

—La escalera... No puedo subir esa escalera.

—Pero vamos, Lucrecia, habíamos dicho que...

—¡No puedo! ¡Es superior a mis fuerzas!

—Procura tranquilizarte.

—¡Que me tranquilice! ¿No te has enterado de lo que ha pasado?

—Por supuesto que me he enterado. Lo sabe todo Buenos Aires. El asesino de Retiro ha actuado de nuevo.

—Hay algo más...

Lucrecia sacó de su bolso un periódico que llevaba plegado.

—¡Esto!

Era un retrato robot del asesino. Donato lo miró fijamente, con suma atención.

—¡Es él! ¡No me negarás que es él!

—Contente. No te precipites. Es cierto que tiene un aire...

—¡Es él! ¡Clavado!

—Eso es imposible. Ya sabes cómo hacen los retratos robots. Son siempre una aproximación.

—Pues este tiene incluso algo que me resulta familiar. No sabría decirte exactamente qué es. La barbilla. O la mirada. ¿Qué sé yo? Además, se dice que es muy alto, entre uno ochenta y uno noventa. Y él es casi un gigante.

—Vamos, Lucrecia. Serénate. Lo que tienes ahí es un tipo humano. Construido, mitad con testimonios, imprecisos ya, borrosos, mitad con generalidades, los rasgos más comunes de un determinado tipo de persona. Un retrato robot tiene su utilidad, no lo niego, pero también sus limitaciones. No es algo ni exacto, ni determinante.

Lucrecia respiró profundamente.

—¿Venía contigo?

—Afortunadamente no. Porque, si lo hace, hoy sí que me da algo.

—Venga, come algo consistente. Te sentirás mejor.

Mientras Lucrecia cenaba, ya más serena. Donato observaba detenidamente el dibujo. Al cabo, plegó el periódico y sonrió.

—Ya verás cómo esta vez sí lo cogen.

—¡Dios te oiga!

XVIII

Tal como el inspector Mendoza había vaticinado, el análisis del equipo científico llevado a cabo en la última escena de crimen no permitió establecer ninguna pista consistente. Por supuesto, las muestras de ADN recogidas fueron compulsadas con el poco denso material de los anteriores crímenes de la serie, sin resultado. Seguidamente lo serían con el repertorio de sicópatas y maníacos sexuales que figuran en los archivos, gozando de capacidad operativa durante el período de autos, al no hallarse detenidos o internados, mas ello constituye una labor larga y penosa, no siempre recompensada por el éxito. En el caso que nos ocupa, muy probablemente abocada al fracaso, dada la juventud del que puede calificarse como principal sospechoso, aunque poco se conozca de él, a quien el camarero del Luzmala dudaba si atribuirle la treintena. El inspector Mendoza ha hablado varias veces de un aspecto angelical, acaso el de un joven adulto que conserva todavía un aire adolescente. Carece aún de historial. Es sin duda un perfecto desconocido para los servicios de policía. A lo cual debe sumarse la ausencia total de relación con las víctimas. En las demás categorías de asesinatos existe siempre una red de intereses creados, por lo que suele bastar con elegir un hilo tras otro hasta que alguno conduzca al crimen. Después se trata de probarlo y caso resuelto. Entre un asesino en serie y su víctima no existe más relación que una circunstancia puntual y nefasta, una casualidad fatal. Se encontraba en el lugar fatídico, en el mal momento.

Un joven, pues, apuesto, de tipo mediterráneo, disponiendo de una intensa capacidad de seducción para con el elemento femenino y que luce un largo abrigo negro, o cuanto menos oscuro. Me pregunté si el método experimental sería, o no, una aberración de procedimiento, en esta modalidad tan particular de crimen, que podría acarrearle, si llegara a saberse en el gremio, una dosis indefinida de ridículo dentro de las fuerzas policiales.

Como consecuencia de dicha duda metódica, tardé mucho tiempo en decidirme a deambular, como quien no quiere la cosa, por el hall principal de la estación Retiro, tratando de contabilizar la frecuencia con que un individuo, portador de las mencionadas características, podía aparecer en el transcurso de una tarde.

La primera vez no encontré a nadie que entrara en el papel. No me desanimé y repetí la experiencia un puñado de ocasiones. En un par de casos dudé, pero siempre faltaba un elemento esencial. Por supuesto, ninguno de ellos se comportaba de manera sospechosa.

La pulsación que empuja a ese tipo de individuos a actuar, a salir de caza, por emplear la expresión del inspector Esteban Mendoza, debe poseer una estructura circular, como un dolor de muelas. Bien pensado, como todo lo que afecta al ser humano. El hambre, por ejemplo, es un círculo que se completa cada cuatro horas, más o menos. Cuando llega al punto inicial, se satisfaga o no el deseo de comer, desaparece el prurito, para volver a aparecer una vuelta de tuerca más arriba. Todo lo humano, a largo plazo, describe un movimiento circular. Por eso no sería de extrañar que fuera verdad el principio que suelen enunciar la mayor parte de los místicos, según el cual, la muerte no sería sino uno de esos puntos críticos, tras el cual nada se detiene, sino que comienza sencillamente la vuelta siguiente, así hasta el infinito, o hasta que esa otra rueda, la del tiempo, se rompa y todo se pare, si es que eso es posible. Según ello, no estaría de más comprobar si el lapso transcurrido entre los diversos asesinatos es regular o no. Porque si así fuera, no resultaría descabellado poner durante cuarenta y ocho horas a toda la policía de Buenos Aires concentrada en la zona de Retiro.

Una tarde que me encontraba libre de servicio, después de comer, me fui, sin mucha convicción ya, para Retiro. Bajé del autobús varias paradas antes con el propósito de estirar un poco las piernas, tras una mañana de trabajo amanuense intensivo. Así que me puse a caminar a lo largo del parque con indolencia aparente, mezclando mis reflexiones sobre el caso a la observación de las trifulcas armadas por los gorriones y reñidas con encarnizamiento. Recuerdo que me pregunté cómo puede ser en verdad, a qué puede parecerse, qué barbaridad de aspecto debe tener un artista consumado del mal. Cuando conduzco y alguien hace una picia delante de mí que me obliga a salvar la situación de manera más o menos dramática, no suelo irritarme; en cambio, procuro adelantarle solo para verle la cara y observar el aspecto que puede tener un tipo capaz de efectuar tal maniobra, o de manifestar un comportamiento tan anómalo. Y casi siempre quedan confirmadas mis previsiones. Por lo tanto, alguien que sienta la llamada de la perfección, el instinto y la clarividencia de lo sublime en bruto, que pide acendramiento a una mano experta y esta, mediante el uso personal de unas determinadas leyes, lo da, obligando al espectador a sentir, muchas veces a pesar suyo, placer estético, ese tipo debe poseer un semblante transfigurado, iluminado

por un fulgor procedente del interior. Si además dicho individuo, a diferencia de los otros artistas, que emplean como materia prima la piedra, el metal, la pintura, o la palabra, él utiliza el mal, o más bien todo aquello capaz de sentirlo, particularmente el ser humano, criatura sensible por excelencia, llegando incluso a infligirle la muerte, no una muerte cualquiera, sino una muerte atroz, un auténtico delirio, una orgía de dolor y de pánico, entonces semejante índole de persona, aunque se ponga debajo de un celemín, su fulgor tiene que trascender como el de la estrella matutina.

Si hemos de creer a De Quincey, en su obra titulada «El asesinato como una de las bellas artes», un crimen es un crimen, por supuesto, y debe ser castigado por la ley, al tiempo que añade la turbadora idea de que una puesta en escena magistral de la muerte, acompañada de una factura y una ejecución impecable, constituye una fuente de placer estético al mismo título y con idéntica legitimidad que «La divina comedia». Lo cual debe ser cierto, porque si no, ¿cómo explicar el nunca desmentido éxito en librería de las novelas de crimen y misterio? Hay algo en ese hondo pozo de agua turbia que es el alma humana que pide eso. Y cuando obtiene una muestra sublime en la especie, sin dejar de horrorizarse, consiente en su fuero interno la eclosión de un éxtasis arrebatado, que no es sino la emoción estética producida por el arte. Y puesto que todo arte es, a fin de cuentas, magia simpática, quizá sea lícito establecer la teoría de que, entre el artista del mal y su público, se produce una comunión en dicho éxtasis, generado por la producción del terror y de la destrucción, en una exacerbación malsana de la sensibilidad humana, la más perfecta y acabada de todas.

Sin embargo, si hemos de precisar con el mayor detalle posible la cartografía del rostro que buscamos, hace falta dar un paso más. Sin negar lo dicho, nuestro hombre busca crear un impacto vasto, generalizado, busca remover hasta los asientos en que se sustenta la gran masa. Es un auténtico animal político, cuya sed de notoriedad, de gloria, en suma, no se aplacará sino con el reconocimiento universal en el reverso de los valores establecidos, con el ejercicio de un poder imperial y absoluto, encaminado a un fin deletéreo, destructivo, mediante el cual opera una venganza dirigida contra la humanidad en su conjunto, la cual, en su opinión, le ha tratado con crueldad manifiesta. Cuando, en verdad, los otros, juntos o por separado, no consiguen llegarle a la horma de su zapato.

Un hombre de esa naturaleza no puede pasar desapercibido. ¿Acaso, con hartos de menor razón, no queda la crueldad estampada en el rostro del lobo? Es preciso que su cuerpo despida el aura escarlata de la maldad pura, que su

magnetismo erice el vello de quienes se cruzan en su camino. Una suerte de ultrasonido, inaudible para sus semejantes, pero con una onda expansiva que debe tumbar de espaldas, lo tiene que preceder y seguir en su deambular por la ciudad. Quizá, si se aguza el oído, se pueda percibir su presencia de un extremo al otro de Buenos Aires.

A lo mejor es eso lo que imprime a todo su ser una fascinación irresistible. Acaso lo que estamos buscando no sea una belleza viril propiamente dicha, sino una central nuclear de la atracción humana, que opera mediante la fisión de los átomos del odio, ante la cual sucumbe, por efecto de una sola mirada, la naturaleza femenina.

Envuelto en la bruma espesa de tales ideas, entré en la suerte de catedral laica que es la estación ferroviaria de Retiro en un momento de conducerma digestiva colectiva, pues se me ofrecía casi desierta. Tan solo unas jovencitas que tomaban unos refrescos en el quiosco, conversando animadamente, y un provinciano de aspecto desaliñado, más bien sucio, vistiendo una gabardina manchada y agarrando una maletita desvencijada, la poblaban.

Dado que el viejo no se sabía muy bien si se hallaba esperando la salida de un tren que iba a devolverlo a la pampa, o si se disponía a pedir limosna, avancé en diagonal, con objeto de evitarle. Llegado al otro extremo, decidí examinar los andenes. Allí tuve más suerte, pues acababa de llegar un tren del que descendió un río de pasajeros. Busqué un ángulo satisfactorio y me apliqué a observarlos a todos.

Nada de aura escarlata, ni de ultrasonido, ni de magnetismo.

Cuando se desvaneció el rumor de pasos, no permaneció sino el vacío, acrecentado por un ligero sentimiento de soledad y duda. Regresé al hall principal.

Ya no quedaba sino el hombre que regentaba el quiosco, recogiendo los vasos y botellines abandonados por las chicas.

Detrás de mí surgió de repente una voz zumbona, interpelándome con cierto retintín.

—Creí que habías leído a Sherlock Holmes...

Me volví como si, en lugar de una alusión literaria, hubiera escuchado el alarido escalofriante de un espectro.

Allí estaba ante mí el gaucho de la gabardina y la maletita. Cuando lo miré mejor, o más bien cuando apliqué los ojos de la desconfianza, una oleada de rubor me subió hasta las orejas. Aún hoy no comprendo cómo los bigotazos, de un negro tapetado, no lograron ponerme sobre aviso. Por mis muchos pecados, tenía delante de mí al mismísimo inspector Esteban

Mendoza quien, movido por mi visible turbación, estalló en una homérica y rotunda carcajada, que retumbó como un trueno de Zeus bajo la bóveda civil de la solemne estación de Retiro.

—Sí que me vino la idea de disfrazarme —musité a modo de excusa—. Pero al final no me atreví a hacerlo.

—La pusilanimidad no casa con nuestro oficio, muchacho. Además, el mundo es de los osados. Todo detective debe ser un acabado maestro del disfraz y del maquillaje. Esto no salió de la fantasía de Conan Doyle. La próxima vez que tengamos algo de tiempo libre, te daré algunas lecciones al respecto. Vamos. Ya hemos hecho bastante el ganso por hoy.

Ya fuera del edificio, me confesó:

—Por supuesto que se me había ocurrido la idea de montar la guardia en la estación de Retiro, donde se cruzan todos los hilos de la investigación. Las nueve víctimas pasaron fatalmente por aquí justo antes de caer en la red de ese pescador de almas. Es cierto que constituye un centro de afluencia y redistribución de masas, pero hay otros en Buenos Aires. Sin embargo, él insiste en actuar aquí. Se trata, sin duda, de un desafío, una dificultad añadida que él mismo, movido por una arrogancia que los caracteriza a todos los de su especie, se impone; algo así como la rima y la métrica con relación al lenguaje literario, recursos que crean una variedad más compleja del mismo, la poesía.

Bueno, dije para mí, la poesía moderna los emplea cada vez menos, sustituidos por otros, con la misma finalidad. Pero admití el argumento, abundando en él.

—Quizá también el escenario le inspire de un modo particular —sugerí—. Es evidente que se considera un artista, en cierto modo, romántico. Y es de dominio público la importancia que tiene el paisaje, el entorno, para el romántico.

—Y la inclinación por el mal.

Era cierto. Hubo una vertiente satánica en casi todos los grandes poetas románticos. Eso es justamente lo que marca la diferencia entre el Don Juan de Tirso y el de Zorrilla, el titanismo satánico del romanticismo.

SEGUNDA PARTE

I

Donato notó que el avión comenzaba a perder altura. En efecto, se acercaba la hora prevista para el aterrizaje en el aeropuerto de Alicante. Cerró el libro y lo guardó preciosamente en su bolsa de viaje. Luis Ernesto lo estaría esperando allí abajo, de modo que faltaba ya poco para que sobreviniera el complicado momento de afrontar una experiencia, cuanto menos, poco común. Se iba a encontrar con un hermano del que, hasta hacía unos días, ni siquiera sospechaba su existencia. Por si eso fuera poco, debía añadirse la circunstancia curiosa, e incluso enigmática, de que ese ser que iba a descubrir era una copia exacta de él mismo. Lo cual, ya de por sí, siempre es un misterio. Pero un misterio al que la mayoría de esos seres dobles se ha ido adaptando a lo largo de una vida. Ahora él, de repente, podrá gozar del privilegio singular de contemplarse, desde todos los ángulos posibles, sin espejo interpuesto. No obstante, lo más desconcertante para él en ese preciso momento no era el componente físico, la parte material del ser, sino la mente, el yo pensante de su hermano, lo que suele llamarse alma. ¿Sería también un duplicado de la suya? Y si así fuera, ¿cómo serían sus relaciones? ¿Cómo pueden ser las relaciones entre dos seres transparentes el uno para el otro? Si ambos reaccionan igual ante el estímulo externo, eso quiere decir que son translúcidos entre sí. Entre ellos no mediará sino un escaparate, con todas las emociones expuestas.

Desde luego que cada uno tiene en su alma una recámara, donde figuran sus experiencias personales, su archivo histórico, y eso, afortunadamente, no forma parte de esa superficie secante común a ambos. Circunstancia que garantiza la diversidad de idiosincrasias entre ellos. Dicho de otro modo, no tendrá un espejo delante de él, sino un auténtico interlocutor.

Sea como fuere, no tardaría en descubrirlo. Un hermano es como una herencia. Buena o mala, hay que asumirla. Y Luis Ernesto, a juzgar por su reacción, debía ser del mismo parecer. Aunque, bien pensado, para él la situación encerraba una mayor complejidad, hasta adquirir dimensiones traumáticas tal vez. Según tenía entendido, el descubrimiento de que sus orígenes no eran los que él había creído databa de una época bastante reciente y debía doler como una herida fresca, no completamente cerrada. Ahora iba a

recibir la otra cara de la moneda, a saber, sus verdaderos orígenes familiares, el conocimiento de la tintura auténtica de su propia sangre. Probablemente a él le habrían enseñado una visión de la historia argentina. Sin embargo, de buenas a primeras, debe admitir que sus raíces se hunden en el campo adverso. Más aún, que los que él consideraba sus padres colaboraron en la ignominia de privar a una familia de sus hijos con objeto de incrustarlos en otro hogar, para el que la naturaleza no los había destinado, lo cual solo podía hacerse tras la eliminación física de sus verdaderos progenitores. Ese mundo maniqueo, en el que él se hallaba asentado confortablemente en el lado bueno, se había resquebrajado de manera repentina y brutal. Era como decir, valga la redundancia, que sus padres habían asesinado a sus padres y les habían robado el hijo. Y él, Donato, venía a ser el correo portador de semejante mensaje.

La puerta del avión estaba abierta y la escalerilla acoplada. De modo que no había sino bajar, entrar en el edificio y conocer personalmente a Luis Ernesto.

II

Cuando Donato levantó el vuelo para España, Lucrecia comenzó a tener pesadillas en las que el vecino de arriba desempeñaba el papel principal, convertido en una suerte de núcleo generador de terror. Por lo común, no veía su cara, pero sabía que estaba allí, muy cerca de ella, oculto en la oscuridad, o tras un obstáculo para la vista, o bien ganando terreno, acortando distancia irremisiblemente y, en todo caso, disponiéndose a desencadenar la agresión en cualquier momento, mediante su inefable cuchillo de destazar cerdos.

En ocasiones, ella se hallaba en la escalera, pero por aprisa que subiera los escalones no conseguía moverse del sitio. Él, en cambio, avanzaba de modo inexorable. Lucrecia podía ver por el vertiginoso hueco central su mano huesuda, recia, agarrada a la barandilla y progresivamente más cerca.

Otras veces entraba en su habitación y él estaba allí, de pie, esperándola. O bien quería dormirse, pero no podía, porque Mario Aventino la observaba desde un rincón. Era capaz de distinguirlo perfectamente en la penumbra.

De día, estaba continuamente al acecho del menor ruido proveniente del piso de arriba. Imaginando enseguida las peores acciones, experimentando los más negros presentimientos.

Ante Donato había optado por fingir que tenía la situación bajo control, que su lado racional había tomado las riendas. Pero ello se hallaba muy lejos de ser cierto. No hubo más remedio que disimular su zozobra, porque en verdad era lógico y necesario que Donato fuera a ver a su hermano. Si bien su determinación de hacerlo enseguida le flaqueó en un determinado momento, viendo el estado en que se encontraba su prometida. Llegó incluso a proponerle que se fuera a vivir con Matilde mientras durara su ausencia, cosa que ella rechazó por no ser una carga, o una molestia, para la anciana.

Ahora sentía que la situación se le escapaba de las manos por mucho que se esforzara en presentar las cosas según un método rigurosamente lógico. Diríase que una parte de su ser, o una entidad independiente, había tomado el control de su conciencia y se mostraba más dispuesta a creer a la locura que a la razón. Y eso que esta última se encontraba allí, con sus argumentos blindados. Donato estaba en lo cierto, no había motivos para ceder al pánico y sin embargo el pánico se estaba apoderando de ella a marchas forzadas.

Era urgente entrar en el puesto de mando y desalojar a esa entidad de la cabina, apoderarse del timón e impedir que el barco se estrellase contra las rocas. Para ello no podía confiar en nadie más que en sus propias fuerzas, apelar a sus agallas, que las tenía, y agarrar el toro por los cuernos.

Es lo que se repetía continuamente, pero, llegada la noche, cerrados los ojos, entraba en un mundo dotado de unas leyes que parecían estar todas contra ella, ante las cuales se hallaba por completo desprovista de recursos. E invariablemente se repetía la pesadilla.

III

Por aquellos días, un segundo estado de alarma cundió en el cuartel general de la policía bonaerense. Un nuevo asesinato se produjo presentando las mismas características que los anteriores, incluida la mutilación de las partes genitales de la víctima, solo que esta no era una mujer. Conociéndose, además, las causas y la identidad del asesino. Se trataba de un tal Romualdo Cardona, hombre extremadamente violento pues, según los testimonios recogidos de inmediato por los investigadores, solía amenazar frecuentemente a su esposa, así como también a otras personas, de «despedazarlos como a cochinos». Vivía en Santiago del Estero con su mujer y cuatro hijos, pero se había trasladado provisionalmente a Buenos Aires por asuntos laborales. La víctima era justamente el individuo con quien compartía piso, de nombre Lucas Camarena. Según el testimonio de los vecinos, se desencadenó una agria disputa entre los dos hombres que terminó en batalla campal. Acto seguido, Romualdo huyó, no sin antes destrozar el cuerpo de su adversario.

Mientras otras fuerzas policiales se ocupaban de lanzar una operación de búsqueda y captura, el inspector Esteban Mendoza, el subinspector Wolf y yo mismo, nos personamos en la escena del crimen. Romualdo Cardona muy bien podía haberse sentido irritado con Lucas Camarena y, presa del furor, haberle aplicado el mismo modus operandi que a las otras víctimas femeninas. Es lo que suele llamarse «deformación profesional».

La semejanza era turbadora. Según declararon allí mismo los especialistas del equipo científico, el cuchillo debía poseer, más o menos, las mismas dimensiones que en los otros casos, así como una lámina afilada con devoción maniática. La postura en que quedaban los cuerpos era similar. Y, para terminar, un argumento de peso. Según la declaración de los testigos, desde que concluyó la reyerta hasta que Romualdo salió de estampida, pasó un tiempo que unos alargan algo más que otros, pero que, en todo caso, no excedió de veinte minutos. Para dejar el cadáver tal como quedó, hacía falta tener experiencia en la labor. Por otra parte, se precisaba una buena dosis de sangre fría para permanecer veinte minutos en un apartamento en el que se ha armado una trifulca de mil demonios, que ha soliviantado a toda la finca, y donde se ha matado a un hombre.

Lo que no sabíamos todavía es que Romualdo Cardona no iría muy lejos, ni siquiera lograría salir de Buenos Aires, aunque fue detenido en una estación de tren a pocos minutos de conseguirlo. Y no en una estación cualquiera. Lo detuvieron en Retiro.

Cuando supimos esto, aún nos aguardaba lo mejor. Al día siguiente por la mañana, una parte consistente del equipo se dirigió a la estación de Retiro. Nos dispersamos por el interior y las inmediaciones con la fotografía de nuestro hombre en la mano. El resultado fue concluyente. Romualdo Cardona era conocido en el barrio. Particularmente en el bar «La olivera» que se halla justo enfrente de la entrada principal.

Una última precisión. Romualdo Cardona era un hombre apuesto y todas sus señas, excepto la edad, tenía treinta y cinco años, se correspondían con las descritas por la empleada del hotel Alvear y el camarero del Luzmala. Si bien, tanto el uno como la otra, fracasaron en su intento de reconocerle. Fue una decepción, pero no un obstáculo determinante para la nueva vía de investigación, ya que, en el Luzmala, como su nombre indica, la claridad era deficiente y en el hotel, el hombre había permanecido siempre en un segundo plano. En realidad, había demostrado una extraordinaria habilidad para no ser visto de frente y menos aún estudiado. Fue la mujer la que se encargó de todas las formalidades. Solo le faltaba firmar su acta de defunción.

IV

Tras pasar por el control de la aduana, Donato penetró en la sala donde numerosas personas esperaban a los viajeros. Meticulosamente, comenzó a buscarse a sí mismo, aguardando a que, de un momento a otro, de su propia persona surgiera un desconocido. Escrutaba con ansiedad los rostros más cercanos, pero pronto cambió de táctica, lanzando la mirada en profundidad, tomando campo. Se vio entonces a lo lejos luciendo una sonrisa blanquísima en medio de un rostro bien tallado, atezado por el sol veraniego, coronando, al modo de una magnífica cúpula, una figura esbelta, imponente. Luis Ernesto vestía un impoluto traje de lino del color de la nata montada, que ponía intensamente de relieve su fisonomía berberisca. Antes que nada, Donato sintió una contundente oleada de satisfacción al saberse una reproducción matemáticamente exacta de lo que tenía delante.

El encuentro no fue emotivo, no podía serlo, pero sí impregnado de una jubilosa curiosidad.

—Che, Luis Ernesto. Si hubieras vivido en Buenos Aires, la gente misma habría acabado por reunirnos, tanto el parecido es un escándalo.

—¡Che! Aquí también los valencianos dicen che a troche y moche, cuando hablan en su propia lengua.

—Pues entonces me sentiré como en casa. ¿No viviste nunca en Argentina? Quiero decir, que vos recuerdes...

—Sí recuerdo que viví, hasta los cinco o seis años, me parece. Pero después perdí los hábitos lingüísticos rioplatenses. En mi memoria quedan tan solo impresiones vagas de la casa de Buenos Aires y de las calles adyacentes.

—¿Dónde vivías, lo sabés?

—En Palermo, me parece que les oí decir a mis viejos. Que en verdad eran más viejos de lo que hubieran debido ser. Y nunca me fijé en ello.

—Un niño no se fija en esas cosas. Y luego de mayor hace falta un cálculo y una especulación que no viene de forma automática.

—¿Cómo eran?

—¿Nuestros padres? La abuela Matilde conserva fotos. En mi opinión, una pareja que debía causar sensación verlos juntos. Papá era una réplica de Carlos Gardel y mamá otra de Ava Garner.

Luis Ernesto sonrió, visiblemente halagado.

—¿Y por qué los asesinaron?

—Entraron, como muchos otros, dentro de la lata categoría de «subversivos». La profesión de ambos era periodista, así que existía ya, en el momento del golpe, un historial de publicaciones que los comprometía. Aparte de ello, según tengo entendido, trataron de hacer realmente su trabajo en circunstancias tan adversas, Matilde sospecha que pertenecieron a la Agencia de Noticias Clandestina, ANCLA, y pagaron con la vida su deontología profesional.

—¿Sabes si los torturaron?

—Matilde nunca me ha dicho nada a este respecto. Pero, por lo que sé en relación con lo ocurrido durante aquellos años, no hay que hacerse muchas ilusiones...

Luis Ernesto guardó silencio. Donato, en efecto, parecía tener acceso a la caja donde se gestaban los pensamientos de su hermano. No era una operación difícil en ese caso preciso.

—Bueno —exclamó al fin Luis Ernesto— nuestra obligación ahora es mirar hacia delante y recuperar el tiempo perdido.

—Estoy de acuerdo.

Al salir del complejo del aeropuerto, Donato sintió el ardor de la canícula. Afortunadamente había previsto que, en esa época del año, España pasaba por el corazón del verano. Se quitó el abrigo que, de repente, le pareció un sarcófago de plomo y debajo llevaba tan solo una sutil camisa de manga corta. El sol despedía un brillo cegador, por lo que ambos hermanos, en un movimiento sincronizado, se calaron las gafas de sol.

—Elena —comentó Luis Ernesto— se va a hartar de reír cuando nos vea juntos. Apuesto a que si nos cambiamos de traje se echa en tus brazos.

—No se la podría culpar por ello.

—Tengo una idea —exclamó, rompiendo a reír.

—¿Cuál?

—Pronto lo verás.

Luis Ernesto sacó del bolsillo de la chaqueta un mando a distancia y un Porsche Carrera descapotable bufó de impaciencia. Poco tiempo después circulaban por las calles de Alicante.

—Aquí es.

Se trataba de una tienda de trajes de lujo para caballero. Luis Ernesto entró en ella como si viviera allí. Los vendedores se dirigían a él por su propio nombre, solo que acortado: Luis.

—Primero quiero que me vistáis a mi hermano exactamente igual que a mí. Luego que se elija una muda de repuesto.

—No sabía que tenías un hermano.

—Ni yo. Hasta hace unos días.

Luis Ernesto contó sumariamente la historia. La cual causó una sincera admiración.

Cuando Donato estuvo equipado, la tienda entera, vendedores y clientes, se puso a hacerse cruces. Eran como dos gotas de agua. Pero no dos gotas cualquiera. El empaque que tenían así, los dos juntos, y vestidos además de punta en blanco, causaba sensación.

A partir de ahí, la gente se volvía para verlos en la calle.

Luis Ernesto quiso gozar un poco más del impacto que producían alrededor suyo. Así que, de camino a casa, lo llevó a un bar de moda incrustado en la roca, al borde mismo del mar, en el que era sobradamente conocido. Allí se desencadenó un auténtico frenesí colectivo. La entrada supuso un verdadero seísmo. Los clientes se restregaban los ojos, prorrumpiendo en exclamaciones de sorpresa. En pocos segundos los rodearon exigiendo que el genuino Luis se manifestara. Este, negando que era él, se dio a conocer. Y, tras múltiples risas y cumplidos, contó de nuevo la historia, con lo que les dejó a todos boquiabiertos.

Más tarde, cuando ya se había calmado la cosa, un cliente que acababa de entrar y todavía no estaba al corriente de la noticia, se acercó a Donato, le dio una palmada en la espalda y le dijo:

—Che, Lluís, qué fas?

En eso levantó la mirada y vio al auténtico Luis. Se quedó de piedra. Los presentes estallaron en una descomunal carcajada, lo que aumentó su confusión.

—¡Joder! Si acabo de llegar. Todavía no he bebido nada. ¿Cómo veo doble?

La hilaridad redobló.

Luis Ernesto estaba satisfecho de su golpe de efecto y atendía a todos. Se pasaba por todas las mesas, presentando a Donato a quienes todavía no lo había hecho.

Cuando salieron de allí, la exaltación no había recaído. Todos los parroquianos hablaban de lo mismo y contaban la historia de los dos hermanos a quienes aún no la conocían.

V

En una cosa se diferenciaba Lucrecia de lo restante del género humano, a saber, que deseaba con todas sus fuerzas que se hiciera de día para encaminarse a su trabajo. El laboratorio constituía para ella un remanso de paz. Entre sus compañeros de trabajo se sentía segura, logrando alcanzar una relativa concentración en lo que hacía. Por momentos se olvidaba francamente de su enigmático e inquietante vecino de arriba.

Sin embargo, a medida que se iba acercando la hora de abandonar ese refugio protegido y regresar a casa, sentía que la angustia iba subiendo, como si su cuerpo fuera un depósito que se fuera llenando poco a poco de un agua gris, nauseabunda, perjudicial.

Ya en el tren, todos sus sentidos estaban alerta. Siempre llevaba algo para leer, o bien el periódico, o bien un libro. Desgraciadamente, nunca podía conservar la concentración, de un tirón, más allá de las dos líneas. Su pensamiento, incapaz de volar hacia donde era convocado por el texto que tenía entre las manos, caía, como un saco de arena mojada, en el fondo del abismo de su obsesión. Luego necesitaba un esfuerzo sobrehumano para escalar las paredes y extirparse de él. Apenas emergida, experimentaba de nuevo esa atracción irresistible que la arrastraba de nuevo, inexorablemente, al lecho limoso y oscuro de la sima, donde su mente se deconstruía en un mosaico cuyas piezas hubieran sido barajadas por un loco.

La cosa cambiaba, desde luego, si lo que leía era un artículo referente al asesino de la estación de Retiro. En tal caso, una lucidez morbosa, que convocaba todas las potencias del intelecto unidas a las de la fantasía, la llevaba a una comprensión enriquecida de las circunstancias narradas, que su memoria exacerbada enlazaba con otros datos que figuraban en su archivo, realmente tomados de los medios de comunicación o bien producto de sus propias cábalas; también con imágenes que ya no sabía muy bien si habían sido vistas en periódicos, en la televisión, o bien eran meros productos de su imaginación enferma, o de su perturbado sueño.

En toda esa madeja apelmazada de hilos, que ella tiraba de un lado o de otro, un elemento permanecía invariable. El rostro de Mario Aventino, unido indisociablemente al marbete de «asesino de la estación Retiro».

Por mucho que se esforzaba en tachar dicha etiqueta con martillo y buril, no lo conseguía.

¿Qué significaba aquello? Vamos a ver, se dijo, ¿por qué diablos no puedo quitarme esa idea de la cabeza? Cuando honestamente debo confesar que no dispongo de una sola prueba cierta, objetiva, tangible, de su culpabilidad. ¿Cómo he llegado a esta situación, desde todo punto de vista irracional?

¿Será acaso que esa certeza no puede ser explicada racionalmente porque no viene del intelecto, sino que se trata de una percepción extrasensorial, captada por lo que suele llamarse el lado espiritual del ser humano? ¿Una llamada urgente, una advertencia, que mis oídos no pueden aprehender, pero que brota como un venero de lo más profundo de mi ser?

Donato le había hablado alguna vez de ese tema, no porque le agradara expandirse en ello, sino porque ella misma deslizó alguna vez una que otra pregunta acerca de ciertas lecturas que parecían interesarle de modo particular y que ella englobaba en una tendencia lata de misticismo. Cosa, por cierto, rara y sorprendente en alguien que había cursado estudios de derecho. Algunos de estos libros le habían costado un ojo de la cara.

En una de esas conversaciones, Donato le había citado al filósofo y psicoanalista Carl Jung, para quien el hombre no es uno, sino múltiple. Parece que por dentro estamos habitados por multitud de personajes independientes, autónomos, que dicho filósofo denomina arquetipos, los cuales comunican con nosotros en sueños, o a través de manías, deseos, obsesiones.

La próxima vez que hable con Donato le preguntará si Carl Jung opina que todos esos arquetipos son honestos, sinceros, buenos, o los hay malvados, perversos, mentirosos.

El primero de los momentos dramáticos de su vuelta a casa venía dado por la bajada del tren en Retiro. Poner el pie sobre el cemento del andén y mirar a ambos lados por si veía al hombre del abrigo era todo uno. Siempre que lo hacía sentía un nudo en el estómago que no se distendía hasta salir del hall de la estación, cuando ya se había girado infinidad de veces y comprobado que, una vez más, no estaba allí.

Así es, hacía varios días que Mario Aventino, no viajaba en ese tren. Ya la había prevenido Donato. Los militares tienen un horario irregular. E incluso puede que desaparezca del mapa durante varias semanas por causa de maniobras. No debía ser así en ese momento, porque, de noche, solía detectar su presencia en el piso de arriba.

El aire frío de la ciudad, la presencia de la multitud que deambula, conseguían apaciguar su estado de ánimo. Pero se trataba de una condición pasajera. A medida que iba acercándose a la escalera de su finca, notaba que su confianza se iba deshilachando y cuando llegaba a la avenida en que vivía, se sentía desnuda, desprotegida y perdiendo los papeles a una velocidad vertiginosa.

El vestíbulo, así como el cajón de la escalera, estaban siempre oscuros, incluso de día. Había que dar unos pasos hacia el interior para accionar la clavija de la luz. El ascensor acortaría el suplicio, mas ella lo desechaba porque se había imaginado muchas veces abriendo la puerta del mismo en el rellano y encontrándose de bruces con él, sin la menor posibilidad de evitarle y en la posición de un ratón metido ya en la ratonera, no en la acepción de madriguera, donde ya está a salvo, sino en la de trampa, donde ya está cazado.

Prefería subir a pie los tres pisos. Acción que se había convertido en una odisea tan larga como la del héroe epónimo, ya que tomaba todas las precauciones posibles antes de franquear cada rellano, antes de abordar cada tiro de la escalera.

Finalmente quedaba la labor de enhebrar la llave dentro de la cerradura, tarea ardua, pues sus manos temblaban y desobedecían como si la hubiera acometido el baile de San Vito.

Dentro se encontraba más segura, pero no del todo. Y comenzaba para ella la larga congoja de la noche.

VI

Tras haber interrogado a los vecinos de Romualdo Cardona, la conclusión era realmente inquietante. Todos ellos permanecieron contestes en dos hechos determinantes. En primer lugar, la extrema agresividad del sujeto. Su actitud habitual era la del despellejado vivo, cualquier cosa, por insignificante que fuera, podía irritarle. Más aún, solía ir al encuentro del incidente. Cuando este se producía, invariablemente culminaba en una explosión de violencia. El segundo aspecto de su comportamiento social venía dado por su dependencia de las drogas duras. En multitud de ocasiones se le veía tirado, como bulto inanimado, en un rincón del portal. La gente no esperaba sino una cosa, que con ese tipo de vida se fuera pronto al otro barrio, a ese al que se va con los pies por delante. Pero Romualdo era como un Ave Fénix. Al día siguiente de haber sufrido el contragolpe demoledor de los estupefacientes, hasta el punto de haber perdido por completo el sentido durante muchas horas, se iba con la misma impetuosidad arrogante y virulenta al trabajo o a donde quiera que fuese. Se diría que poseía un cuerpo de acero, conectado a una central eléctrica.

Los vecinos y quienes le conocían, huían de él como de un apestado. Tan solo podía soportarlo Lucas Camarena, pues era un sujeto más o menos de su misma calaña y aun así muchas veces protagonizaban fricciones explosivas, como la que acabó con la vida de este último.

De allí nos fuimos al bar «La olivera», frente a la estación Retiro. Su patrón, un tal Roberto, se alegró sinceramente de que la policía se interesara por semejante individuo.

—Es una mala pécora —aseguró—, y todos los parroquianos se sentirán aliviados si pasa una larga, muy larga temporada, en chirona.

Roberto era bajo, paticorto, pero tremendamente fornido. Poseía un cuerpo espeso, ancho, cuadrado, desarrollado en exceso con relación a su cabeza y extremidades, que parecían pedúnculos brotados de su formidable tronco.

—Es un buscarruidos furioso y un tipo de mala entraña. Aquí, la primera vez que quiso propasarse, probó el sabor de mis puños y ya no lo intentó más. Pero se ha dado el caso de seguir a alguno de mis clientes y agredirlo fuera o

amenazarlo con destazarlo como a un cochino. Para mí que tiene un pedo en el casco y, más que en la cárcel, habría que encerrarlo en el manicomio.

Solo de hablar de él, Roberto se había exasperado a juzgar por la saña con que se puso a limpiar la superficie del mostrador.

—¿Qué quieren tomar? —Invita la casa.

—Nada. Se agradece —repuso el inspector Mendoza.

—Un café al menos. Eso siempre viene bien.

Sin esperar respuesta, Roberto se volvió hacia la cafetera. Indudablemente le satisfacía la idea de un Romualdo Cardona pensionario del Estado por una larga temporada.

Esteban Mendoza no protestó. Debió pensar que tomar algo sentados ante un mostrador crea un ambiente que favorece la confidencia.

—Aparte de su carácter, digamos, impetuoso. ¿Qué otros rasgos podríamos señalar de él? Por ejemplo, cuando venía aquí, debía ser sobre todo para hablar con los parroquianos, ¿qué temas de conversación abordaba con mayor frecuencia? —insinuó Mendoza.

—Le gustaba meter cuchara en todos los cocidos. Si se hablaba de política, él tenía su opinión. De fútbol, lo mismo. Defendiendo siempre las soluciones más drásticas.

El inspector ignoró los terrones de azúcar, asiendo directamente la taza para dar un sorbo breve.

—Sí, pero ¿tenía algún tema preferente? ¿Alguna conversación que le agradara en particular y que él mismo sacara a relucir?

—Las faldas, indudablemente. Era un auténtico obseso. Solía contar a voz en cuello sus aventuras. Con pelos y señales, además. En realidad, en su gran mayoría, eran auténticas violaciones, solo que, según él, todas acababan consintiendo.

Mendoza era un maestro en el arte de disfrazar ese preciso instante en que surge un repentino e intenso interés en una conversación. Por eso se detuvo entonces para marcar una pausa y dar plácidamente, no uno sino dos sorbos al café.

—Ah, entonces tendría una opinión bien construida sobre el asesino de la vecina estación de Retiro.

—Ya lo creo que la tenía. Para él era poco menos que un héroe nacional.

—¿Hasta ese punto?

—En su opinión, las mujeres son todas unas putas, que solo sirven para pasar un buen cuarto de hora con ellas y el resto del tiempo a uno le amargan la vida. Según él, ese tipo había inventado una nueva manera de amor, el de

usar y tirar. Tirar realmente a la basura. Por eso no lo cogerán nunca, porque las silencia para siempre, decía.

—O sea que él piensa que las mata para que no hablen.

—Eso parece. En todo caso no parecía acordar demasiada importancia al asesinato en sí.

—¿En qué centraba su interés?

—Pues en lo que precedía inmediatamente al crimen. Ya le he dicho que era un auténtico obseso sexual. Por cierto, ¿qué ha hecho para que la policía se interese tanto por él? Si se puede saber...

—Ha matado a alguien.

—¿A una mujer?

—No, a un hombre.

—Ah.

VII

Donato se figuraba que su hermano, único heredero de una fortuna inmensa, no demasiado limpia, por cierto, estaría alojado con cierta comodidad, por decirlo de algún modo. Pero lo que vio superaba ampliamente todas sus previsiones. Luis Ernesto habitaba una inmensa mansión blanca colgada de un acantilado, con el zafíreo mediterráneo delante, refulgente bajo el sol. Explanadas, pérgolas, vasta piscina romana, jardines, nada faltaba al exterior. Menos aún al interior, como no tardó en comprobar. Sin embargo, la decoración más suntuosa de la mansión venía bajando las escaleras con una majestad oriental, unida a la sensualidad de la más refinada de las pasarelas.

Luis Ernesto dio la primera muestra de su amor por la comedia y el chiste del modo que ya prácticamente había sugerido, guardando un silencio absoluto, evitando cualquier gesto que le delatara y disfrutando de la confusión de su esposa.

Elena se quedó francamente impresionada, pero en absoluto confundida.

—No seas bobo —dijo, dirigiéndose a su marido—. Lo que me hubiera sorprendido realmente es que no hicieras una astracanada así. Pero debo confesar que el parecido es realmente increíble. La misma talla incluso.

Donato sintió que lo estaban sometiendo a un examen tan detenido y profundo que temía le fueran a levantar la piel a tiras para ver lo que hay debajo. Los ojos de Elena destellaban un brillo acerado, cortante. Él conocía muy bien esa mirada. Era la del deseo furioso, indomable. Circunstancia que no dejó de sorprenderle, puesto que, si era exactamente igual a su hermano, lo lógico es que su percepción estuviera, digamos, lavada por un agua cotidiana.

—Bienvenido a esta casa, Donato. Que, de ahora en adelante, es la tuya.

Mientras le decía esto, le dio un beso en cada mejilla que le quemó durante un buen rato.

—Enséñale su habitación, Luis. Espero que sea todo de tu agrado. Y si no, no dudes en pedir cualquier cosa que desees...

—Vamos, hermano. Te relajas un poco y luego, si no estás muy cansado, saldremos los tres a cenar y a disfrutar de la noche de estos pagos, que ya verás como paga la pena.

—Nunca una dama fue de caballeros tan bien servida... —recitó Elena.

—¿Cómo dices? —inquirió Luis Ernesto.

—Nada. Literatura antigua. Quería significar que me sentiré particularmente bien acompañada esta noche.

—Serás la envidia general. Más aún que a menudo.

La habitación que le habían destinado era amplísima, dotada de una cama enorme, descomunales armarios empotrados, con vistas impresionantes, no solo del mar, sino también de las montañas del interior. La claridad era cegadora.

—¿Quieres que te cierre los postigos? —propuso Luis Ernesto.

—No gracias. Me encantan las vistas. Y no voy a dormir. No estoy cansado. Me relajaré un poco y luego bajaré con vosotros.

—Hasta entonces, pues.

Cuando Donato se quedó solo, fue enseguida al balcón que daba al mediterráneo. Desde allí, el espectáculo era esplendoroso, imponente. El pavonado mar se hallaba tachonado de blancas velas y cerca de la línea del horizonte navegaba el ferry de Ibiza.

Luego dejó caer su mirada en vertical para descubrir una pequeña cala privada en el fondo del precipicio, donde fondeaba un esbelto velero en una suerte de puerto natural.

Tanta belleza le estaba insuflando un sopor en el que flotaban ideas confusas o tal vez era, después de todo, el cansancio. Se quitó la chaqueta, antes de dejarse caer sobre la cama.

Entonces vio con claridad que Elena iba a erigirse como un problema en sus relaciones con su hermano. Debía ser prudente.

La relación de su cuñada era una prueba de que hay algo que va más allá de la materia y resulta tan visible, tan patente, como esta. Puede que él y Luis Ernesto sean físicamente idénticos, pero ello no impide que, quien conozca perfectamente al menos a uno de ellos, sepa distinguirlos con absoluta certeza. Por consiguiente, hay una diferencia. Y esta es el alma personal e intransferible de cada uno. ¿Qué otra cosa, si no?

Dos almas distintas, opuestas quizá, unidas por un envoltorio común, una misma carne, una misma sangre, separadas por el destino y vueltas a reunir por él, mediante una llamada que no era posible desoír. ¿Por qué? ¿Es el destino una entidad caprichosa? Donato estaba seguro de que ello no es así. Siempre hay una razón para todo. La máquina del mundo gira sus engranajes con un fin preciso, para cada uno de los seres y para todos en su conjunto. Es el vasto y complejo proyecto de la creación. Habrá que esperar para ver cómo

se perfila, qué cauces toma y entonces decidir cuál es el mejor modo de navegar ese río.

VIII

Desde hacía varios días, Lucrecia no vislumbraba la silueta de Mario Aventino bajando del tren, ni siquiera percibía, en casa, su presencia sobre su cabeza. Lo cual, lejos de tranquilizarla, intensificaba la tensión. Las alimañas de presa nunca se muestran tan silenciosas y precavidas como cuando se disponen a saltar sobre su víctima. Se diría que semejante sigilo por parte de Aventino obedecía a una premeditación, a una voluntad constante de no hacer ruido, quizá de evitarla.

Se preguntaba si acaso habría transparentado su miedo, si habría observado en ella un comportamiento anormal, un gesto, en suma, que hubiera delatado la realidad de su sospecha. Si la respuesta fuera afirmativa y él inocente, pensaría que estaba loca de atar, y si culpable, estaría disfrutando con el prelude de la tortura psicológica a que la estaba sometiendo, al modo en que el gato deja escapar al ratón de entre sus garras para darle, durante unos breves segundos, la ilusión de la vida y atraparlo de nuevo inmediatamente después. Lo que aumentaría indudablemente su placer de asesino sicópata.

Por aquellos días podía sucederle a Lucrecia que perdiera la noción del tiempo y del espacio, que suelen ir juntas. Muchas veces, le parecía a ella que acababa de saltar sobre el andén cuando, de repente, alzaba los ojos y se veía ante la puerta de su edificio. O, al contrario, le daba la impresión de llevar horas caminando, cuando en realidad había hecho poco más que salir de la estación.

¿Y si el problema estuviera dentro de su cabeza y no fuera? Con los millones de hombres que hay en Buenos Aires, ¿tendría que vivir el asesino de Retiro justo en el apartamento de encima del suyo? ¿Por qué razón? ¿Podía aportar una sola prueba objetiva, determinante, de que ello fuera así? Ninguna. No disponía de una sola demostración contundente y definitiva para afirmar tal cosa. Únicamente sospechas infundadas. El resultado de todo ello era, sin embargo, la convicción absoluta y sin fisuras de que era él. ¿Qué más necesitaba para establecer el diagnóstico de que algo no andaba bien en su camocha?

De modo que es así como uno se desliza poco a poco hacia la locura.

En otras ocasiones, la asaltaba otra idea tanto o más inquietante. Donato le había dicho algunas veces, medio en broma, medio en serio, que era preciso tener mucho cuidado con lo que se desea, pues suele cumplirse. Lo mismo podría decirse respecto a lo que se teme. La voluntad humana, unida a la imaginación, transforma el mundo, hecho de una sustancia maleable. Ella estaba segura de que Donato había sacado esas ideas de los misteriosos libros que leía, pues no se trataba de ocurrencias que podían escucharse a menudo en las calles. Pero si esto fuera cierto, ella estaba desenrollando la realidad hasta escribir en un principio, o al menos mucho antes, que Mario Aventino era un asesino sicópata, que había matado y despedazado, una tras otra, nueve mujeres y muy probablemente seguiría haciendo lo mismo con otras, entre las cuales se encontraría, quizá, ella misma. Y por haberlo pensado con tanta intensidad, temido incluso con tan lancinante horror, lo estaba introduciendo en la textura de la realidad. Quizá por el momento se hallaba el preparado en una fase indecisa, inconsistente todavía, previa a una coagulación y consolidación definitiva, que llegaría a producirse irremediabilmente si ella persistía en tal actitud.

¿No será el ser humano el creador de su propio universo, el único que existe?

En tal caso, ¿quién tendría la culpa de todas esas muertes? No Aventino, desde luego, sino ella misma.

¿Cómo parar esa máquina infernal que degrada y corrompe el cosmos, pudiendo acabar con la aniquilación de quien lo narra desde el fondo de los cuévanos de sus ojos?

Drogada por tales pensamientos, llega ante la puerta de su finca, la abre con mucha precaución y recelo. ¿Y qué se encuentra de bruces? A Mario Aventino.

IX

Romualdo Cardona penetró en la «sala de las conversaciones intensas» flanqueado por dos robustos agentes de la autoridad, por si las moscas. Lo aguardaban el inspector Esteban Mendoza, los subinspectores Wolf y Comín, así como cinco ayudantes detectives.

Venía con la actitud arrogante y agresiva que, al parecer, era inherente a su persona. Bastaba con echarle el ojo encima para comprender que una formidable fuerza implosiva se estaba concentrando constantemente en un núcleo interior, a fin de alcanzar en cualquier momento un punto crítico, capaz de desencadenar una onda expansiva de proporciones telúricas.

Habíamos sido aleccionados sobre cómo reaccionar en caso de que se produjera tal eventualidad, así que nos hallábamos todos al quite.

Esteban Mendoza, imperturbable, pero exhibiendo su cara más patibularia, la de los días más grises y desapacibles, aquellos en los que se ha olvidado ya el paraguas en cualquier parte y uno no para de mojarse allá donde vaya, le acercó una silla y le ordenó que se sentara.

Cardona lo hizo sin abandonar su actitud desafiante. Los dos guardias se colocaron a ambos lados del prevenido, ligeramente en arredro.

Mendoza agarró otra silla y se sentó a su vez delante de él.

—Vamos a ver, ¿por qué lo hiciste?

—¿Por qué lo hice? Pues porque era un cabrón y lo merecía. ¿Hace falta otra razón?

—Depende del punto de vista de cada uno. Pero dejemos eso de lado por el momento. Quiero decir que viviste tres meses con él en el mismo apartamento y no lo mataste. ¿Por qué lo hiciste en ese preciso momento?

—Discutimos por una tontería y entonces salieron de golpe todos los roces acumulados durante muchos días.

—¿Y cuál fue esa tontería?

—Ya le he dicho que fue una bobada. El día anterior no había fregado los cacharros, así que no podíamos comer. Le dije que lo hiciera de inmediato y se negó. Le pregunté por qué y respondió que porque no le daba la gana. Le repliqué si él creía seriamente si su gana tenía algo que ver en el asunto y dijo

que estaba convencido de ello. Entonces fui a la pila, cogí el más grande de los cuchillos y, sucio como estaba, se lo clavé en el estómago.

—¿Se da cuenta de que Lucas Camarena habrá sido el primer hombre en morir por no haber fregado los cacharros?

—No. Lucas Camarena murió porque era un cabrón y ya me tenía hasta las narices. Y a mí no se me puede tener hasta las narices, ni mucho menos, porque soy un tipo que no aguanta una avispa en un ojo.

—Perfecto. Lo mató y Santas Pascuas.

—Sí.

—Muy bien. Lo que no acabo de comprender es por qué lo mutiló después. En lugar de salir de estampida porque había cometido un asesinato y escandalizado a toda la finca, pierde un tiempo precioso cortándole los huevos a Lucas Camarena y privándole de algún que otro órgano interno.

—¿Qué más da? ¡Para lo que le iban a servir a partir de entonces!

—¿Y para qué le iban a servir a usted?

—No sé. Me cegué. No podía parar de hacerle daño. Y como tardaba en morir, encontré aquello la mar de divertido.

—Lucas Camarena era probablemente un cabrón. Pero usted no lo es menos. ¿Se lo han dicho alguna vez?

—Sí, muchas. Pero pocos han vivido para contarlo.

—Hablando de contar, ¿podría contarnos lo que hizo el martes pasado?

—Pues lo de todos los martes. ¿Qué quiere que haga un martes? Todo el día en la fábrica.

—¿Y al salir?

Cardona le lanzó una mirada perforante al inspector.

—¿Qué tiene que ver lo que hice el martes con lo de Lucas Camarena? Le aseguro que el martes no tenía la menor intención de matarle. Ni siquiera lo sospechaba ayer, cuando entré en el apartamento, media hora antes de trocearlo como a un cochino.

—Responda a la pregunta. ¿Qué hizo el martes, al salir de la fábrica?

—Pues me fui a emborracharme a «La olivera».

—¿Se emborracha todos los días?

—De una manera o de otra sí.

—Además de Roberto, el propietario del local, ¿tiene otros testigos que avalen su declaración?

—¿Y qué sé yo? Si estaba borracho como un tonel.

—¿A qué hora salió de «La olivera»?

—No debía ser muy tarde, porque al día siguiente tenía curre.

—¿Sobre las diez?

—Sí, más o menos.

—¿Y a dónde se dirigió después?

—Pues a casa. A sobarla.

—¿A qué hora entró en casa?

—Pues tres cuartos de hora más tarde de haber salido de «La olivera». Es lo que suelo tardar.

—¿Le vio alguien entrar?

—Sí.

—¿Quién?

—Lucas Camarena.

—¿Nadie más?

—Nadie más.

Los ojos de Romualdo Cardona destellaron un brillo especial. Apoyó los codos sobre sus rodillas, con lo que su rostro se acercó mucho al del inspector Esteban Mendoza.

—Oiga. ¿No me estará tratando de cargar otro mochuelo?

X

Luis Ernesto había insistido una vez más en que salieran también esa noche vestidos de manera idéntica, así, no pudiéndolos identificar de manera precisa, muchos optarían por no venir a incordiarles. Pero eso era sin contar con el carácter extrovertido del valenciano, que se contagiaba con extraordinaria facilidad al extranjero instalado de manera duradera en la tierra.

—¡Che, Luis, y qué callado te lo tenías!

Y a lo mejor no era a Luis a quien estaban hablando. Pero daba igual, enseguida intervenía la risa y la chacota.

—¡Che, Luis! ¡Te tendrás que poner un chapita colgada al cuello para avisar a tu esposa de que eres tú!

—Es que no soy yo.

Pero enseguida una homérica carcajada lo delataba. Coreada de inmediato por toda la terraza del restaurante.

Y todo era Luis por aquí, Luis por allá, Luis esto, Luis lo otro. Y Luis estaba más ancho que largo.

Para esa primera salida, el matrimonio había elegido la localidad más cercana a su residencia, un pequeño pueblo costero de nombre Moraira, y un restaurante situado en la misma entrada del puerto, a la puerta del cual un letrero pintado a mano rezaba: «La olivera», y provisto de una terraza con sombrillas blancas que era como una bandeja ofrecida al mar. Sobre todas las mesas había velas y farolillos encendidos, concediendo al ambiente una cierta intimidad de sabor tradicional y auténtico. Ante ellos, la extensión azul, plana como una balsa de aceite, se estaba tornasolando con los oros y los fuegos del ocaso. Era el momento de los aperitivos, cuyo alcohol daba más intensidad, si cabe, a los colores naturales.

Donato se dio cuenta enseguida de dos cosas. La primera es que, en cuanto decayó algo el interés por los dos gemelos, Cástor y Pólux, los ojos de todos, principalmente los de los hombres, eran como veletas imantadas señalando un único norte: Elena. Y no les faltaba razón, concedió. La segunda es que los de Elena se cebaban en él con una voracidad exacerbada, violenta casi. Le parecía imposible que su hermano no se diera cuenta de ello. Pero

Luis Ernesto parecía demasiado distraído por el protagonismo que le otorgaba la novedad de su increíble juguete de carne y hueso.

Ya durante la cena, cada gesto de Elena era una insinuación callada, aunque urgente. Un excelente vino blanco del país no debía ser del todo ajeno a ello.

En muy poco tiempo, razonó, la situación podía llegar a ser explosiva. Para gestionarla, haría falta toda la sabiduría del equilibrista.

—Estoy ansiosa por conocer Buenos Aires, porque vamos a ir allí, ¿no es cierto Luis?

—¡Claro que sí! En cuanto termine el verano. Tenemos que conocer a Matilde. Y también a la pareja de Donato. ¿Cómo dijiste que se llama?

—Lucrecia.

—Eso es. Seguro que muchos recuerdos de infancia, que ahora se hallan sepultados en el fondo de mi memoria, aflorarán a la superficie. Será como probar la madalena de Proust.

—Di, Donato. A lo mejor hasta eres un consumado bailarín de tango.

—Yo personalmente no. Pero por supuesto que iremos a locales donde se produce un tango purísimo.

—Estoy segura de que lo bailas muy bien. Un día te someteremos a examen.

—La decepción puede ser amarga.

—Lo dudo. Si eres la viva imagen de Carlos Gardel. Bueno, Luis también lo es y bailarías tan bien un tango como una jota aragonesa.

—¿Qué es el tango sino la jota aragonesa exportada a América y recargada allí, lejos de la Madre Patria?

—Eres un animal, Luis —le repuso ella, de buenos modos.

Luis Ernesto torció el gesto, pero no por la réplica de ella, sino por la irrupción de un grupo de cuatro estiraos que se alineó junto a la barra.

—Ya tenemos aquí a los torerillos —exclamó con desdén.

Elena ni siquiera se volvió para mirar, tan fijos estaban sus ojos en los de Donato. Pero este sí les lanzó una mirada de soslayo, percibiendo que estos examinaban detenidamente el espacio de la terraza como buscando algo. Al final uno lo encontró y dio un codazo a su vecino. Ese algo era, cómo no, Elena.

XI

Lucrecia lanzó un grito ahogado y se desplomó. Mario Aventino la agarró y la atrajo hacia dentro. Era un cuerpo muerto que no podía tenerse en pie, así que se le escapaba de entre las manos, buscando constantemente ganar el suelo, así que el militar tuvo que emplearse a fondo, agarrándola de donde podía, procurando mantenerla apoyada contra la pared. El bolso ya estaba sobre las baldosas y no podía dejarlo allí. Fue un ejercicio complicado sujetarla y al propio tiempo agacharse para recuperarlo. Se lo colgó él mismo al hombro y tomó en brazos a la mujer.

La llevó en volandas al ascensor, que afortunadamente estaba todavía allí. Se las arregló para abrir la puerta, un poco con la mano y otro poco con el pie. Pero ya dentro, era preciso poner a Lucrecia de nuevo en posición erecta para poder apretar el botón. El cuerpo de ella se deslizaba hacia abajo y tuvo que sujetarlo con el suyo mientras con la mano libre pulsaba el número adecuado. En ese justo momento abrió los ojos ella y viéndoselo tan cerca, jadeando levemente por el esfuerzo, y recibiendo su cálido aliento en su misma boca, perdió otra vez el conocimiento de manera instantánea. Este roce estaba destinado a tener unas consecuencias demoledoras en el comportamiento posterior de ambos.

Llegado al rellano donde vivía ella, le habló.

—Tenés que abrir la puerta.

Pero fue en vano. Aquel cuerpo estaba deshabitado.

Aventino se decidió a hurgar en el bolso. Sus dedos, largos y finos, no tardaron en tropezar con el llavero. Eligió una llave que se parecía mucho a la de su propio apartamento y abrió.

Lucrecia se despertó acostada en su misma cama. La lamparilla de la mesilla de noche estaba encendida.

Con un espasmo se incorporó. Él había entrado en su apartamento. ¿Quién sabe si no se encontraba todavía en él? Tenía que buscar algo para defenderse. Miró a su alrededor, pero no vio nada más contundente que un frasco de perfume alargado. Lo asió como si fuera un almirez.

Avanzó hacia la puerta, puso la mano sobre el pomo y tiró de él con infinita precaución. El pasillo estaba a oscuras. Toda la casa lo estaba. No se

atrevió a encender, pues no quería delatar su presencia.

Pensó en descalzarse, pero notó que ya lo estaba. Se dirigió hacia el salón. La puerta se encontraba abierta. Si había permanecido en el interior del apartamento, lo más probable es que estuviera allí, sentado en un sillón, aguardando a que se despertara, para hacer con ella Dios sabe qué.

Muy lentamente, pasó un ojo por el umbral. No era suficiente, lo sacó más. Los sillones estaban vacíos. El sofá lo mismo. No se hallaba en el salón. Lo que quería decir que estaría detrás de ella. Un escalofrío le hizo dar un respingo y volverse al mismo tiempo. El pasillo estaba desierto. Dio unos pasos al frente y abrió la cocina. Nada. Ya más de prisa, abrió las habitaciones restantes y encendió las luces.

Todavía no satisfecha, miró en todos los recovecos, debajo de las camas, en los armarios. Se había ido.

De repente la tensión cayó y le resbalaron por las mejillas unas lágrimas como limones. Se dejó caer en el sofá. ¿Lo habría soñado? ¿Qué otra explicación tiene que el gavilán haya tenido a su presa entre las garras y, sin que nadie interrumpa su festín, le haya devuelto la libertad?

¿Y si ella hubiera entrado por su propio pie, se hubiera tumbado luego en la cama, tras quitarse los zapatos y el abrigo, caído subsecuentemente en un sueño profundo y, como otras muchas veces, haberlo soñado todo? Dios mío, se dijo, soy absolutamente incapaz de determinar si ha sido un sueño, o lo he vivido de verdad.

Dado el estado de ánimo en que se hallaba sumida desde hacía unas semanas, todo era posible.

De repente, sintió de nuevo la mano de él, recia y fina como un sarmiento de viña, agarrándola por todas partes, su aliento de dragón penetrando por su boca hasta los pulmones, su cuerpo de gigante pegado al suyo. Una sensación extraña, indefinible, enervante, la invadió, obligándola a cerrar los ojos. Y así permaneció durante un tiempo indeterminado.

Finalmente, una idea todavía imprecisa, pero acuciante, terminó por sacarla del sopor. Se irguió como una caña azotada por el viento. Si estaba todavía viva, lo debía únicamente a una circunstancia. Vivía demasiado cerca de la guarida del depredador.

XII

El equipo que efectuaba el registro del apartamento de Romualdo Cardona hizo un descubrimiento espectacular. En lo alto del edificio, en el correspondiente cuarto trastero, se encontró una carpeta llena de recortes de periódico. Todos ellos trataban de un solo tema: los asesinatos de Retiro.

Un furgón de la policía salió a toda prisa hacia la prisión que custodiaba al peligroso asesino, con objeto de organizar un segundo interrogatorio, que, de hecho, estaba previsto para unas horas más tarde.

El escenario se preparó de un modo similar al del día anterior.

Sin otro preámbulo, el inspector Esteban Mendoza lanzó sobre la mesa, delante de Romualdo Cardona, la carpeta que contenía los recortes.

—¿Reconoce este objeto?

Romualdo Cardona desplegó una sonrisa desencantada de tango.

—Es una carpeta.

—Por supuesto que es una carpeta. Lo que pretendía preguntarle es si la admite como suya.

Romualdo se reclinó sobre el respaldo, alzó los ojos, dejándolos fijos en un ángulo del cielo raso.

—La admito como mía.

—¿Puede decirnos qué contiene?

—Recortes de periódico.

—¿En relación con qué tema?

—Los asesinatos de la estación Retiro.

—¿Por qué le interesaban tanto esos asesinatos?

Cardona se incorporó bruscamente. Sus ojos destellaban un fulgor acerado.

—¿No interesaban, acaso, a todo Buenos Aires?

—Quizá, pero no todos los habitantes de Buenos Aires han tenido la paciencia de recortar meticulosamente cuanto se ha publicado al respecto.

—Bueno, pues entonces habrá que concluir que poseo una curiosidad superior a la media —concedió, reclinándose de nuevo con parsimonia.

—Con respecto a este tema, indudablemente sí —prosiguió Mendoza—. De ahí mi pregunta anterior, ¿a qué se debe esa curiosidad superior a la

media?

—Es una historia excitante. Me gusta recordar los hechos...

—¿Recordar?

—Quiero decir leerlos y releerlos, los artículos, imaginando cómo debieron ocurrir realmente las cosas.

—¿Qué emoción sentía al hacerlo?

—Pues... era... Excitante.

—¿Le hubiera gustado estar, en esos momentos, en la piel del asesino?

Romualdo Cardona parecía haber entrado en estado de trance. Sus ojos daban la impresión de mirar sin ver. O, más bien, de mirar hacia el interior.

—¡Oh, sí! ¡Ya lo creo que me hubiera gustado! ¡Lo que habrá podido disfrutar el tío! Se lo debió pasar en grande. Una orgía cada vez... Y con ese hembraje...

—¿Usted encuentra legítimo todo lo que hizo?

La pregunta era deliberadamente ambigua.

—Hombre. Legítimo, no. Porque lo prohíbe la ley. Pero que todas esas zorras lo merecían con creces, de eso no hay duda.

—¿Por qué lo merecían?

—Porque son unas putas, y más esas de tipo europeo, rubias y desvergonzadas, que disfrutan volviéndonos locos a todos, sin excepción, cualquier mirada lúbrica que obtienen, es un triunfo para ellas, pero luego, a la hora de la verdad, tienen melindres de monja. Es entonces cuando hay que forzarlas, es lo que más les gusta. Por poco que se las apriete, se despierta la bestia que hay en ellas y harán cualquier cosa que se les pida. Lo llaman amor, pero es violencia. Y a veces se le va a uno la situación de las manos...

—Clavarles el cuchillo hasta la empuñadura del mango es como clavarles el vergajo hasta la raíz de la vena, ¿no es así?

—¡Eso, eso es justamente! Nadie podría haberlo dicho mejor.

—Pero después cortarles la vagina y los senos... ¿Por qué razón?

—Para no dejar huellas. El ADN y todo el copón.

—¿Qué hizo después con ello?

—Lo tiré al mar. Para que se lo comieran los peces.

XIII

La noche anterior, Donato había caído sobre la cama como un saco de arena. Habían sido muchas las emociones del día y no poca la actividad. Tras el restaurante del puerto, recorrieron el paseo marítimo, probando los bares más lujosos, degustando los más variados cócteles mientras latía una música frenética que apenas les dejaba hablar. Se trataba de una sucesión interminable de bares, cafés y restaurantes, cada uno con su terraza enfrente donde se apiñaban las mesas, llegando, en ocasiones, hasta la misma orilla, muy cerca de donde el agua culminaba, de la manera más discreta, su carrera de miles de kilómetros tal vez. Tocaba la arena y se retiraba con un murmullo, como si hubiera besado una reliquia y se volviera a casa rezando.

El ambiente ya no podía ser más cosmopolita. Los africanos desplegaban su top-manta, los peruanos y ecuatorianos iban de mesa en mesa soplando en sus quenás y zampoñas, golpeando sus cajones, los marroquíes distribuyendo publicidad de sus restaurantes, los indios y paquistaníes en la puerta de sus fruterías y todas las terrazas repletas del público anglosajón, incrédulo de que pueda existir en verdad ese delirio que algunos llaman España. Camellos de todos los pueblos, de todas las razas y de todas las latitudes, proponiendo cannabis, cocaína y una gran variedad de fármacos y drogas. Sin olvidar a los chinos, negociando dentro de sus bazares.

Así que hizo falta que el sol recorriera una buena parte de su arco y lanzara de lleno sus dardos dentro de la blanquísima habitación, para que Donato se diera por enterado de que el día había empezado desde hacía un buen trote. Se arrancó al fin de la cama para quedar, una vez más, admirado, deslumbrado, por el inmenso paisaje marítimo que se ofrecía ante sus ojos.

Abrió la maleta y eligió un bañador, así como una camiseta de manga corta, pues habían quedado en que por la mañana bajarían a la cala.

El matrimonio lo aguardaba en el jardín, bajo un toldo, con el desayuno listo. Ella vestía un pareo, que no consistía sino en una red, debajo de la cual llevaba un bañador que dejaba muy atrás el significado del adjetivo atrevido. Él venía equipado más o menos como Donato, pero de un blanco cegador y todo de una de las marcas más costosas.

—Ah. Ya tenemos aquí a mi otro yo —exclamó, festivo, Luis Ernesto—. ¿Qué tal has dormido?

—¡Como un lirón! La verdad es que esas horas de sueño no eran un capricho.

—Espero que el cansancio no te impidiera pasarlo bien anoche —intervino Elena.

—Al contrario. Fue una excelente velada.

—¿Existe algo parecido, como ambiente, en Argentina?

—Los argentinos, para encontrar algo similar, debemos ir al Brasil.

—¿Y Buenos Aires?

—Buenos Aires es una metrópoli fabril y negociante. Por supuesto que hay ambiente nocturno, pero es algo más serio.

—¿Como el tango?

Elena sonrió, retrechera, al haber conseguido sacar a relucir el tango, como un recordatorio indirecto de lo que dijo la noche anterior. Algún día tendrían que marcarse, ellos dos, un tango. Donato entendió.

—Como el tango.

—¿Está el desayuno a tu gusto?

—Perfecto. Hay incluso queso. Matilde siempre me pone queso en todas las comidas, como hacen los franceses. Y la verdad es que no me canso de él.

—Tomamos nota.

—Ah. El zumo de naranja es excelente.

—Natural. Aquí estamos rodeados de naranjales. El valenciano cultiva las mejores naranjas de Europa. Por no decir del mundo —terció Luis Ernesto.

Concluido el desayuno, iniciaron el descenso por esa escalera privada, que arrancaba del mismo patio embaldosado que separaba la mansión del acantilado y bajaba a esa cala, también privada, inaccesible para los extraños, a no ser a nado, y aun así debía tratarse de un buen nadador, o mediante una embarcación. En medio de ella fondeaba el magnífico velero, todavía más impresionante al contemplarlo de cerca.

—Una soberbia nave —comentó Donato.

—Ven. Te lo voy a enseñar por dentro.

El embarcadero que daba acceso parecía hecho de azúcar, de blanco y brillante que estaba. El interior era un lujoso apartamento en el que no faltaba de nada. Disponía de salón, con todas las comodidades aferentes, cocina ultramoderna, despacho, camarotes, una cabina trufada de electrónica, hasta una cámara fría para guardar gran cantidad de alimentos en caso de larga travesía.

—Un día de estos lo utilizaremos para acercarnos a Ibiza. No queda lejos de aquí.

—Excelente idea.

—Supongo que sabes nadar.

—Sí, claro.

—Toma estas aletas. Vamos a explorar los alrededores.

Saltaron los tres desde la cubierta del barco. Elena se reveló una excelente nadadora, cruzando la cala la primera y saliendo a mar abierto. Los dos hermanos la seguían unos metros atrás.

La escarpada costa estaba salpicada de cavidades, incluso de auténticas cavernas, en las que entraba el agua o no. Hollaron varias playas inaccesibles desde arriba, invisibles a los ojos de curiosos, secretas.

Elena se rebozaba en la blanca arena, tostada, provocadora. Y luego se echaba al agua, buscando ir más lejos, cada vez más lejos, penetrando en todas las grutas, encaramándose a los escollos que superaban el nivel del mar y lanzándose de nuevo de cabeza. Realmente poseía una vitalidad estremecedora.

A la vuelta, nadó toda la distancia de un tirón, obligando a los hombres, según la ley del orgullo masculino, a seguirla sin otorgarse, al igual que ella, el menor reposo.

XIV

Al pasar por delante del quiosco de la estación Retiro, le llamó fuertemente la atención una fotografía que publicaban todos los periódicos en primera página. Una fotografía enorme que ocupaba la portada en su totalidad. No conocía aquel rostro, pero aun así el corazón le dio un vuelco. Se trataba de un hombre moreno, de rostro expresivo e intenso, mirada dura, amedrentadora. De repente se sintió como si, en vez de andar sobre el embaldosado del hall, estuviera tratando de hacerlo sobre el cauce de un río, por completo sumergida en el agua.

A medida que se acercaba al quiosco, iba distinguiendo los caracteres de los distintos titulares, unos más grandes que otros, pero todos desproporcionados, anormalmente abultados. «He aquí el verdadero rostro del asesino de Retiro», proclamaba uno. «Este es el rostro del sicópata de Retiro», rezaba otro. Y los demás se pronunciaban por el estilo.

¡No era él! Se gritó a sí misma dentro de su cabeza. ¡No era él! Repitió, a mitad de camino, exactamente a la media distancia, calculada al milímetro, entre la irritación y la vergüenza. Irritación, por supuesto, consigo misma. ¿Cómo había podido ser tan estúpida? No, no se trataba de estupidez, era algo peor. Enfermedad mental, degeneración de la corteza cerebral, paranoia, esquizofrenia. Locura, en una palabra, flaqueza intelectual que la había puesto en un ridículo espantoso y la había hecho sufrir lo indecible. ¡El cabrón, ahora va y no es él! ¡Se merece que le arañen la cara, que le den un par de bofetadas que lo dejen sordo!

Tuvo que abrir la boca, porque no le entraba bastante aire en los pulmones. Tenía que sobreponerse. Era preciso calmarse enseguida, pues la gente que se hallaba a su alrededor comenzaba a mirarla con extrañeza.

Compró el diario «La Razón», se lo puso bajo el brazo y salió precipitadamente hacia el andén.

¡Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza! ¿Qué cara pondrá cuando se cruce con él? Y, sobre todo, ¿qué cara pondrá él? Se va a desternillar de risa. Delante o detrás de ella, eso depende de su discreción. Pero cuando vea los titulares del día, se va a echar por los suelos rodando y sin parar de reírse. Y no es para menos.

Notó que tenía las mejillas inflamadas en puro fuego.

El tren aguardaba ya en la vía. Estaba tan azorada que tropezó en las escalerillas y casi se cae. Tomó asiento y no podía dejar de tragar el aire a bocanadas.

No obstante, al cabo de unos minutos, comenzó a calmarse. Se acordó del periódico y lo abrió.

Anoche se encontró ahorcado a Romualdo Cardona en su celda del Complejo Penitenciario Federal Marcos Paz, donde se hallaba en prisión cautelar en tanto que presunto asesino de su coinquilino Lucas Camarena, tras admitir, en un primer interrogatorio, haber asesinado y despedazado al citado Lucas Camarena y, en un segundo interrogatorio, ser el autor de los nueve crímenes conocidos como caso del asesinato de Retiro. Preguntado por los despojos de las horribles mutilaciones, que no se habían hallado en las escenas del crimen, dijo que los echó al mar, para que se los comieran los peces. Actualmente se investiga cómo pudo conseguir los cordones de zapato mediante los cuales pudo perpetrar el acto.

¡Qué horror! El mundo debe girar más ligero con la autoeliminación de semejante monstruo. Se acabó la angustia cotidiana al bajar todas las noches en el andén de Retiro, al llegar ante la fatídica escalera y tener que subirla a paso de carga, tras haberse descalzado. Y luego abrir la puerta de su apartamento mientras le falla el fuelle, por tener el corazón atravesado en la boca. Sobre todo, se acabaron las largas noches de pesadilla o de insomnio.

A pesar de ello, no lograba recuperar la tranquilidad por completo. Se trataba, evidentemente, de Mario Aventino. Le debía un descargo.

¿Era cuestión de tomar ella la iniciativa? Desde luego que le correspondía hacerlo, pero no se atrevía. Todavía no, al menos. El pozo de su alma tenía aún las aguas algo turbias de emociones ignotas.

Veremos en función de los acontecimientos, se dijo.

XV

Hasta el ministro en persona acudió a Jefatura para felicitar al inspector Esteban Mendoza. Todo el personal se hacía lenguas del modo, osado al tiempo que sutil, medido, planificado, con que había llevado a cabo el interrogatorio. Quienes asistieron a él, lo contaban en todas las salas y en todos los departamentos. El gaucho Mendoza, parece un cazurro y un destripaterrones, podría trabajar en el Matadero Municipal o bien ocupándose de los Jardines Públicos, pero tiene un ojo clínico que te cala hasta los pensamientos de la semana pasada, decían. En cuanto tuvo al asesino bajo su jurisdicción, no le resistió ni veinticuatro horas.

Sin embargo, los rasgos del rostro de Mendoza parecían más tirantes que nunca. El subinspector Comín comentó que para que este se riera, habría que mutilarle la boca, como al «Hombre que ríe» de Víctor Hugo.

—En todo el tiempo que llevamos trabajando juntos, y ya van varios lustros, no lo he visto reír nunca. Ni siquiera ante la compensación salarial que nos otorga el gobierno para paliar el aumento del coste de la vida.

Yo recordé que tan solo llevaba unos meses en su equipo y ya lo había visto reír a cajas destempladas una vez. Y ello por causa de mi bisoñez. Cosa que no constituía precisamente una hazaña para proclamarla a los cuatro vientos.

Los periodistas lo asediaban con vehemencia a fin de beberse las impresiones, de primerísima mano, del hombre que desenmascaró al asesino de la estación de Retiro. Pero el inspector insistió en prohibirles el acceso a su despacho y abandonaba el edificio por la puerta trasera.

Wolf aseguró que no era así como Mendoza gustaba que se terminaran los casos. Dicho de otro modo, este asunto lo había resuelto el propio criminal, no la policía. No el infalible y duro Mendoza.

Justamente me hallaba archivando todo el material referente al caso en un disco duro, donde pensaba que lo iba a cubrir el polvo de los siglos, cuando el inspector Mendoza se presentó en mi despacho para pedirme una síntesis del mismo.

—Se la envió en el acto —repuse.

Pero no pude evitar lanzarle una mirada interrogativa. Si el caso estaba cerrado, ¿a qué venía seguir interesándose por él?

Mendoza respondió con otra mirada acerada, percuciente, que delataba que había comprendido con claridad meridiana el fondo de mi pensamiento. No obstante, se fue sin decir palabra.

Por precaución, volqué de nuevo el contenido en mi ordenador y seguí trabajando con los últimos informes que ya había deslizado, en bruto, dentro de la carpeta.

Querrá comprender dónde ha fallado, el punto exacto que no pulsó, el hilo del que no tiró. Querrá atormentarse pensando en qué podía haber hecho para parar la masacre, en cuántas víctimas podía haber evitado. Es siempre una responsabilidad abrumadora hacerse cargo de un caso protagonizado por un asesino en serie.

Aquella noche dejé atrás la parada del autobús. Preferí volver a casa caminando. Se trataba del primer éxito importante obtenido por el equipo desde que yo lo integraba; así que, aunque modesta, una parte de él me tocaba. Decidí saborearlo con tiempo, contemplar la ciudad porteña libre del azote bíblico que la había castigado y saber que había aportado mi granito de arena para ello. Las calles aparecían, en verdad, menos siniestras, las luces más festivas, las multitudes que pululaban por doquier más aliviadas, más distendidas. El mal ocupa una posición preponderante, cierto, pero tampoco él es eterno. Si no se lo puede vencer, cae de por sí cuando está maduro.

Entre unas cosas y otras, entraba en casa bastante más tarde de lo habitual. Me sorprendió ver luz en el salón. Mi padre me aguardaba para felicitar-me.

—He leído los periódicos, hijo. Habéis hecho un buen trabajo.

Sonreí sin mucho entusiasmo. El largo paseo había dado buena cuenta del sobrante de energías que suele acumularse en la veintena. Utilicé, por pereza, el argumento de Wolf.

—Lo ha hecho prácticamente todo el propio asesino. Apenas el inspector Mendoza agitó un poco el señuelo, el tipo entró de lleno. Y para evitarnos el poco de tarea que nos restaba, va y se cuelga de una viga.

—A veces basta con estar donde toca y como Dios manda para que, lo que tenga que ser, se cumpla. No todo el mundo sabe estar.

Asentí.

—Pues ese ha sido nuestro principal mérito en esta ocasión. Saber estar.

Juntó las manos, entrelazando los dedos delante de la boca.

—Es sobre todo el escritor quien no está satisfecho del resultado, ¿o me equivoco?

—La fábula no da para mucho. Es cierto.

—Todas las historias en que intervengan hombres son buenas para ser contadas. Es el arte lo que hace la historia.

—No cuando se pretende escribir una novela policíaca.

—¿Y por qué no? El lenguaje solo se basta y se sobra para crear suspense.

—Bueno, cuando uno empieza en ambos oficios, parece que le falte algo más.

—Es que tienes la fábula, pero no el discurso. ¿Por qué crees que se ha suicidado?

Suspiré.

—Trata de escribir sobre ello.

XVI

La natación en mar abierto, bajo un sol centelleante, les abrió un hambre canina.

Al regresar a la cala, Luis Ernesto consultó el reloj.

—Hoy vas a saber lo que son los arroces de Valencia. He reservado una mesa en un restaurante de Jávea especializado en ellos. Pero todavía tenemos tiempo para darnos un chapuzón en la piscina.

En una parte elevada del jardín, con vistas, por supuesto, al campo de azur desde el agua misma, se hallaba la piscina. Poseía unas dimensiones respetables para tratarse de una piscina doméstica. Dado que el sol daba allí prácticamente todo el día, entrar en ella era como dejarse caer en un río tropical de aguas límpidas. Ninguno de los tres resistió la tentación de hacerse un largo completo.

Allí mismo se dieron una ducha y, todavía mojados, saltaron sobre el Porsche Carrera descapotable que los llevó en volandas a un restaurante blanco como una rábida, situado en una cornisa frente al sempiterno mediterráneo. Tras degustar unos entrantes, esencialmente diversas variedades de marisco, llegaron dos paellas distintas.

Un vino traslúcido, helado, resaltaba el sabor de los platos.

Donato, avezado en el trabajo, ni siquiera podía sospechar que se podía vivir así. Su hermano se ocupaba, cierto, de algunos negocios, todavía no sabía muy bien de qué, pero los llevaba de lejos, dando de vez en cuando órdenes, las más de las veces a través del teléfono, a gente que debe saber dónde le aprieta el zapato. Su verdadero oficio era vivir. Para lo cual tenía realmente a su alcance cuanto necesitaba.

¿Y Elena de Troya? ¿Cómo gestionaba ese enorme, indecible, casi insoportable caudal de belleza que poseía? Belleza y también ímpetu, energía vital.

Visto lo visto, Donato se temía lo peor. La idea fija de Elena era la seducción y qué duda puede haber sobre el éxito de todas sus empresas. Falta por determinar hasta dónde suele llegar en ellas. Si se ha puesto una línea roja que no hay que traspasar, o no. Y sobre todo cómo vive Luis Ernesto la personalidad de su esposa.

También en este local eran sobradamente conocidos, se les atendía utilizando su nombre y ellos conocían el de todos los empleados. El propietario en persona vino a saludarles, así como otros clientes que debían constituir el grupo de los habituales. Estos últimos, por cierto, permanecieron más tiempo que los clientes ocasionales, constituyéndose una tertulia de sobremesa entre ellos, en la que se mezclaban todas las lenguas de Babel. Entre las diversas mesas se producían transvases de comensales o bien se interpelaban a cierta distancia cuando el restaurante quedó exclusivamente para ellos. Durante el lapso del café y los licores, se pasó revista a la actualidad política nacional e internacional. Unos eran más conservadores, otros más bien partidarios del liberalismo económico a ultranza, pero el socialismo constituía, evidentemente, el blanco de todo menosprecio y las nuevas tendencias izquierdistas surgidas últimamente en el país, ridiculizadas, escarnecidas, metidas en el gran saco de los populismos europeos.

Hacía falta estar atento a ello, pero dado que él lo estaba, no le pasaron inadvertidos algunos gestos de exasperación de Luis Ernesto ante algunos comentarios o actitudes de Elena, que ciertamente contenían equívocos. Su consorte flirteaba abiertamente. Unas veces sus coqueteos parecían contar con la aprobación tácita de su marido, otras, sin embargo, lo irritaban, a pesar de que procuraba ocultarlo.

No reinaba pues la felicidad sin fisuras en el seno de la pareja. No vivían la eterna luna de miel por todo lo alto, como parecían indicar las apariencias. Lo que confirmaba a Donato en una vieja idea suya. Sea cual fuere el estatus social del individuo, siempre se las arreglará para que aflore a la superficie la mayor habilidad de que dispone, la de amargarse la vida. Y eso que algunos lo tienen difícil. Pero nadie debe quedar exento de beber el cáliz de este mundo hasta las heces.

Tras la sobremesa, la siesta en el fabuloso nido de gaviotas, luego otra vez la cala, la piscina y al anochecer el restaurante del puerto y el Cafarnaúm de Moraira. A no ser que, excepcionalmente, prefieran el encanto discreto de Alicante o el delirio urbano y cosmopolita de Benidorm.

¿Por qué tanto empeño por parte de Elena en acostarse con él y poner en peligro la relación entre los tres, que podría quedar, así, muerta cuando todavía se hallaba en el huevo? ¿Acaso no eran exactamente iguales ambos hermanos? ¿Qué más da, pues, uno que otro?

Donato se miró atentamente al espejo. Efectivamente, el hombre que veía era Donato y no Luis Ernesto. ¿Dónde estaba la diferencia? Pues la había. Sí, la diferencia estaba en los ojos, en la mirada. No mira igual un hombre que,

desde que abre los ojos por la mañana, ya tiene ganado el paraíso terrenal, con su encalada mansión repleta de sol, su velero anclado en una cala particular, su piscina de agua dulce para quitarse luego el salobre del mar, su Porsche Carreras para recorrer como un vendaval la corteza de esta tierra, su tarjeta bancaria inagotable y, a su flanco, posiblemente la mujer más bella del mundo, una rubia alucinante en la atezada piel de toro, que otro cuya existencia es una lucha cotidiana contra el mundo y quien lo fundó, el cual deseó expresamente que se ganara el pan con el sudor de su frente, o la preocupación de su frente, pudiendo obtenerlo todo o perderlo todo en cada segundo de su vida, un hombre, en suma, que tiene que frotarse todos los días a los otros hombres. La diferencia está en el odio. En el conocimiento y la práctica que cada uno tiene del odio.

XVII

El tiempo atmosférico que estaba haciendo en Buenos Aires era un horror. En cambio, en el interior de Lucrecia lucía un sol esplendoroso, aunque era de noche. La ciudad del Plata volvía a tener el sabor de un tango, siempre melodramático, cierto, pero de esos en que domina la miel sobre el acíbar y acaba triunfando el amor en un día en que, por debilidad o pereza, la dama de la guadaña se muestra algo más condescendiente que de costumbre.

Se hallaba de un humor tan fasto que decidió no cenar la sopa boba de todos los días en casa, sino que acudiría a un restaurante y no de los baratos. Al fin y al cabo, una no salva todos los días la vida. Esa guillotina, pesada y afiladísima, que pendía sobre su cabeza, de repente se había convertido en un cuarto creciente de ilusión y de gozosa expectación ante una existencia que no se anunciaba con malos auspicios. Era joven, enamorada, bien encauzada ya en un trabajo especializado que le proporcionaba una remuneración adecuada y, para colmo de bienes, habitaba una metrópoli interesante, lo que puede llamarse un lugar ameno. Sobre todo ahora que se ve libre de su Némesis, o más bien de su Ángel de la Muerte, ese tal Romualdo Cardona, que debía tener el alma de esos reyes crueles del Asia Menor, quienes solían complacerse en desjarretar a los otros reyes vencidos y disfrutar viéndolos arrastrarse por el suelo ante ellos, mendigándoles un pedazo de pan y de cecina. Posiblemente también cobarde y degenerado como un Sardanápalo, que prefirió suicidarse, con sus mujeres y todo su boato, en vez de luchar, porque una cosa no va sin la otra.

Luego, lo restante del trayecto hasta casa lo hizo deteniéndose a placer en cuanta tienda le pidió el cuerpo, sin pensar en otra cosa más que en lo que debía honestamente permitirse y en lo que constituía francamente un exceso, producto del descabellado optimismo del momento. Aun así, regresó bastante cargada a casa.

Ante la puerta de la escalera de la finca, se le ensancharon los pulmones al considerar que ya no tenía la menor aprensión en abrirla y pasar francamente al interior, en tomar el ascensor como las personas y en depararse todo el tiempo que hiciera falta para buscar la llave en el interior del bolso e introducirla tranquilamente la cerradura.

Apenas depositadas las bolsas en el sofá, sonó el timbre. Se le paró la circulación de la sangre. ¿Por qué? No podía explicárselo. O sí, el miedo es como un camión de gran tonelaje, no se le detiene de repente como a un utilitario o una bicicleta.

Se descalzó y fue con mucho sigilo hasta el recibidor. Seguro que estaba él allí, a un palmo del tablón de la puerta. Dio un paso adelante y abrió la mirilla. En efecto, ante ella se encontraba Mario Aventino, con una sonrisa de oreja a oreja y un ramo de flores en las manos. ¡Dios mío —se dijo— es capaz de sonreír! Para de inmediato reprocharse haber pensado tal cosa.

¿Le abriría? No, no, todavía no. Es muy pronto para eso. Sí, el miedo, sobre todo el miedo puro, el terror incluso, lleva su inercia, no se le puede parar de golpe. No hará ruido, fingirá que no está en casa. Si otro día se encuentran en la escalera, o en la calle, y la aborda, le hablará. Se disculpará si hace falta. Eso es lo que hay que hacer. Lo que procede.

—¡Abra, por favor, sé que está ahí! Ya ve que no era yo...

Comenzó a retroceder por el pasillo. Llegó hasta la altura de la cocina. De repente se paró. Notó que una fuerza electromagnética, como la de un gigantesco imán, se había puesto denodadamente a atraerla, a ella, pobre aguja.

Voló a la puerta sin pensar en nada. La abrió. No estaba.

Volvió la cabeza hacia la izquierda y el cuerpo negro de él se abalanzó hacia el suyo con la misma inmediatez que la emoción de verlo. Apenas pudo tragar una bocanada de aire antes de que su boca tapara la suya. Unas manos de titán la agarraban poderosamente de las nalgas y la empujaban con un vigor imparable hacia el ariete que ya pugnaba por abrirse camino. Tan solo alcanzó a dar unas breves palmadas sobre sus hombros a modo de protesta formal, aunque muy poco convincente y menos convencida. Pasado el umbral, ella misma cerró la puerta, apretándose contra aquel cuerpo, buscando ávidamente su boca y arrancándole la camisa a puñados.

Llegados ante la cama, venían los dos ya medio desnudos y entre ambos casi consiguen romperla.

Pasaban las horas y el furor no se aplacaba. Una vez más se hacía efectiva la ley del péndulo.

En un momento dado, Lucrecia perdió el conocimiento de sí misma, aunque esta vez de modo harto más agradable que la anterior.

Cuando abrió los ojos, supo de inmediato que no había sido un sueño, pues notó otro calor dentro de su cama.

—¡Dios mío! ¿Qué hemos hecho? ¡Estoy prometida!

—¿Y dónde está él?

—En España.

—¿Se ha ido para mucho tiempo?

—Para dos semanas. Tal vez tres...

—Eso quiere decir que nos queda entre una semana y media y dos y media.

—Sí.

Y ella misma se subió de un salto sobre él.

XVIII

Sí, ¿por qué se ha suicidado? Abrí los ojos de golpe. La habitación estaba llena de sol. De un sol que debía haber ascendido bastantes peldaños en la escala del cielo.

No importa, tenía el día libre. Un tiempo magnífico para un día libre, sobre todo después de la sucesión de galernas que últimamente habían saltado por encima de Buenos Aires.

Una buena pregunta. Mi padre movía razón, ¿por qué había tenido a bien suicidarse ese diablo de Romualdo Cardona?

Salté de la cama, deslicé los pies dentro de las zapatillas y me fui a la cocina para prepararme con cierta precipitación un café bien cargado.

Con la taza humeante, me senté ante el ordenador.

La vida, el universo vivo, tiene una ley suprema, la mudanza. La muerte, en cambio, para los relojes del hombre. Si se acaba un hombre, se acaba un universo entero, desde el principio al fin. Tras la muerte, nada puede tocarse ni modificarse en la vida del mortal que, a partir de ese momento, se hace inmortal. Un segundo antes de que sobrevenga, puede cambiarse una coma en su obra y una coma, a veces, es un mundo. Cumplida esta, traspasado el umbral, la obra queda fosilizada, petrificada, indeleble, lista al fin para atravesar, incontaminada, el resto de la historia hasta el fin de los tiempos. La obra es la vida vivida y todo cuanto se ha hecho en ella.

Por esa razón Cervantes mató a don Quijote, en esa vida dentro de la vida que es esa obra. Para que Avellaneda, o cualquier otro continuador apócrifo, se vea imposibilitado de modificar, con un genio menor, lo ya hecho, lo sublime, la quintaesencia del alma de su creador, con la cual se va a presentar ante el juicio de la historia. Y para sellar su tumba, le puso un epitafio de su puño y letra, el toque final de un genio inmortal.

Con su suicidio, Cardona está proclamando al mundo: he aquí mi obra, nueve asesinatos perfectos, únicos. Número mítico, fin de serie. A partir de ahí, nada nuevo bajo el sol, las cifras siguientes no serán sino una combinación de las anteriores, incluido el cero. Lo básico, lo esencial, es la obra del genio, del artista, la suya; el resto queda para los artesanos y los artefactos.

Ahora bien, y ahí es donde el observador se juega el todo por el todo, ¿cabe Romualdo Cardona en el molde del genio?

Un poco tarde para comprobar si tenía el pie griego, condición, al parecer, indispensable.

No faltan elementos susceptibles de inclinar la balanza del lado afirmativo. Esa energía formidable que emanaba de su núcleo, como si este se hallara en permanente e inagotable fisión, alimentando sin cesar la potentísima pila eléctrica de su cuerpo y que se hacía patente en la devastadora intensidad de su mirada, así como en la hiperactividad de todos sus miembros. Si le hubiera dado un ataque de atrabilis durante los interrogatorios, mucho me temo que no habríamos sido lo bastante numerosos para detenerlo, o bien nos habríamos visto obligados a hacer cantar las armas. Ni las drogas, ni el alcohol, ni los vicios, ni el trabajo, ni la depresión lograban hacer mella en aquella salud fundada sobre un soporte de acero. Semejante fuerza vital y anímica puede recordar el formidable impulso creador, el estro fecundo de genios como Picasso o Dalí con un lápiz o un pincel en la mano. Sin ser cirujano ni matarife, en pocos minutos destazó a un ser humano como si fuera una res destinada a carne.

En el otro lado de la balanza hay que poner el abrumador déficit del aparato simbólico y mítico que se observa en sus declaraciones. Preguntado por la razón de las mutilaciones, responde con argumentos dotados de sentido práctico. Las efectuó para borrar huellas genéticas y si echó los pedazos al mar, fue para eliminarlas definitivamente mediante la acción de terceros, los peces. El genio jamás actúa movido por el sentido práctico de las cosas, sino por la relación simbólica que poseen con ideas o hechos profundos, universales, decisivos.

Pero si Romualdo Cardona no fue el genio del mal buscando preservar la pureza e integridad de su gran obra poniéndole un fin dramático, teatral, espectacular e inamovible, ¿por qué se suicidó?

Cuando regresó a mediodía mi padre, ese profesor de literatura, le mostré lo que había escrito. Lo leyó atentamente, varias veces. Se quitó las gafas, aplicó sus dedos pulgar e índice sobre ambos lagrimales y pensó y comidió durante un buen trote. Al final me miró de hito en hito, pero con una insistencia que resultaba inquietante.

—Lo único que se me ocurre para responder a tu pregunta es pedirte que cambies el ángulo de visión. Estás abordando la cuestión desde el punto de vista del genio creador, el de Cervantes o el de Mateo Alemán. Pero ahora ponte por un instante en la piel de Avellaneda, o de ese valenciano que se

puso a contar otras aventuras de Guzmán de Alfarache y que, de repente, por uno de esos azares insólitos de los que la vida guarda celosamente el secreto, giran las cosas de modo tal que la autoridad competente sanciona su paternidad sobre la obra, sobre la Gran Obra, la auténtica, la que ellos no han creado por falta de genio, pero ¿qué importa? La historia se la adjudicará a su nombre, a su haber, por los siglos de los siglos, mientras existan los manuales y las compilaciones de literatura y mientras se sigan editando los clásicos. ¿Acaso no insinúan algunos estudiosos serios que las obras de Shakespeare salieron de la pluma de otro, cuya identidad se desconoce por el momento? ¿No serían ellos capaces de suicidarse para zanjar definitivamente la cuestión en el momento en que soplan los vientos de un modo tan favorable? Nadie puede sacar ya la verdad o la mentira de los labios de un muerto.

Aquella revelación me dejó de piedra.

—Eso quiere decir que el verdadero asesino de Retiro...

—Eso quiere decir que la segunda parte del Quijote, la más genial, la obra más perfecta de la prosa universal está al caer.

—Desde el momento mismo en que todos los medios de comunicación de masas han cometido la herejía de atribuir su obra a otro, se estará debatiendo en un frenesí de furor.

—Y ojo al parche, hijo mío, no te duermas, porque un asesinato se suele cometer en un lapso sensiblemente menor al que comúnmente se emplea en escribir la segunda parte de un libro que debe rezumar genio por todas sus costuras.

—¡Dios mío! —exclamé. Y salí de casa como una corriente de aire.

TERCERA PARTE

I

Tal como Luis Ernesto había prometido, al amanecer soltaban amarras y ponían rumbo a Ibiza. Se trataba tan solo de unas horas de navegación. El velero estaba tan modernizado y bien equipado que un piloto, sin apenas ayuda, podía gobernarlo. Luis Ernesto, no solamente tenía la titulación requerida, sino que gozaba de una larga experiencia marinera.

—Ahí donde lo ves, ya nos hemos recorrido todo el mediterráneo con él.

—Y antes de él hubo otros —puntualizó Elena—. Puede ser una experiencia interesante, pero tampoco debe durar en exceso.

—Así son las mujeres. Se cansan enseguida de todo. La aventura está bien, pero no debe ir más allá de dos horas, reloj en mano.

—Muy cierto. A veces hasta se cansan de los maridos.

Esto último lo había dicho Elena en un tono entre dos aguas, difícil de catalogar entre las bromas y las veras. Y se fue a popa para leer las revistas que había traído.

El paisaje era espléndido, con el sol todavía tiñendo de rosa las pocas nubes que surcaban el cielo y las aguas quietas, tranquilas. El viento era justo el necesario para efectuar una navegación serena, bajo mínimos, pero no había prisa.

—Fue mi padre quien me inició en esto. Cuando él vivía, solíamos pasar los veranos transitando de una isla griega a otra. El mediterráneo lo conozco bien, es un viejo gruñón, pero antes de enfadarse avisa. Y entonces más vale arrimarse a buen puerto, porque tiene malas bromas. Que se lo pregunten a Ulises y a Eneas y tantos otros...

—Debió ser una infancia magnífica, inolvidable.

Luis Ernesto guardó silencio mientras introducía datos en el ordenador de a bordo, pulsaba botones, accionaba palancas.

—Espero que no nos guardes rencor —dijo al cabo.

—¿Por qué iba a hacerlo, y menos a ti? Tú viviste el destino que te marcaron los dioses en el momento de nacer. Yo el mío, que tampoco fue tan malo. El abuelo no era precisamente un pobre de solemnidad. Claro que hizo falta aprender el negocio y luego luchar para sostenerlo, capeando algunos temporales, pero no me puedo quejar en modo alguno. Mi rencor va hacia la

masa amorfa, que es el verdadero sostén de cuanto inventen el puñado de oligarcas que gobierna el mundo. Ese pueblo de bueyes que no sabe hacer otra cosa más que bajar la cerviz para que le pongan el yugo. De él salen los sicarios, los torturadores, los mandaos que efectúan el trabajo sucio, los dogos y mastines que guardan y persiguen y desgarran. Todo ello por cuatro perras gordas y un rebujo de pan. El pueblo es alérgico a cuanto le propongan de bueno y de sublime, pero posee una facilidad pasmosa para entregarse a cuanto le presenten de más bajo y arrastrado y hasta perverso, porque el pueblo es en el fondo cobarde. Se pueden contar con los dedos de la mano las ocasiones en que se ha levantado con dignidad, por la infinidad de ellas en que ha arropado mediante su pasividad la depravación de un régimen arbitrario y cruel. Las manos que se posaron sobre nuestros padres eran, no te quepa la menor duda, callosas de tanto trabajar la gleba, oliendo a cebolla, que es lo único que habían comido en toda su vida, hasta que de lo alto les arrojaron algún que otro trozo de carne grasienta y medio podrida, trufada de hormonas y antibióticos. Por eso ahora, hermano, que cada palo sostenga su vela. Jamás se me ocurrirá cometer el mismo error que nuestros padres.

—Mis otros padres contribuyeron a dar solvencia económica a la dictadura y sacaron buena tajada de ello. También yo comí y sigo comiendo de ese fruto.

—Sin culpa. Cuando el acto se cometió, tú apenas habías tenido tiempo de abrir los ojos a este mundo. Te eligieron al azar, entre únicamente dos posibilidades idénticas. Si me hubieran elegido a mí, yo hubiera hecho lo mismo. Así que deja a los demás que lidien con su conciencia, donde quiera que estén. La tuya está en paz.

Luis Ernesto miró hacia la proa, luego hacia babor y estribor, como para comprobar que el ancho mar se hallaba desembarazado de obstáculos.

—Te agradezco que me hayas dicho esto.

—Ahora agarra fuertemente el timón. Es todo lo que debes hacer.

Luis Ernesto sonrió.

—Está puesto el piloto automático. Este cacharro navega solo. Ven, nosotros vamos a pescar. Y si los hados se nos muestran favorables, hoy comeremos pescado fresco. Si no, el frigorífico está repleto de otras viandas.

Poco rato después Luis Ernesto tenía montadas sendas cañas. Y sí, los hados se mostraron favorables, pues en menos de una hora había pescado tantas doradas, gallos y jureles como para comer, no una, sino tres veces opíparamente.

—Ahora toca cocina.

Agarró el pesado saco con las capturas y bajó al interior del barco. Donato, curioso, lo siguió.

—Oye, ¿no será peligroso desentenderse por completo de la navegación?

—No te preocupes, el sistema te avisa si se presenta algún problema. Además, mira. Hay pantallas en las principales cabinas que te permiten una visión de todos los horizontes.

La cocina era pequeña, como cabía esperar, pero equipada con todo lo necesario para hacer funcionar un restaurante mediano. Luís Ernesto se puso manos a la obra de inmediato.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—No te molestes. Yo tengo mis hábitos de trabajo y esto está listo en un periquete. Ve más bien a hacerle compañía a Elena que a ella, si no le dan conversación, estas cosas la aburren pronto.

Elena de Troya leía entre mullidos cojines, de cara a la estela blanquecina que el barco dejaba tras de sí. Junto a ella reposaba una jarra de cristal llena de zumo de naranja con mucho hielo y unas cuantas copas. Al ver llegar a Donato, le sirvió una.

—He oído algo de lo que hablabais. Si la familia de Luis Ernesto estaba comprometida con la Junta Militar argentina, la mía lo estaba con el régimen de Franco. Ya ves, toda esta frondosidad que nos rodea es porque la planta hunde sus raíces en el muladar. Lo mejor de este mundo nace de la podredumbre, de la descomposición. Y el que esté libre de pecado, que tire la primera piedra. Pero que apunte bien a la sien, porque nosotros estamos hechos de pasta de cacahuete y no nos complace el dolor.

II

Lucrecia se había instalado en el apartamento de Aventino porque consideró que de ese modo corría menos riesgo de dejar una huella de esa relación inconsiderada al tiempo que considerable, pues parecía que no había hecho el amor en su vida, de tanto como se lanzó a saco contra el cuerpo de ese tipo que tanto había temido unos días atrás y quizá por eso mismo. Los extremos se tocan y si del odio absoluto se da un solo paso al frente, no se llega a otro sitio sino al amor omnímodo. Y si no era amor, se trataba indudablemente de una atracción despótica, acuciante, devoradora, desaforada, que solo tenía parangón en la sicosis de terror que la había invadido anteriormente, provocada por idéntico objeto, por idéntica causa, el Mario Aventino de marras. Ello era así porque, como antes, aunque por razones distintas, no pensaba más que en él, en el deseo tiránico, indomable, de estar con él. Su conciencia era un vacío inmenso, poblado por un único ser, ese hombre devastadoramente atractivo, de miembros gigantescos, tallados por el buril experto de un escultor antiguo, habitado por toda la sabiduría y el arte y la mitología de la Grecia inmortal, pero a la que se había añadido la sangre caliente, el ímpetu, la desmesura, de la raza árabe. Mario Aventino era un auténtico pura sangre en la cama y ella veía mal cómo iba a prescindir de él en el futuro.

El piso de arriba había conservado, en efecto, idéntica disposición que el de abajo. De hecho, se hallaba en el mismo estado que el suyo cuando lo compró, antes de efectuar la reforma que mandó hacer para instalarse. Los mismos baldosines del suelo, las pilas de la cocina, la despensa, todo igual.

Hubiera querido sorprenderle con un desayuno en la cama, pero sintió que su brazo hercúleo, aunque fino, estilizado, se enroscaba como serpiente alrededor de su talle y su calor le encendía el cuerpo entero.

—Me gustaría saber por qué estabas tan absolutamente convencida de que era yo.

Lucrecia lo miró a los ojos, entre fogosa y avergonzada.

—Bueno, supongo que habrás leído los periódicos. La descripción que daban casaba a la perfección con la tuya. Incluso el retrato robot se parecía más a ti que al propio Romualdo Cardona.

—También casaba con la fisonomía de tu novio. Y no se te ocurrió sospechar de él.

—¿Donato? ¿Cómo iba a sospechar de Donato?

—¿Y por qué no?

—Pues porque Donato nunca ha roto un plato. El pobre vive para su trabajo. Y para sus libros.

—A veces donde menos se lo espera uno, salta la liebre. ¿Sabes por qué no les sirve de mucho el retrato robot? Pues porque lamentablemente se corresponde con la fisonomía típica del rioplatense común. Cuando formo a mi compañía para la revista, me doy cuenta de que al menos treinta de ellos podrían ser el asesino de Retiro.

—¿Tantos?

—Sí.

Lucrecia se volvió hacia el banco de la cocina donde humeaba el desayuno, lo que Mario aprovechó para agarrarla por detrás, llenando ambas manos con sus senos.

—Venga, vamos a desayunar, que se va a enfriar.

Aventino tuvo que hacerse de rogar varias veces antes de acceder a abandonar su presa.

—Hay algo más... Te seguí un día por la calle. De cerca...

—¿Y?

Lucrecia mordió la madalena para disimular sus dudas.

—Pues... No sé... Noté algo extraño... Extraño no, escalofriante, a decir verdad, en tu mirada.

—¿Qué tiene de particular mi mirada?

—Ahora tiene otra cosa...

Y sonrió, algo embarazada.

—Pero ese día... En plena calle... Observé que tus ojos brillaban con la misma dureza del filo de una navaja. Por no decir que lo que vi en ellos era el odio mismo. Pero mezclado con un desdén olímpico por el río de gente que corría a tu alrededor. Es como si te bastara con sentir su presencia para detestarlos lo suficiente, sin necesidad de verlos por añadidura.

Aventino acusó el golpe que le dejó ensimismado. Maquinalmente se puso también él a consumir el desayuno.

—¿Sabés? La vida militar no es una sinecura. Si la escala jerárquica se sostiene, ello es por la severidad, casi la crueldad y a veces el sadismo, que recubre sus intersticios y los suelda como cemento. La tropa solo aprecia a quien respeta. Y solo respeta a quien hace de su vida un infierno. Si un militar

se mostrara humano, le mearían la cara. Peor aún, le despreciarían, le odiarían. Uno les hace el bien y responden con el odio, les hace el mal y responden con la idolatría. Así es el pueblo. Los que están más altos que vos, también lo saben y te tratan de la misma manera. Para acabarlo de arreglar, entre iguales, la emulación es feroz, salvaje.

—Así que te tenés que poner una careta.

—Sí. Eso es. Una careta.

—Y luego, a veces, te olvidás de quitarla con el uniforme.

—Deformación profesional.

—Sí.

—Complicada con el hecho de que mi padre y mi abuelo ya eran militares.

III

Llegué al cuartel general y pregunté por el inspector Mendoza. Nadie lo había visto.

A pesar de que era mi día libre, entré en mi despacho y me puse a trabajar en el caso. Cada cinco minutos, miraba la hora. Cada hora, salía preguntar por Mendoza.

A la caída de la tarde, desesperé de entrevistarme con el inspector. Así que decidí irme a la estación de Retiro. De nuevo iba sin disfrazar. ¿Qué más da? No había tiempo para ello. En cualquier momento podía actuar el asesino. Constituía casi un milagro que no lo hubiera hecho ya, desde que salió la noticia imputando los crímenes a Cardona. Iba decidido a enchironar a cualquier tipo que correspondiera a la descripción y que se comportara de manera sospechosa. La estación de Retiro es su lugar de trabajo, el centro neurálgico de su actividad, su cuartel general, me dije. Si ataca, y de ello no me cabe la menor duda, lo hará allí o desde allí iniciará el acoso. No podía permitir que se cobrara una víctima más. Ni una más. Palpé la pistola reglamentaria que había tenido la precaución de introducir en el bolsillo de mi abrigo. Primero la placa, pero si ello no basta, la pistola. ¡Y al carajo si me equivoco de tipo!

Esta vez el hall de la estación estaba lleno a rebosar de gente. Turistas, escolares, trabajadores probablemente de una misma empresa, formaban grupos compactos. Infinidad de viajeros solitarios con la maleta en la mano, dispuestos a iniciar un largo trayecto, o bien de vuelta de él, tipos despreocupados que regresaban de los arrabales donde trabajaban, las manos en los bolsillos, mujeres cargadas con bolsas y paquetes, el hormiguero humano a punto de desparramarse por toda la ciudad. Los ojos disponían de tantas presas que no sabían cuál elegir. Lo crucé de punta a punta y luego fui hasta los superpoblados andenes. Despedidas, acogidas, prisas, exasperación, risas, voces de los conductores de carritos para transportar equipajes, una auténtica jaula de grillos.

Pues él está aquí, mezclado entre ellos, o acechando en un rincón hasta avistar la inmaculada colipava sobre cuyo albo plumón hincar sus garras aceradas de gavilán. Es exigente, sin duda. No toda carne es digna del festín

de un cardenal. Y menos en esta ocasión, cuando su arte debe alcanzar la sublime cota de refinamiento que ponga fuera de duda que no hay más genio que él. El genio del espanto colectivo, del pavor absoluto. El otro no era más que un impostor sin escrúpulos, que no había hecho sino aprovecharse de la situación, convirtiendo en confesión las sospechas de la policía. Y ello ha de quedar bien claro. No se pueden mezclar las servilletas y los trapos de cocina.

Por momentos, el caudal de la multitud disminuía, se podía distinguir al individuo, a este o aquel carácter, que hacía esto o lo otro, pero enseguida llegaban dos o tres trenes, abrían sus puertas como los vomitorios de los circos romanos y rápidamente era una pasta que fluía, cubriendo los andenes, invadiendo el hall, llenando todo el espacio de un conglomerado elástico, informe, un contenido que se adapta progresivamente al continente, a sus anfractuosidades, embudos y ensanchamientos. A los pocos minutos la estación se hallaba de nuevo vacía y vuelta a empezar. Era la sístole y la diástole de la gran urbe, su circulación sanguínea. Y daba vértigo.

Si cada tipo de esos era una lucha encarnizada por sus intereses propios, únicos e intransferibles, una megalópolis como Buenos Aires no es sino un gigantesco depósito lleno hasta los bordes de nitroglicerina. El resultado no puede ser otra cosa más que este mundo que anda dando tumbos sin saber a dónde va.

Los átomos están demasiado concentrados, el frotamiento entre ellos es excesivo, la presión generada enorme, desmedida, inhumana. Tal compresión no puede sino generar conflicto, explosión, individual o colectiva. De ahí que, cada tanto tiempo, un tipo, a quien le han estirado tanto los nervios, se los han sometido a una tensión tal, se ha abusado tanto de su elasticidad, que va y se le rompen de repente, de modo que salta a la calle con un rifle y dispara sobre todo lo que se mueve.

El mundo sigue siendo todavía muy ancho, pero nos empecinamos todos en vivir en los mismos sitios. El resultado es que no logramos soportarnos. ¿A quién o a qué se le puede achacar la culpa? Indudablemente al materialismo y al individualismo desenfrenado de nuestro siglo. Yo quiero, yo deseo, mi derecho es que... Ese «yo» nos hace más semejantes a Dios, pero es un veneno insidioso que nos va matando poco a poco.

Aquello era como querer atrapar el mar y ver que a uno se le escurría por entre los dedos, pero no me daba por vencido. Ni siquiera sentí pasar las horas, hasta que el negro flujo de gente comenzó a disminuir. Miré el reloj. Nuestro hombre nunca había actuado tan tarde. A esas alturas de la noche, todo estaba consumado.

Derrotado, me encaminé al quiosco y pedí un café para sacarle los gramos de vigor que me permitieran regresar a casa.

—Así que vos tampoco creés que se trata de Cardona.

Me volví tan rápido que derramé parte del contenido de la taza. Si mi percepción no hubiera estado sobre aviso, hubiera dicho que ante mí tenía a un ganadero que, tras haber vendido bien sus reses, había hecho tarde al último tren.

—¡Inspector! Pues no, no lo creo. Y veo que no soy el único. ¿Desearía acompañarme con un café?

—¡Sea! ¡Tomemos un café y brindemos con esa negra tinta por nuestra decepción!

Hice un signo al patrón que ya estaba empezando a recoger para cerrar.

—Otro café, por favor.

—Yo nunca lo creí, pero ¿y vos? ¿Por qué no lo creés vos?

Traté de concentrarme en la elección de las palabras y argumentos.

—En primer lugar, observé que hubo por su parte un cambio de actitud entre ambos interrogatorios. El primer día le reprochó que quisiera cargarle otro mochuelo. El segundo, parecía haber recapacitado y entró a saco en su añagaza. Es como si a un pintor desahuciado, de repente le estuvieran acusando de haber pintado la Capilla Sixtina. ¡Joder! ¡Me voy a pasar la vida en la cárcel por lo que le hice a Camarena, pues a Roma por todo! ¡Nunca la gloria se le ha ofrecido a nadie por un precio tan bajo! Cardona es un Eróstrato que ni siquiera ha tenido que tomarse la molestia de incendiar un templo. Por otra parte, de la conversación que tuvimos precisamente aquí, se desprende que le estamos siguiendo la pista a un refinado artista del mal, que no soslaya la dificultad, sino que se complace en ella; teniendo a su disposición la prosa, prefiere el verso. Yo no alcancé a ver en Cardona otra cosa más que un carnicero hiperactivo.

El inspector Esteban Mendoza asintió. Y no oculto que tal aquiescencia me llenó de satisfacción.

—Pues ahora vamos a ver —declaró— de qué estofa está hecho nuestro artista. Si elige su vida, su seguridad personal, hará mutis por el foro, dejando que Cardona asuma la responsabilidad de todo. Si elige su arte, actuará de nuevo.

Tales palabras nos sumieron a los dos en profundas cavilaciones. Silencio que aproveché para pagar los cafés.

Ya fuera de la estación, osé preguntarle:

—¿Y usted qué cree que hará?

—Si acaso ha decidido actuar, nos estamos midiendo a un tipo que posee unos nervios de acero.

Otra vez me vi en la necesidad de elegir bien mis palabras porque debía ser diplomático.

—Inspector, ese tipo es un criminal más peligroso que Moriarty. Y en este momento tan solo somos dos intentando cazarle en el lugar adecuado. ¿Por qué no meter a las dos terceras partes de la policía bonaerense en la puñetera estación de Retiro y sus alrededores?

—Porque el Comisario General en persona, tras consultarlo con el ministro, me lo ha prohibido.

Lo miré con una incomprensión absoluta.

—Muchacho, sos demasiado joven para entender la hipocresía de la política. Y no voy a ser yo quien cometa la felonía de quitarle las ilusiones a la juventud.

También aquella noche, al abrir la puerta de casa, me encontré con que había luz en el salón.

Mi padre ponía cara de verdadera preocupación.

—¿Qué tal, hijo, ya tenemos a toda la policía federal en estado de alerta máxima?

—No precisamente.

Y le conté mi aventura.

—Alguien, o algo, lo está reteniendo —repuso.

IV

Cuando la proa señaló la isla de Los Ahorcados, Luis Ernesto viró a babor, fondeando el barco en una cala.

—Comeremos aquí. ¿Dónde preferís, dentro o en la popa?

—En la popa, por supuesto —replicó Elena—, viendo el paisaje.

—Perfecto.

Luis Ernesto comenzó a sacar el resultado culinario de la pesca mañanera.

—Te ayudo —propuso Donato.

Entre ambos llevaron los platos de pescado preparados de distintas maneras, acompañados de una gran variedad de verduras y ensaladas. Así como de un vino blanco helado.

—Ya no puede ser más fresco el pescado. Del agua ha pasado al horno y al aceite hirviendo —ponderó Donato.

—En el mar es difícil morir de hambre —repuso el hermano—. Teniendo un buen depósito de agua dulce, se sobrevive indefinidamente.

—O una cava bien surtida —terció Elena.

Realmente Luis Ernesto era un chef que podía pretender a muchas estrellas. Donato hizo un comentario en ese sentido.

—Quizá sea esa su única cualidad —repuso, malévola, Elena.

—Somos un matrimonio especializado. Yo en la cocina y tú en la belleza. Fuera de eso, que no nos busquen.

Donato sintió que convenía cambiar de tema de conversación.

—¿Soléis hacer este trayecto con frecuencia?

—Una vez cada quince días, más o menos, —repuso Luis Ernesto—. Yo navegaría más. Iría incluso más lejos, como en tiempos de mi padre. Pero la señora necesita hacer vida social.

—El hombre es un animal político, ¿no oíste nunca eso, Luis?

—Me temo que la mujer lo sea más —replicó este.

Toda la comida transcurrió de esta guisa, lanzándose pullas, más o menos envenenadas, siempre discretas, eso sí, el matrimonio.

Terminado el postre, el café y los licores, Donato puso fin a la guerra con estas palabras:

—Si queréis tomar un baño, es ahora o dentro de tres horas. Con lo que hemos comido, la digestión, cuando empiece, será larga.

Dado que llevaba el bañador puesto, no tuvo sino que quitarse la camiseta y se tiró por la borda. Los otros dos enterraron de inmediato el hacha de guerra y lo imitaron.

En primer lugar, nadaron hasta la playa de guijarros, como para tomar posesión de la tierra tras la travesía. Enseguida se pusieron a explorar la costa, al igual que en Moraira plagada de grutas y peñascos. Esta vez era Donato quien imponía el ritmo, no les daba de vagar, apenas entraban en una cueva, ya se lanzaba en pos de otra. De cuando en cuando los incitaba a sumergirse para explorar el fondo submarino e inopinadamente partía en una larga carrera para abordar otro objetivo, ya sea peñasco o arrecife. Parecían tres delfines jóvenes, jugueteando cerca de la orilla. Su objetivo era, evidentemente, cansar a los esposos, pacificarlos por la fatiga. Y hay que decir que lo logró, al menos de momento. Aunque para ello tuvieron que pasar varias horas en el agua, nadando sin parar, de acá para allá. Pero el paraje lo valía.

Finalmente, cansados pero serenos, en paz cada uno con su alma y con el entorno natural, deslumbrante como un gigantesco cáliz bajo el sol, regresaron al velero, donde abrieron unas hamacas y se tumbaron para efectuar una larga y provechosa siesta.

Ya caía el sol por el oeste cuando comenzaron a volver en sí. Luis Ernesto fue el primero en incorporarse para preparar un cóctel, que sirvió en una gran jarra llena de hielo.

—¿Qué es esto? —quiso saber Donato.

—Esto se llama agua de Valencia —intervino Elena—. Verás dentro de un rato qué bien sienta.

—Es dulce en la boca, pero luego se hace fuego en las entrañas —confirmó Luis Ernesto—. Igual que las mujeres, almíbar durante los primeros días. Una purga el resto de la existencia.

—Ya ves cómo tu hermano no sabe dejar pasar ni una broma. Aunque sea del nivel de la EGB. Le encantan los lugares comunes y los prejuicios se le pegan como las moscas al pastel.

—Oye, que ahí dentro hay una referencia a la Biblia, concretamente al Apocalipsis. El ángel dijo de un librito: «Toma, y cómelo; y te amargará el vientre, pero en tu boca será *dulce* como la miel». Ya ves que tampoco es tan común ni superficial mi discurso. Claro que todos esos símbolos de alto vuelo no aparecen en las revistas ilustradas que tanto te gustan.

—Bueno, bueno. No empecemos otra vez. Tengamos la fiesta en paz. En todo caso, este agua de Valencia no está nada mal. Espero que en Valencia no se le ocurra a nadie fregar los platos con ella. Sería un auténtico desperdicio.

—El problema no está en el estómago, desde luego, pues parece que vaya directamente a la cabeza —insistió Elena.

—Bobadas. Cuando se utilizan ingredientes de primera calidad, sienta de maravilla.

Finalizada la jarra, Donato consideró que habían hecho bien en prevenirle ya que, de lo contrario, se hubiera bebido una cisterna de ese agua marrón y se hubiera mareado hasta en tierra firme, cuanto más, en el mar.

—Otro baño creo que nos vendrá de maravilla.

Y diciendo eso se lanzó de cabeza al mar. Pero esta vez solo para refrescarse. Los demás lo imitaron.

De nuevo a bordo, Luis Ernesto se dispuso a levar el ancla.

—Vamos al puerto. He alquilado un coche para mejor disfrutar de la noche ibicenca.

Las llaves del coche nos aguardaban en el hotel. Así que, tras tomar una buena ducha, dio comienzo la expedición.

Como era de esperar, Luis Ernesto conocía todos los tugurios y chiringuitos donde se podían degustar las mejores tapas de la isla. Luego, ya sin hambre, les condujo al restaurante donde había reservado igualmente una mesa y, a medida que iban llegando los platos, se les iba despertando de nuevo el apetito.

Para concluir la larga e intensa jornada, fueron a una discoteca con vistas al mar, donde se instalaron en una mesa de la terraza, e inmediatamente Luis Ernesto mandó traer un nuevo brebaje.

—Esta vez se llama Ciroc. Y existen varias fórmulas. Esta se denomina «Red Lips».

Dado que la noche se prolongaba, llegaron varias de esas jarras a aquella mesa. La velada, que había comenzado con los mejores auspicios, se complicó solo al final, ya de madrugada, cuando el exceso de «Red Lips» empezó a hacer realmente efecto en la hermosa cabeza de Elena de Troya. Quiso ir a bailar, pero como ninguno de los dos hermanos accedió a acompañarla, se fue sola. Pronto atrajo, como la miel en verano, a los numerosos moscones que volteaban a su alrededor. Ella conocía indudablemente la situación, dominaba los pormenores del procedimiento, dosificaba la seducción. Los galanes, picados, se le acercaban más, pugnaban por estar cada cual más cerca de la diosa. Hasta que llegó un momento en que

la cosa prometía salirse de madre. Ella se contoneaba de manera tan sensual, que los más atrevidos se atrevieron a dar algunos pasos de baile con ella. Pero baile del que llaman sucio, osado.

Luis Ernesto acabó por levantarse. Se fue hacia ella y le dijo que había llegado el momento de irse. Elena, descarada, le dio la espalda. Luis Ernesto la agarró del brazo y tiró suave, pero firmemente de ella. Elena se liberó con un tirón brusco. Los torerillos consideraron oportuno entrometerse.

Aquello amenazaba con terminar como el rosario de la aurora, por lo que Donato se levantó a su vez. Apoyó el hombro sobre un pilar, muy cerca de la pista de baile y fijó, sobre el que parecía el cabecilla de ellos, una mirada tan taladrante que bien podría haber perforado un refugio atómico. El así observado debió sentir rápidamente sobre sí el peso abrumador de tan imperativo requerimiento, por lo que tuvo que alzar la vista hacia Donato. Entonces este, seguro ya de haber acaparado toda su atención, sin dejar de sujetarlo con el paralizante dardo que surgía de sus ojos, se limitó a hacerle un leve gesto de la mano para indicarle que abandonara el campo. El interpelado dudó un instante, dirigió alternativamente los ojos hacia uno y otro hermano, apreciando el gálibo de ambos y no ofreciéndosele la menor brizna de duda de que los dos pertenecían al mismo campo, bajó la cabeza y salió de la pista. Los demás lo imitaron de inmediato. Elena, que había visto todo, de repente dócil como una corderilla, salió igualmente.

El trayecto hasta el hotel se cumplió en el más absoluto silencio.

V

Bastaron unos pocos días para que Lucrecia y Mario llevaran una vida de recién casados. Si ella regresaba antes del trabajo, tenía llave propia para entrar en el apartamento de él y preparar la cena.

Menos mal, solía decirse cada vez que salía del ascensor, que en los otros dos apartamentos de esta planta no vive nadie. A pesar de todo, se daba prisa en abrir la puerta, no fuera a producirse una casualidad inoportuna.

Dentro de la guarida de la antigua presunta fiera, ahora sentía paradójicamente la fruición de una seguridad nueva ante un acto también nuevo y clandestino. Las vueltas que da la vida. Ello se deberá tal vez a que también el mundo donde se viven las vidas es un artefacto que no para de dar vueltas sobre su propio eje, como una peonza.

Dejó las bolsas sobre el banco de la cocina y fue a quitarse el abrigo. Dado que Mario debía tardar un poco más de lo habitual, había decidido prepararle una cena especial, subida de grados por un buen vino y coronada con una botella de champán que debía poner enseguida en el congelador.

Sobraba tiempo, así que se dejó caer un instante sobre el sillón, para desembarazarse un tanto de la leve capa de exasperación y cansancio que siempre deposita en el cuerpo la atmósfera de la gran ciudad.

De repente recordó que solo conocía de ese apartamento el salón, la cocina y una sola habitación. Ahora vivía prácticamente allí y todavía no se había apropiado de la totalidad del espacio que contenía el piso. Había que poner remedio de inmediato.

Fue abriendo las restantes habitaciones. Un despacho bien ordenado, con mapas militares en lugar de cuadros, un cuarto de invitados y otra pieza al principio del corredor. Para su gran sorpresa, la puerta de esta última se hallaba cerrada con llave.

Por espacio de unos segundos, los viejos fantasmas se asomaron a su conciencia, pero ella los espantó de un manotazo. No resulta descabellado pensar que un militar tenga en su propio domicilio una colección de armas, con sus respectivas municiones. Y ese arsenal no debe encontrarse al alcance de toda mano. Imagínate, se dijo, que tiene invitados con niños y estos, que lo

corren todo, acceden a la habitación y salen de ella con un subfusil cargado... Toda precaución es poca.

Regresó a la cocina y comenzó a concentrarse en lo que hacía, de modo que la habitación cerrada pronto desapareció de su mente.

—¡Dios santo, y qué afilados están los cuchillos en esta casa!

Apenas lo hubo dicho, ya se lo estaba reprochando.

—¡Es preciso que me desembarace de esta obsesión, o acabaré enfermando!

Todo estaba preparado y la mesa puesta, cuando la llave de Mario rugió al entrar en el cerrojo.

—¿Qué aniversario estamos celebrando?

—El año cero de nuestro encuentro.

—Yo que venía con la firme intención de pasar primero por la habitación.

—Pues tendrás que tener paciencia y comer antes —determinó ella, mientras trataba de desembarazarse de su impetuoso abrazo y de sus manos volanderas que la estaban recorriendo toda.

—¡Qué remedio!

Se sentaron pues ante la mesa y solo entonces Mario vio cuanto había sobre ella.

—Muy apetitoso todo. La verdad es que vengo con un hambre canina.

—¿Qué tal tu día?

—Hoy hemos salido al campo, para efectuar un ejercicio en plena naturaleza. Por eso vengo con este apetito.

—¡Ah, pues he elegido bien el momento para una cena especial!

—¡Ahora o nunca! —sonrió Mario—. ¿Y vos?, ¿qué tal tu jornada?

—La gente me ve tan radiante, que me pregunta si me ha tocado la lotería. Dicen que, de la noche a la mañana, he cambiado tanto que parece que no sea la misma.

—A vos lo que te ha sentado fenómeno es que un tipo que yo conozco haya tenido la feliz ocurrencia de irse a pudrir malvas al cementerio de la Recoleta, o donde quiera que haya ido.

Lucrecia bajó los ojos en silencio.

—Sí, es verdad. No solo es eso. Pero también es eso. No sé si me explico.

—Como un libro abierto. Lo que no alcanzo a entender, a pesar de lo que ya me has dicho, es cómo estabas tan convencida de que era yo.

—El abrigo. Quizá fuera ese abrigo negro del que se habla en todos los artículos.

—Fíjate que perteneció a mi abuelo. Mi padre, tras llevarlo un tiempo, me lo regaló. Es un auténtico recuerdo de familia.

Lucrecia se preguntó si no debía haber precisado «el mío» es un auténtico recuerdo de familia, etc. Pero reconoció que no era realmente necesario.

—Nunca te he visto vestido de militar...

—Me cambio en el cuartel, antes de salir. Mi padre también lo hacía. Probablemente instituyó esa costumbre durante la época en que un montonero podía volarte la tapa de los sesos en cualquier esquina, solo por ser militar.

Y más tarde, consideró ella, resulta que la institución está tardando en recuperar buena prensa, tras el episodio de la Junta Militar. Se levantó, fue a la cocina y regresó con la botella de champán.

—¿Por qué brindamos? —inquirió.

—Por nosotros —repuso él—. Y por Romualdo Cardona, que Dios acoja en su gloria.

VI

Conforme pasaban los días, se afianzaba la idea de que el sicópata de Retiro se había efectivamente retirado, cediéndole la culpa y la gloria a Romualdo Cardona.

—Es humano —razonó Mendoza—. Un animal, desde luego, pero humano. De carne y hueso. Nosotros mismos le hemos abierto la puerta de la jaula, así que él se sale y adiós muy buenas.

—Entonces no es diablo, sino hombre...

—Ya tarda en actuar. Pronto habrá que concluir que ha elegido las pantuflas de andar por casa, antes que el arte por el arte y su intransferible derecho al lauro eterno.

Nos hallábamos tomando café en «La Olivera», desde cuyas ventanas contemplábamos la entrada principal de la estación de Retiro, vomitando multitudes a intervalos regulares.

—¿Se puede reformar un sicópata cebado ya en la sangre, ensañado en el delirio de la perversión sin límites?

—Un ser excepcional lo puede todo, o casi.

Di un sorbo al café, considerando que Mendoza hacía bien en no abandonar la idea de que nos hallábamos ante un tipo nada vulgar y que, por lo tanto, cabía esperar de él salidas por lo alto. Por eso repuse:

—Hace falta una razón muy potente para pasar sobre sí mismo a paso de carga, domeñar nuestras más salvajes pulsiones o renunciar al fin último de nuestra existencia, aquello por lo que estábamos convencidos haber venido al mundo.

El inspector asintió enigmáticamente y apuró lo que le restaba de café de un solo golpe.

—Hay algo superior a la gloria.

—¿Qué es? —repuse, intrigado.

—El misterio. ¿Quién fue Jack el Destripador? Nadie lo sabe. ¿Acaso no es la oscuridad que lo envuelve el factor que multiplica el terror infundido por semejante nombre? Hay muchos asesinos en serie, tan truculentos o más, pero ninguno infunde en las masas tanto ciego espanto como él. Ha pasado un siglo largo y todavía surgen teorías, muchas de ellas espectaculares, para

tratar de desvelar su identidad. Se ha convertido en un mito negro. ¿Podría subsistir un mito si hubiera un nombre y un apellido reales detrás, una biografía detallada y contrastada? En absoluto. El mito es por definición un vacío biográfico. Los dioses griegos primero fueron hombres, héroes, y solo pudieron entrar en el Olimpo cuando se vaciaron por dentro de toda huella de su paso por el mundo, entonces la imaginación popular pudo entrar en ellos a saco. Es lo cóncavo de la taza lo que permite utilizarla para tomar café.

¿Sería posible que el asesino de Retiro nos estuviera haciendo ahora, después de todo el zafarrancho que ha armado y el cuidado que nos ha dado, la gauchada de retirarse?

—La literatura nos ofrece casos, en efecto, de obras geniales, anónimas. La propiedad intelectual no era la misma, desde luego, en la Edad Media. Pero ha ocurrido en épocas más recientes, pienso en el «Lazarillo», por ejemplo. ¿Qué puede mover a un autor que ha acabado una obra como esta, a no firmarla? Se lo preguntaré a mi padre cuando vuelva a casa.

—Hay mucha crítica social y hasta anticlericalismo en el «Lazarillo». Lo cual, en época de la Inquisición, no resultaba muy prudente. Si además su autor hubiera sido converso, pues ya lo tienes. Eso es distinto. Me temo que un Jack el Destripador sea un fenómeno que solo puede darse en los tiempos modernos. Y también me temo que, si la cosa continúa así, no tendremos más remedio que cejar en nuestro empeño.

VII

Al día siguiente, Luis Ernesto y Elena se presentaron en el restaurante del hotel para tomar el desayuno y se mostraron sonrientes, como si nada hubiera pasado. Donato se temía que ello fuera solo una pose, una máscara social, pero no fue así, ambos esposos hablaron con toda naturalidad de los proyectos que habían estudiado para el día y pidieron la opinión a Donato. Este se mostró de acuerdo en todo, así que regresaron a la embarcación, izaron velas y partieron a recorrer algunas de las más famosas calas de la isla. Aunque sobró pescado, que Luis Ernesto había congelado, probaron de nuevo suerte con la pesca y esta acudió a la cita.

Donato observó con satisfacción que esa vida, entre acuática y terrestre, pero siempre a la intemperie, expuestos al sol y al viento, daba a los cuerpos una dureza y una tonalidad semejantes a la del cabo de una azada. También el suyo comenzaba a ponerse así, pétreo, bronceado y flexible. El yodo marino concedía una vitalidad y una energía inauditas. Uno tenía constantemente deseos de nadar, escalar las peñas, lanzarse al agua, comer, beber, dormir y vuelta a empezar, aspirando con los ojos el paisaje, hecho de la piedra caliza de los acantilados contra el añil del cielo y la esmeralda y la turquesa del mar. Luego incendiado todo por los fuegos del ocaso.

Así transcurrieron los días, pasando de una cala a otra, desembarcando las tardes mediante un pequeño bote, con objeto de visitar los pueblos costeros más típicos que encontraban a su paso, durmiendo la noche en los confortables camarotes del velero. Fueron unas jornadas memorables, de una serenidad inesperada, pues el matrimonio parecía haber sellado una paz duradera.

Al despuntar el alba, con el agua y el cielo todavía rosados, luciendo el arrebol del día recién nacido, ya estaban ellos nadando o practicando la pesca submarina.

Una tarde, decidieron regresar a la península, pues aún había cosas que ver allí. Se había levantado un viento favorable y la travesía se efectuó con rapidez, de modo que todavía con la luz de los rescoldos del poniente entró el velero en la cala privada de Moraira.

Tomaron una ducha, se vistieron de punta en blanco y bajaron al consabido restaurante del puerto. Aquella fue la última velada pacífica que le conoció Donato al matrimonio antes de tomar el avión de vuelta a Buenos Aires.

De regreso a su habitación, aunque el cuerpo le pedía sueño en una cama con las cuatro patas bien asentadas en tierra firme, abrió de par en par la puerta cristalera del balcón, acercó allí uno de los sillones de cuero y se sentó a recibir la relativamente fresca brisa de la noche, de cara al mar, que cabrilleaba rizando la estela de plata, desplegada como una sábana puesta a secar por la luna llena, al rielar sobre el agua.

Imaginó, o quizás recordó, quién sabe, la escena de aquella pareja ya algo mayor, allá en Buenos Aires, entrando en la habitación de hospital y parándose ante la cama donde yacían dos recién nacidos idénticos.

—¿A cuál de los dos nos llevamos?

—¿Tiene que ser uno? ¿Y por qué no a los dos?

—No es posible. Ha de ser uno no más. Es preciso elegir. Después de todo son iguales, gemelos idénticos. Así que, ¿qué más da?

—¿Cómo que qué más da? Aunque sean iguales por fuera, puede que no lo sean por dentro. Quiero decir, en su alma. ¿Y si uno es un ángel y el otro un diablo?

—De todos modos, eso no se distingue a simple vista. Y menos a una edad tan tierna. Así que toma a uno de los dos y vámonos cuanto antes de aquí.

La mujer se inclinó, echó una última ojeada, alternativa, a ambos. Cerró los ojos, tomó a uno, lo depositó suavemente sobre su pecho y, ya sin mirar al otro, salieron de la pieza.

¿Le hubiera gustado a él partir en ese momento en brazos de la mujer?

La pregunta era capciosa, improcedente y además la respuesta era no. Si pudiera decidir él lo que ocurrió entonces, determinaría quedarse en el solar de sus mayores, haber conocido al abuelo Sebastián, acompañado a Matilde en todos sus duelos. Pero nadie decide nada, las cosas ocurren porque está escrito que así sea y porque no existen los actos aislados, sino que todos forman parte de una estructura, teniendo su función dentro de ella, ajustándose de manera rigurosa, férrea, a la voluntad del escritor y al patrón del género. Si a uno le ha caído el papel de héroe, tendrá un ángel siempre a su lado que barrerá todas las piedras de su camino, para que no tropiece y blasfeme, le insuflará valor en el momento oportuno, de modo que cada uno de sus actos refuerce la virtud. Si, por el contrario, le ha caído el papel de

villano, le acompañará en todo momento un diablo quien, no solamente no barrerá las piedras de su camino, sino que añadirá en él cuantos obstáculos pueda, siempre de manera insidiosa, para que no los vea y se pase la vida tropezando, maldiciendo y rebelándose. Para que no pierda nunca la conciencia de ser un maldito, un precito de la estirpe de Caín. Lo cual, a fin de cuentas, no deja de tener sentido, porque hace falta de todo para hacer un mundo. Si no hubiera oscuridad, ningún ojo podría apreciar la luz; si no hubiera silencio, jamás podría surgir la música. En el plan de la Creación, el mundo es más importante que el individuo. Lo que tiene que ser preservado a toda costa es el mundo, porque lo es todo o, mejor dicho, es el todo. El individuo existe para ser sacrificado en aras de la totalidad, del universo real. Así que uno es esto y el otro una cosa distinta. Y si te ha tocado bailar con la más fea, pues te jodes y bailas igual.

A la mañana siguiente, Elena rehusó acompañarlos en el baño. Permaneció en la cala, tomando el sol y leyendo un libro. Luego, durante la comida en el restaurante, se mostró taciturna, enfurruñada, sarcástica; aunque insinuante, provocadora, como de costumbre, hacia los demás, hacia su séquito de aduladores, siempre dispuesto a agasajarla, a cumplimentarla y a mendigar el óbolo de su inspiradora seducción.

De vuelta a casa, Donato los oyó discutir, encerrados en su habitación. Se están amargando la vida, cuando en realidad tienen de sobra cuanto hace falta, no para ser felices, porque nadie lo es, aunque sí para vivir en paz con ellos mismos, en armonía con su mundo, que es todo él algodones, ambrosía y néctar rojo. Lo que para otros se suele revelar una tarea ardua, casi imposible, para ellos podría ser coser y cantar, un juego de niños. Y es que no hay sino el enemigo de dentro para empecer, el gusano que les va royendo el corazón.

A la caída de la tarde, Donato oyó un formidable portazo. Se asomó a la ventana que daba al interior y vio cómo Elena subía al Porsche, se abría el portalón y salía haciendo derrapar las ruedas del coche.

La siguió con la mirada. Conducía como si se hallara en un circuito cerrado, en plena competición. Bastaron un par de minutos para que llegara al restaurante del puerto, donde se detuvo.

Fue al otro extremo de la habitación y se asomó al balcón. Allá abajo estaba Luis Ernesto, sentado ante la mesa, sirviéndose una rasada de güisque. Decidió bajar.

Sin decir palabra, se sentó junto a él. Luis Ernesto lo miró y vació el vaso de un solo trago. Luego lo llenó de nuevo. Al cabo se decidió a hablar.

—Me estará ridiculizando con los torerillos, en el puerto.

Donato se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—¿Por qué no vas a traerla?

Luis Ernesto lo miró a los ojos.

—Porque me ridiculizaría todavía más.

Donato se puso en pie.

—¿Dónde vas?

—Yo no soy de aquí. No me importa que me ridiculicen.

Bajó andando, sin prisas, hasta el pueblo. Entró en el restaurante. En efecto, allí estaba Elena cual piedra preciosa luciendo en el centro de una corona de torerillos de cintura estrecha y piernas flacas. Ya iba pasando de los brazos de uno a los de otro. Unas manos tentaculares, cual moscones gigantes, se le iban posando en cualquier parte del cuerpo. Ella debía haber salido ya bebida de casa y seguía bebiendo allí. Los clientes miraban la escena entre inquietos y excitados.

Al verlo entrar, se hizo un silencio unánime. Donato la oyó murmurar:

—Es el hermano.

Y le lanzó una mirada desafiante. Pero Donato se dirigió hacia el grupo con toda parsimonia. Tres de los torerillos avanzaron unos pasos con objeto de adoptar una formación en barrera. El cuarto, sentado en un taburete, rodeaba todavía a Elena con sus brazos. El quinto permanecía de pie junto al cuarto. No era, desde luego, momento para grandes discursos. Donato utilizó la cintura como pivote, sus puños efectuaron un recorrido de abajo arriba, lo que acordó a su acción una sorpresa absoluta. Primero salió su puño izquierdo, derribando al pelele como si fuera de alfeñique; casi de inmediato salió el derecho, con idéntico efecto. Al tercero le correspondió un codazo que le rompió la nariz. El quinto, observando la masacre, tardó en reaccionar, lo que lo acabó de perder. Donato le descargó ambos puños sobre los dos hombros, dejándolo incapacitado para levantar una cucharilla y remover un café. El cuarto, sin saber cómo ni cómo no, se vio salir en volandas de debajo de Elena, surcar los aires como una paloma mensajera y aterrizar junto a la puerta de salida.

Ahora sí que convenía decir algo:

—Esto es solo el aperitivo. A continuación, viene el plato principal. A menos que se os haya quitado el apetito y preferáis comer más tarde en casa. Si es así, os aconsejo que salgáis de inmediato, antes de que acabe de calentarse el horno.

Donato habló como el tenista bronceado, que no ha hecho sino lanzar la primera bola de saque.

Los torerillos, bien que faltos de cartilla, comprendieron el significado de la metáfora y, antes de que se la leyeran de nuevo, quien pudo de su propio pie, quien no, ayudado, salieron del local con más presteza de la que se podía presumir, dado el estado en que habían quedado sus huesos.

Todo ocurrió tan rápido, que la gente no había tenido tiempo ni de asustarse. De modo que, superado el desenlace, fingieron volver a sus asuntos, mirando tan solo de reojo a la pareja que había quedado junto a la barra.

—¿Quién te crees que eres? —exclamó ella, roja de furor, pero en voz baja—. Ni siquiera mi marido tendría derecho a hacerlo, ¿cómo te atreves tú? En este país, las mujeres son libres.

—En este país, como en todos los demás, tanto las mujeres como los hombres, se deben a la palabra de respeto que han dado en solemnidad. Si no, cometen felonía. Y a nadie le gusta ver a sus más allegados humillarse a sí mismos de tal manera.

—¿Ah, sí? Pues te tendrás que fastidiar, porque lo que es yo, hago lo que me da la real gana. Siempre lo he hecho y continuaré haciéndolo.

—Por eso solicito de tu benevolencia que tengas a bien acompañarme a casa. ¿O prefieres ir a incrustarte en alguna de aquellas mesas? Vuélvete a mirarlas y me dirás qué ves en todas las caras...

Elena se guardó muy bien de mirar atrás y permaneció en silencio.

Donato se dirigió al dueño del local que se encontraba del otro lado de la barra.

—Vamos a ver. ¿Qué se debe aquí?

—Veinte euros.

Echó mano a su cartera y sacó un billete de cincuenta.

—Quédese con la vuelta.

Agarró con firmeza la mano de Elena y salieron ambos.

—Dame las llaves del coche. Que si has de subir como bajaste, podemos atropellar a un niño.

La aludida escarbó el bolso y le entregó las llaves.

Donato arrancó el motor y salió con suavidad, procurando establecer una buena relación con el excelente vehículo. Era ya de noche prácticamente cerrada.

Cuando dejaron atrás las últimas casas de pueblo, Elena comenzó a desnudarse.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loca?

Pero ella continuaba su tarea, sin hacerle el menor caso.

Estaban fuera del pueblo, cierto; aun así, había chalés y mansiones a lo largo de toda la carretera y gente caminando por las aceras. Por supuesto, coches que venían de frente o que les seguían. Donato pulsó el botón para plegar automáticamente el capó. Cuando quedó el habitáculo completamente cerrado, Elena se hallaba ya en cuero vivo. Solo le quedaban puestos los zapatos.

—¿Qué pretendes con ello?

—Desnuda, no me puedes llevar a casa.

Donato no pudo sino reconocer que eso era cierto.

—¡Vístete, pues!

—¡Vísteme tú!

—¿Dónde quieres ir entonces?

—Sigue recto.

Donato obedeció. Ella le fue indicando, hasta que llegaron a una explanada, al borde del acantilado, donde se estaban iniciando las fundaciones para edificar. El lugar se encontraba razonablemente solitario, pero no oscuro, a causa de la luna llena.

En cuanto echó el freno de mano, Elena puso el pie a tierra. Mas trastabilló y a punto estuvo de caerse.

—¡Está borracha! —se dijo Donato para sí.

El suelo era irregular, sembrado de piedras y matojos. No debía ser fácil andar por allí con zapatos de tacón, aun estando sobria. El precipicio quedaba a unos diez pasos. Razones que aconsejaron a Donato impedirle que deambulara libremente, por lo que la agarró de las muñecas. Ella no ofreció resistencia, al contrario, se le echó encima, buscó su boca con la suya. Se inició un leve forcejeo. Finalmente tuvo que tomarla en brazos y depositarla sobre el capó del coche. Ella entrecerró los ojos, pensando que, de un momento a otro, lo iba a recibir dentro, imaginando ya el puyazo hercúleo de aquel miembro que había sentido fugazmente.

En lugar de eso, Donato se le metió dentro, pero no por donde ella esperaba, sino por los ojos. Aquella mirada era dura y cortante, más metálica aún bajo la luz de la luna. Un escalofrío sacudió todo su cuerpo, después se sintió invadir por un vértigo igual que si se estuviera cayendo por el precipicio. Finalmente, perdió el conocimiento.

Donato la vistió como si de una muñeca se tratase. La cogió en brazos y la sentó en el interior del automóvil.

Al llegar a casa, procuró despertarla, pero no hubo modo. Así que la volvió a tomar en brazos y entró con ella de esta guisa.

Luis Ernesto se asustó.

—¿Qué le ha pasado?

—Ha bebido en exceso.

—Espero que no haya armado demasiado revuelo.

—Descuida. Ábreme la habitación.

Luis Ernesto hizo lo que le pedían. La dejaron allí y cerraron la puerta. El anfitrión apuró el vaso, antes de abrir una nueva botella.

—¿Quieres un trago?

—No.

Su hermano, en cambio, se llenó el vaso hasta el borde, sin dejar espacio para los hielos. Donato se le quedó mirando fijamente a los ojos.

—¿Por qué no te divorcias?

Luis Ernesto se echó entre pecho y espalda medio vaso de güisque irlandés de una sola tacada.

—Porque ella no quiere. Y yo tampoco.

VIII

Después de la despiadada batalla del sexo, los cuerpos quedaron atravesados de cualquier manera en la cama. La refriega, como de costumbre, se peleó hasta el final, hasta que faltaron las fuerzas y los combatientes cayeron en el campo como despojos. Así permanecieron largo rato hasta que se hizo sentir el frío sobre su piel desnuda y buscaron el calor de las cobijas.

—Mañana regresa Donato.

Mario abrió los ojos para mirarle la cara, a ver con qué expresión había dicho eso. Pero no leyó nada de particular. Su rostro permanecía sereno, un tanto reconcentrado.

Las mujeres dominan estos lances a la perfección, se dijo él, incorporándose.

—Así que esta ha sido la última escaramuza que reñimos.

—Sí.

Aventino trató de sacar el tono más conciliador que pudo encontrar registrado en su caja torácica.

—Oye... Y no podríamos... De noche... Cuando él ya se ha ido...

Lucrecia se incorporó a su vez.

—Mira, Mario. Yo tengo la vida hecha y una relación estable. Pronto me voy a casar. Lo nuestro no es amor. Es... Otra cosa...

—Justamente. Si es otra cosa. No se pueden confundir ambas especies.

—Pero se pueden estorbar, o poner en peligro la una a la otra. Podría ocurrir un accidente, provocado por una casualidad, y descubrirse el pastel. Hemos cedido a la tentación. Eso puede pasar, la carne es débil, dicen los curas. Y si ellos lo dicen... A pesar de eso, hay que tener un fondo de honestidad.

Mario guardó silencio. Sus ojos negríssimos se quedaron fijos mirando el picaporte de la puerta.

—Es una lástima —dijo al fin—. Me había habituado a esto. Me faltará en los días sucesivos.

—Otra lo hará en mi lugar —aseguró Lucrecia riendo—. ¡Pues no hay mujeres en este país!

—Una rubia despampanante como vos, de esas que quitan el hipo, no son frecuentes en las calles de Buenos Aires.

—¡Pues claro que lo son! ¿O es que olvidas la emigración germánica? Ya ves que nuestro amigo Cardona las solía encontrar a menudo.

—Cardona es un macanudo.

—Era, Mario. Era. Y que Dios lo tenga en su gloria durante muchos años.

Ambos dejaron pasar el ángel. Que no era ángel en esta ocasión sino demonio.

Fue Lucrecia la primera en romper el silencio.

—Lo que pasa es que tú miras sin ver, cuando vas por las calles. Se diría que la gente, los otros, la sociedad, te trae sin cuidado. Ya ves... Si no hubiera sido porque me dio por comportarme como la loca de los papelitos, jamás te hubieras fijado en mí.

—¡Eso lo dirás tú, que no me fijé en ti! Lo que dices es un imposible para cualquier hombre normalmente constituido. Todo cuanto hemos hecho estos días, ya me había hartado de hacerlo dentro de mi cabeza.

—¿Ah, sí? ¿Y te gustaba?

—Me gusta más a lo vivo.

—Bueno, pero mejor es eso que un puñetazo en el ojo. Menos da una piedra. Ya sabes lo que tienes que hacer de ahora en adelante.

Lucrecia, francamente divertida, soltó una risa cantarina. Y más se rio cuando vio la cara tan seria que había puesto Mario Aventino.

—Eres una cínica —repuso este. Y se dejó contagiarse al cabo por la risa de ella.

IX

En mis ratos libres seguía trabajando el informe a propósito del sicópata de Retiro, en busca de un detalle que hubiera pasado desapercibido, susceptible de ubicarnos al fin en la pista correcta, o bien frecuentaba la consabida estación de tren. En esto último nos turnábamos el inspector Mendoza y yo. Pero cada vez más espaciadamente y con menor convicción.

Conforme iban pasando los días, se afianzaba la tesis de que nuestro hombre había decidido utilizar esa puerta de salida que la policía misma le dejaba entreabierta. Seguro de que, con los años, a alguien, un periodista probablemente, le ocurrirá caer en la cuenta de que era una solución demasiado fácil; oportuna, eso sí, para las autoridades, sobre todo, pero fácil. Entonces dará comienzo la leyenda y el mito. Nuestro Jack el Destripador, confortablemente aposentado en un sillón, rodeado de nietos jugando a los cochecitos o las muñecas en el suelo de la habitación, leerá, en los periódicos de la época, las elucubraciones fantasiosas que se efectuarán a propósito de las aventuras de su loca juventud. Estará muerto y enterrado en una tumba anónima, situada en un rincón tranquilo de cualquier cementerio de Buenos Aires, y todavía disfrutará de la confusión y el espanto renovado en la mente de un lector, el cual estará viviendo muchos siglos después del suyo. Mientras perdure el misterio, vivirá su Obra. Y él con ella.

Sin embargo, la Policía Federal Argentina habrá fracasado. Una vez más, la justicia humana tendrá que delegar en la divina. Pero aquí, en este bajo mundo, el comisario, el comisario general y el ministro, estarán en paz con su alma.

Cada vez que iba a la estación de Retiro, después de montar la guardia durante un par de horas, entraba a tomar café en «La olivera». Su patrón, Roberto, acudía indefectiblemente a felicitarme por la brillante idea de haber enchironado al animal de Romualdo Cardona y a encargarme que transmitiera un saludo al inspector Esteban Mendoza.

—El tipo era una mala pécora, desde luego. Pero nunca se me ocurrió pensar que fuera el asesino de Retiro. Y, la verdad, considerando la cosa así, a toro pasado, ¿quién podía ser sino él? Ya ve usted, a veces tenemos las cosas delante de las narices, con letras de a palmo, y no las vemos, apartamos de un

manotazo el cartel para escrutar en la lejanía y lo que importa lo tenemos a huevos, eso si estuviéramos en lo que estamos haciendo, pero ¡qué va! se nos pasa desapercibido. ¡Tiene cojones la cosa!

No era mal tipo, el tal Roberto. Durante aquella época llegué a intimar con él. Me contó en una ocasión que su padre era español, de un pueblecito de la provincia de Alicante llamado Moraira. Su abuelo emigró, con toda su familia, a Argentina, pero antes había llevado, a medias con su hermano, un pequeño restaurante, situado en el puerto de dicha localidad, que tenía como nombre «La olivera».

—Por eso, cuando abrió aquí este local, le puso «La olivera», en recuerdo del restaurante de su juventud. Espere, le enseño una foto.

Volvió con la imagen idílica de un entrañable local, bañado por las aguas de un pequeño puerto, rodeado de pateras y modestos barcos de pesca.

—Todavía hoy lo llevan unos primos míos.

Confieso que durante aquellos días andaba como cuando uno se despierta de una siesta de invierno, que mejor hubiera sido no dormirla. El inspector Mendoza y su equipo se habían volcado ya en otros asuntos. Sin embargo, se las había arreglado al cabo para que yo continuara ocupándome del caso, aunque oficialmente solo de una manera oficinesca, afinando el expediente, organizándolo, clasificando de manera racional sus diferentes aspectos. Me convertí pues en una suerte de burócrata, con un horario regular. En muchos aspectos y por primera vez en mi vida, en un pequeño burgués.

En efecto, comenzaba a tener tiempo libre y algo de dinero en el bolsillo, favores de los que no había gozado en mi anterior etapa de estudiante, no al menos con ese desahogo y despreocupación, indolencia casi.

Fue entonces cuando adquirí la costumbre, que en adelante solo dejé de honrar durante los períodos más intensos de trabajo, en esos momentos en que todas las alarmas se ponen en rojo y se precisa acudir a los cuatro puntos cardinales al mismo tiempo, de ir por las tardes a tomar chocolate con churros al café «Tortoni», pertrechado con el periódico o un buen libro, o con ambas cosas a la vez.

Por otra parte, el «Tortoni» para un determinado tipo de ambiente, como «La olivera» para otro, eran excelentes mentideros a fin de que un policía, que todavía no ha sido identificado como tal por los parroquianos, tienda la oreja y aprenda. Los cafés y los bares son los órganos por los que respira una ciudad, son sus narices y sus bocas, el aula y el seminario de los detectives. Si bien es cierto que no sirven generalmente como archivo, en ellos solo

funciona el presente, el eterno, infinito, constante fluir del tiempo presente.
Por eso nadie hablaba ya del asesino de la estación Retiro.

X

Hacia el mediodía se había posado en el aeropuerto de Buenos Aires el avión en que viajaba Donato. Una hora más tarde, se hallaba comiendo en casa con Matilde. Le contó lo bueno y se reservó lo malo. También le anunció que, el mes que viene, Elena y Luis Ernesto estarían en la ciudad del Plata, para quedarse por lo menos un par de semanas.

Luego llamó por teléfono a Lucrecia para proponerle esa misma noche una cena en el restaurante de su elección. Ella repuso que aceptaba encantada, pero que primero debía pasar por casa para tomar una ducha y acicalarse convenientemente. Así que Donato la aguardó, como siempre, en su apartamento.

Se abrazaron largamente, pero muy pronto primó la curiosidad por los cambios que ambos detectaron en el otro.

—¡Estás negro, como si vinieras de África!

—Bueno, no estaba muy lejos de ella. Y te recuerdo que allí es verano ahora. No hemos parado de bañarnos en el mar. Pero tú estás radiante. Te ha hecho mucho bien que te dejara en paz durante una temporada.

—¿Ah, no conoces la noticia?

—¿Qué noticia? ¿Te ha tocado la lotería?

—Mejor que eso. Han atrapado al asesino de Retiro. Luego, el tipo se ha ahorcado en la cárcel. Ha sido un alivio tremendo, para todas las mujeres de Buenos Aires, supongo, pero especialmente para mí, que creía que lo tenía viviendo encima. Espera, todavía he conservado el periódico.

Fue a escarbar en el revistero.

—Aquí está. Este es, o fue, el sicópata de Retiro.

Donato lanzó una mirada reconcentrada a la enorme foto de la portada.

—Ya te dije que tus sospechas eran totalmente infundadas.

—No sabes cuánto celebro que así sea.

—Y yo también me alegro por ti. Bueno, pues anda, arréglate, que se nos va a pasar la noche en cháchara.

Mientras ella tomaba la ducha y se maquillaba, Donato leyó atentamente todo lo referente a Romualdo Cardona.

Lucrecia había elegido para esa ocasión «La Cabrera Parrilla Palermo». Donato había tenido tiempo de reservar una mesa, tarea no siempre fácil en dicho establecimiento cuando se hace así, como quien dice, en el último minuto.

—Bueno cuenta cómo te fue con tu hermano. Soy toda oídos.

Donato se puso serio, echó mano a la copa de vino y dio un breve sorbo.

—La pareja lleva un tren de vida por todo lo alto, comidas y cenas en los mejores restaurantes, un Porsche Carreras en el garaje, un velero fondeado en una cala particular; por cierto, hemos pasado unos días fantásticos en Ibiza, viviendo en él mejor que en un apartamento de lujo. Mi hermano ha heredado una fortuna inmensa de sus padres adoptivos. Y ella parece ser que era rica de cuna. El lado malo, porque lo hay, es que se hacen el uno al otro la vida imposible. Se quieren, de eso no hay duda, pero se amargan la existencia mutuamente.

—¿Cuál es el motivo de la discordia?

—Yo creo que hasta de ser rico se aburre uno. Ella aprovecha cualquier ocasión para darle celos y él solo la para cuando ya el agua va por encima de las mesas. No sé si me explico. Con lo cual, la situación que se produce es explosiva. Ello hace que, puntualmente, puedan beber ambos en exceso.

—¡Vaya, qué lástima!

—Sí. Es una lástima.

Donato volvió a tentar la copa.

—Y vienen el mes próximo. Aquí, a Buenos Aires.

XI

Con la guitarra en la mano, ni las moscas se me arriman. Los papeles que el viento de todas las aceras arrastra, han proclamado la mentira. Los pasquines de la satrapía propagan el bulo y la calumnia, en todas las esquinas. Pero el Ángel de la Muerte vive y ha de transmitir al mundo el espeluznante mensaje del terror, el espanto químicamente puro, el horror absoluto que eriza el vello de quien quiera que se asome a él. Naidés me pone el pie encima y cuando el pecho se entona, hago gemir a la prima y llorar a la bordona. Un mensaje, como toda obra de arte, debe tener coherencia, estructura, continuidad de sentido. Venga pues una nueva valquiria. Una valquiria más. Una detrás de otra mientras exista el tiempo que mueve los relojes. Yo soy toro en mi rodeo y torazo en rodeo ajeno, siempre me tuve por güeno y si me quieren probar, salgan otros a cantar y veremos quién es menos.

El concierto no ha acabado y la música no ha de faltar, ni de noche ni de día. No me hago al lao de la güeya, aunque vengan degollando. Ya se ha convertido Babilonia en habitación de demonios, en guarida de todo espíritu impuro. Bajo el sol de mediodía, tus ojos están ciegos y tus oídos no perciben la llamada, el estrépito de la legión de ángeles, que viene sonando trompetas para anunciar la caída de la gran Babilonia. Los mercaderes de la tierra se enriquecen con el poder de tu sensualidad y tus casquerías, colmados y boliches no cierran jamás sus puertas. Los escaparates refulgen como ascuas y los ojos de los policías ya no brillan buscando al asesino de Retiro, que pasa por su lado y no lo sienten. Sus ojos están llenos de arena o de polvo de vidrio, por eso no ven cómo ondea el manto de su abrigo cual bandera de desafío. El rumor permanente de la gran urbe les impide oír el grito que resuena en su cabeza. «Yo soy toro en mi rodeo y torazo en rodeo ajeno. Con la guitarra en la mano, ni las moscas se me arriman».

Tan solo un puñado de soldados del Dolor, del ejército de la Muerte, logra cauterizar el deseo impuro, lo domeña, lo encauza hacia un fin superior, que será su Obra. Su Gran Obra, única e intransferible, contra el Mundo, contra el Mal, para rasgar sus telas y ver si más allá brilla la aurora de un día nuevo.

Con la guitarra en la mano

*ni las moscas se me arriman;
naides me pone el pie encima,
y cuando el pecho se entona,
hago gemir a la prima
y llorar a la bordona.
Yo soy toro en mi rodeo
y torazo en rodeo ajeno;
siempre me tuve por güeno
y si me quieren probar
salgan otros a cantar
y veremos quién es menos.
No me hago al lao de la güeya
aunque vengan degollando;
con los blandos yo soy blando
y soy duro con los duros,
y ninguno en un apuro
me ha visto andar tutubiando.*

Sátrapas, ministros, arcontes, tenderos y corretones, vais a saber de una vez por todas quién es Martín Fierro y con qué clase de leña se calienta. Si hace falta presentar pruebas, en el bolsillo llevo una buena muestra y no es precisamente un botón. Así que, ¡ojo al Cristo, que es de plata!

XII

Me encontraba precisamente en el café Tortoni, ante un café con leche y un pastel ópera, ya con la cucharilla en ristre, cuando sonó el móvil. La pantalla declaraba que el autor de la llamada era el inspector Esteban Mendoza.

—Muchacho. Véngase de prisa a la Avenida Santa Fe, cincuenta y cuatro. El tarado de Retiro ha actuado de nuevo.

Cortó la comunicación de inmediato.

Cogí un taxi y en pocos minutos me apeé donde se me requería. Se trataba de una vieja mansión, siglo XIX, de fachada gris y maciza. Dos policías que no conocía se hallaban guardando la entrada del portal. Les mostré mi placa.

Penetré en un zaguán oscuro. La puerta de entrada permanecía entreabierta. Tampoco dentro había mucha luz. Entré y ante mí arrancaba un pasillo, al fondo del cual divisé al inspector dando órdenes a unos y otros. Apenas había recorrido la mitad de su longitud, irrumpió en él el equipo científico. Me hice a un lado para dejarles pasar con todo su material.

El inspector alzó los ojos y me vio llegar.

—Si me hubiera hecho caso esa cáfila de mampolones, a lo mejor esto no hubiera ocurrido.

—¿Todo igual que siempre? —inquirí.

—Esta vez hay una novedad.

Pero Mendoza vio por encima de mi hombro que el comisario Álvaro Cifuentes avanzaba ya por el pasillo, acompañado de otros dos tipos muy trajeados. No merecía la pena servir la novedad dos veces, así que aguardó.

El comisario formuló a su vez la pregunta que interesaba a todo Dios.

—El «modus operandi», ¿es de verdad el mismo?

—El equipo científico acaba de llegar hace tan solo unos segundos. Pero me temo que no haga falta interrogar durante mucho tiempo la escena del crimen para averiguar que nos encontramos ante la décima víctima del asesino de Retiro.

Don Álvaro Cifuentes hizo una mueca de contrariedad.

—¿Qué le hace pensar tal cosa?

Mendoza giró sobre sus talones y dio unos pasos hasta el umbral de la habitación donde se hallaba el cadáver.

Todos le imitamos. El espectáculo que se nos ofreció era, como siempre, atroz. Hasta el punto de que el mismo comisario Cifuentes cerró fuertemente los ojos durante un buen momento.

Pasada la primera impresión, el inspector prosiguió.

—Observe el frasco que se encuentra junto al cadáver.

—¿Qué es?

—Pondría la mano en el fuego —repuso Mendoza— y afirmarí­a que se trata del despojo, auténtico, de una de las nueve víctimas anteriores.

—¿Quiere decir que el asesino de Retiro ha actuado esta vez con el único propósito de desmentir las declaraciones de Cardona?

—Nunca se sabe cuándo va a parar de actuar un asesino en serie. Sin embargo, en este caso, es indudable que lo ha hecho para transmitirnos este mensaje: soy yo mismo y poblado de mis voces más profundas.

—La madre que lo parió a ese chingado de mierda, hijo de la gran puta.

XIII

Un fuerte portazo arrancó a Donato de su concentrada lectura. Esperó a oír el taconeo de Lucrecia al avanzar por el pasillo, pero ello no se produjo. Puso la señal en el libro y fue a ver qué pasaba. Esta vez encendió la luz y la entrevió al fondo, tras la recogida cortina del recibidor, con la espalda pegada al tablero de la puerta.

—¿Qué sucede?

No hubo respuesta.

Cuando llegó a su altura, ella le tendió un periódico. En la primera página, unos titulares extremados proclamaban lo siguiente: «El asesino de Retiro ha actuado de nuevo».

Donato la cogió del brazo y le propuso ganar el sillón del salón. Ella echó a andar como si estuviera convaleciente. La cara presentaba una palidez de alabastro.

Una vez sentada, cerró los ojos y de ellos salieron dos regueros de lágrimas.

—Bueno, bueno. Cálmate. Tampoco hay para tanto. Volvemos a la situación inicial, no más. Y quedamos en que no había prueba ninguna, ni mucho menos, de que fuera él.

—¡Es él, no me cabe la menor duda! Había estado ocupado. Y ahora que se ve libre, ha vuelto a las andadas.

—¿Cómo sabes que había estado ocupado?

—Pues... No se le oía. Durante el tiempo que has estado fuera no se le ha oído para nada. Estaría de maniobras, como tú dijiste... Pero esta mañana ha hecho ruido.

Donato la apuntó con el dedo índice.

—Lucrecia. ¿Te das cuenta de que eso no significa nada?

Pero Lucrecia no quería decirle lo que sabía. Que tenía una habitación cerrada, donde guardaba los cuchillos, afiladísimos, y los horribles despojos de sus víctimas. Todo ello estaba ahí, encima de sus cabezas.

Ante el silencio de ella, Donato se puso a leer lo que venía en el periódico.

El asesino ha firmado su acto espeluznante y con ello ha querido reivindicar los anteriores homicidios. No pudo soportar la idea de que, cuanto considera sin duda una serie de obras maestras del crimen, haya sido atribuida a otro. Ha vuelto para reclamar la singularidad de su genio. En efecto, los despojos de una de sus víctimas precedentes, todas ellas horriblemente mutiladas, han sido encontrados, dentro de un frasco de formol, junto al cadáver de su última presa, Marta Mogarini, en su domicilio de Santa Fe, número 54. Etc.

—¡Es preciso prevenir a la policía! —insistió ella.

—Mira, vamos a hacer como en lo peor de tu crisis. Primero vas a cenar, porque tu cuerpo necesita gasolina. Cuando te serenes un poco, digo. Seguidamente te tomarás unos calmantes y te dormirás enseguida. Pero en esta ocasión me quedaré yo contigo. Telefonaré a Matilde y le diré que estás enferma y necesitas mis cuidados. Mañana seguramente verás las cosas de otra manera.

Lucrecia asintió. Si Donato se quedaba, de momento se sentiría segura. Ello le permitiría consultar con la almohada, durante ese esbozo de serenidad, forzosamente transitorio, lo que debía hacer al respecto. Ahora sí que le iba a resultar imposible dormir, a tan solo unos metros de distancia, en vertical, de quien era, sin que le cupiera la menor duda, el más truculento y espantoso de los asesinos de que tenía noticia, el de la estación de trenes Retiro. Y solo de pensar en la pesadilla de la fosca escalera, le daban unos latigazos de escalofríos que estremecían todo su cuerpo.

—Te voy a preparar la cena.

Con las mismas, abandonó el salón. Ella hubiera querido seguirle, pues sentía horror de la soledad, aunque fuera tan solo relativa. Pero se encontró demasiado débil, así que cerró los ojos y esperó.

De repente, algo chocó con el suelo en el piso de arriba, estallando y fragmentándose en mil pedazos. Hizo tanto estrépito que hasta Damián regresó, alarmado, de la cocina. Ambos se quedaron mirando a los ojos.

—¡Dios mío! —dijo ella—. Era... cristal.

XIV

Las pruebas ADN, realizadas con urgencia, revelaron que los despojos encontrados junto al cadáver de Marta Mogarini pertenecían a la primera víctima de la serie, Silvia Calatrava. Esta vez las autoridades decidieron poner toda la carne en el asador. Como en las guerras y en las grandes catástrofes naturales, súbitamente se encontraron medios ingentes, desproporcionados incluso, y los pusieron a las órdenes de Mendoza.

—¡Días de mucho, vísperas de ná! —rezongaba este.

Pero se puso a organizar todo ello con una energía renovada y una actividad frenética. Durante aquellos días, el detective solitario, o a lo sumo el jefe de una pequeña manada, elevó su figura al rango de Capitán General de los Ejércitos.

Por cuanto a mí se refiere, también me puse al frente de una escuadra de escribanos, con la que engrosar un expediente que se abultaba a marchas forzadas. Se acabaron, por mucho tiempo, los churros con chocolate en el Tortoni.

En la estación Retiro deambulaban más policías que viajeros. Y el barrio entero quedó barrido por las cámaras disimuladas, de modo que no había un solo metro cuadrado en todo él que no estuviera constantemente observado por una de ellas.

Mendoza comenzó también a mover otros hilos. Como por ejemplo elaborar un censo de cuantos no profesionales de la medicina, o de otra actividad que lo requiera, pero también de estos, hubieran comprado formol desde unos meses antes de dar comienzo los asesinatos. Lo mismo con respecto a quienes adquirieron cuchillos o cualquier otro instrumento cortante que se ajustara a las características descritas por el equipo científico. Los laboratorios, por su parte, se lanzaron a la compulsa, con todos los bancos de datos, de las débiles muestras de ADN recolectadas, ya como plausiblemente atribuibles al asesino, ya como más improbablemente relacionadas con él, como por ejemplo las encontradas en una habitación de hotel. Todo era catalogado y archivado. Hombres y computadoras trabajaron, día y noche, en una labor incierta y a largo plazo. Pero las cosas en este oficio, las más de las veces, se hacen así.

El tiempo, por su parte, se aplicó a su única tarea, que es pasar y hacernos pasar. Los resultados, en cambio, se hacían esperar. Las autoridades se impacientaron una vez más, pero Mendoza no cedió.

Los datos eran ingentes y hasta las máquinas no daban pie con bola.

A todo esto, el asesino se empecinaba en no dar señales de vida.

—Otra vez —comentó Mendoza, ante el estrecho círculo de los íntimos, los que habíamos estrenado con él el caso— nos hallamos ante la necesidad de considerar la posibilidad de que, una vez desautorizado a Cardona, nuestro hombre haya decidido detener su carrera. Eso no quiere decir que vayamos a cesar en su búsqueda, sino que nos vemos confrontados a tomar la decisión de desplazar los efectivos de una actividad a otra, o de no hacerlo. Ambas determinaciones tienen sus riesgos.

Evidentemente nadie se atrevió a meter baza en tan ardua cuestión. Así que Mendoza agachó la cabeza y volvió a su despacho.

La frustración era grande en todos nosotros y lo mismo se nos metía un día un torbellino de energía en el cuerpo, empujándonos a querer cambiar los muebles a todo el universo, como al siguiente nos quedábamos abatidos en cualquier banqueta, rotos y sin fuerza para pulsar una sola tecla del ordenador. Pero allí estábamos, poblando casi día y noche el cuartel general, en espera de que saltaran las alarmas, preferentemente para salir de estampida, con las sirenas en marcha, en pos de un sospechoso. O al menos de salir discretamente tras una pista, aunque fuera débil. Algo a qué hincar el diente.

Por tarde que llegara, mi padre me aguardaba en el salón, para después hacer mala sangre preocupándose por mi salud, pero sin atreverse a recomendarme que mandara todo a freír espárragos y pusiera un término al deterioro, tanto físico como mental, que se había hecho patente en mí.

El caso es que, en sueños, lo veía. Siempre de espaldas, agitando el manto de su abrigo negro, al caminar por la ciudad con paso decidido, firme. Algo en mi interior me decía que era él. Los detalles que se me ofrecían desde esa posición los distinguía con una nitidez absoluta. Hasta el punto de que, si acaso lo viera así, durante la vigilia, sacaría el arma reglamentaria y lo detendría y a Roma por todo. Pero en el sueño avanzaba a grandes zancadas hacia él, lo agarraba del brazo, lo obligaba a volverse y, cuando estaba a punto de ver su rostro, me despertaba.

XV

Una noche, después de que Donato se hubiera ido, llamaron a la puerta. A Lucrecia el corazón se le desbocó como caballo saltero. Era él. ¿Quién podía ser si no?

Descalza, fue hasta la puerta para aplicar el ojo por la mirilla. Allí estaba Mario Aventino con el rostro descompuesto y una mirada aviesa, terrible, de loco furioso. Traía el pelo, negrísimo, revuelto y mojado.

—Abre. Sé que estás ahí.

Lucrecia dudó si le convenía contestar, o si su única respuesta debía ser un silencio blindado. Notó, sin embargo, que Mario parecía fuera de sí, desquiciado, en un estado que podría llevarle a provocar un escándalo. Debía hablarle, tranquilizarle, pero bajo ningún concepto abrirle.

—No puedo —dijo al fin, en un susurro.

—¿Por qué? No te voy a hacer nada. Excepto el amor... Antes te gustaba...

—Nunca te oculté las cosas. Te dije que, a la vuelta de Donato, esto se tenía que acabar.

—No puedo más. No lo podré soportar. Jamás creí que pudiera darme así.

—Tienes que sobreponerte, no más. Piensa que lo hemos pasado bien, los dos, pero que tenía que acabar.

—Lo que a ti te pasa es que vuelves a creer que soy yo el asesino de Retiro.

—No.

—Sí que lo crees.

—No lo creo.

—Pues abre.

—No puedo. Es superior a mí. Por favor, vete. Evítame, por lo que más quieras. Estoy aterrorizada. Me voy a volver loca si no me dejas en paz.

—Yo ya me he vuelto loco. ¡Por los clavos de Cristo, abre!

—No.

Se produjo un largo silencio de varios minutos. La luz de la escalera se apagó. Lucrecia no veía nada, así que dejó de mirar, pero apoyó su frente

sobre el tablero de la puerta. Instintivamente comprobó que los cerrojos estaban bien puestos.

—¿Estás ahí? —preguntó al cabo Mario.

—Sí.

—Abre. Te doy mi palabra de que será la última vez.

—Oye.

—¿Qué?

—Si eres tú... El que hace eso a esas chicas... Dime que no lo harás más. Que de ahora en adelante procurarás dominarte.

Hubo un silencio terrible, negro.

—Pues entonces abre. Si me desahogo contigo, no lo haré más.

Lucrecia rompió a llorar, en sordina, para que él no lo notase.

—¿Me abres?

—No.

—Piensa que podrías salvar a las que caerán después.

—¡No!

Ambos cayeron de nuevo en un prolongado mutismo. Él no volvió a encender la luz de la escalera. Sin embargo, Lucrecia no podía arrancarse de la puerta. Estaba paralizada, por el terror y por una incertidumbre atroz. Si no lograba convencerle de que volviera a su apartamento, acabaría por saltar el escándalo, de un modo u otro. Le parecía un milagro que ello no hubiera ocurrido ya, en el estado en que se encontraba Aventino. Había perdido la noción del tiempo. ¿Se hallaría todavía ahí, apoyando, como ella, la frente sobre la puerta? ¿O se habría ido al fin? La tenacidad del carácter y esa especie de borrachera que llevaba en el cuerpo hacían que un desistimiento fuera improbable. Mediante un intenso esfuerzo de la voluntad, trató de separarse de la puerta; pero fue inútil, una inercia formidable la mantenía pegada a ella. Al final la pregunta salió de sus tripas.

—¿Estás ahí?

—Estoy aquí.

La voy había sonado a sus espaldas.

Se volvió como un relámpago. Como si ella misma hubiera recibido una descarga eléctrica que la hubiera hecho saltar. Allí estaba, al fondo del pasillo, su figura de cíclope brutalmente recortada contra la luz del salón. Sus manos crispadas buscaron vanamente los cerrojos. Antes de que los encontraran, con cuatro zancadas se le había echado encima. Quiso gritar, pero hasta la garganta la tenía paralizada. Sintió que él le hundía la mano en la entrepierna

y fue como si le apretaran el botón de cierre a un televisor. Perdió el conocimiento.

Cuando abrió los ojos, se halló tendida en su cama, desnuda. Sola.

Se palpó el abdomen y sintió una humedad viscosa. La había violado.

¿Estaría todavía allí? Saltó de la cama como de una parrilla al rojo vivo. Salió al pasillo. Encendió la luz y, sin pensarlo, voló hacia la puerta. Estaba abierta. La cerró de nuevo y corrió los dos cerrojos. ¿Se habría encerrado otra vez con él dentro? No era probable. Si la puerta estaba abierta, era porque se había ido.

Inspeccionó la casa. Al entrar en la cocina, comprendió cómo se había introducido en el apartamento. La ventana estaba abierta. Al cristal le habían cortado una roncha con un diamante o un utensilio similar. Los militares están entrenados al rappel y disponen del material adecuado; la galería es un lugar discreto para ello, pues nadie suele asomarse y menos por la noche.

Las horas siguientes, hasta el amanecer, las pasó sentada en la cama, cubierta con una frazada, abrazada a sus rodillas y sin pegar ojo.

Cuando la ciudad comenzó a desperezarse, se levantó, fue a la cocina, agarró un almirez y acabó de romper el cristal. Eso evitaría preguntas, no quería suscitar un escándalo. Siempre que se tira de la manta, acaban por salir cosas que uno quiere ocultar. Llamaría a un cristalero y, una vez reparada la ventana, mandaría a un albañil que le pusiera barrotes en todas las ventanas que daban a la galería. Pero ello no podía continuar así. No podía seguir viviendo en esa casa. Tendría que aceptar la proposición de Donato. Era la única solución.

XVI

Tal como habían prometido, Luis Ernesto y Elena llegaron a Buenos Aires. Cuando Matilde se los vio a los dos nietos, tan iguales y tan diferentes, ante sí, le dio una congoja y se puso a llorar. Se había pasado una parte de su vida luchando, también por él. Porque se hiciera la verdad, para que saliera a la luz lo bueno y lo malo de la historia de Argentina y la suya propia, la de su familia, la de su carne que unos matarifes, autoproclamados salvadores de la patria, trocearon sin piedad y dispersaron los despojos. No tenían derecho, en nombre de nada, ni de la patria, ni de la libertad, ni de la reserva espiritual de occidente, ni del Dios que lo fundó. Y menos aún por lo que lo hicieron, por sus sucios bolsillos, por sus sucios negocios, por su alma negra, enfadada y agria de militares chusqueros. También los desaparecidos tenían almas inmortales, llenas de amor, de ilusión y de vida, hasta que ellos las segaron como si fuera un campo de trigo y sirviera para comer. Empero, logró dominarse y abrazó a Luis Ernesto.

Luego sacó los consabidos álbumes de fotos y habló una tarde entera de sus hijos, de cómo eran y de cómo se los arrancaron en el día en que efectuaban su segunda visita al ginecólogo, del furor de vivir que los había arrebatado desde el momento en que se conocieron y se pusieron a unir sus esfuerzos en el ejercicio de una profesión común. Parecía que tenían un aura que los englobaba a los dos. La gente, en las calles, se volvía para mirarlos, porque eran distintos, como dos ángeles que, por amor, hubieran renunciado al cielo.

A la caída de la noche, las dos parejas decidieron ir a cenar fuera. Eligieron para esa ocasión el «Don Julio», porque los visitantes venían con ganas de probar la famosa parrillada argentina. Donato aconsejó acompañarla con un malbec reserva.

Lucrecia, con lo que sabía y lo que vio, detestó enseguida a Elena, pero se encontraba tan falta de fuerzas que era incapaz de demostrar cualquier emoción o sentimiento. En la conversación se sentía como un piano con las cuerdas rotas, así que la mayor parte del tiempo daba la impresión de estar como ida. En un momento en que había ido al aseo, Elena comentó:

—Oye. Tu novia está hecha polvo. ¿Es eso normal?

—De un tiempo a esta parte sí. Debe ser el trabajo.

—Pues ándate con ojo, que el acoso laboral está de moda. Una mujer así siempre es muy codiciada.

—Descuida, lo haré.

—Si se viene a Moraira, en tres días se pone como un jabato —intervino Luis Ernesto.

—A lo mejor sí vamos. En pareja.

—Ya sabéis que allí tenéis vuestra casa.

—Es muy amable de vuestra parte.

Durante la segunda parte de la noche, forzosamente tenía que adquirir protagonismo el tango. Así que fueron a «El viejo almacén», donde Elena cumplió su antiguo sueño de bailar el tango con auténticos expertos. Y cuando se sintió con las tablas suficientes, lo hizo con Donato, tal y como, en cierta ocasión, se lo había anunciado.

Finalmente, a altas horas de la madrugada, se fueron todos a dormir al apartamento en que Donato vivía con su abuela, que ocupaba todo un piso de una rancia mansión colonial.

La mañana siguiente, como era de esperar, se levantaron a las nueve pasadas. Matilde los esperaba con la mesa del salón puesta, vestida con el mantel de las ocasiones y un soberbio desayuno sobre ella. Despachado este, se fueron a correr el barrio de Palermo, por ver si Luis Ernesto recordaba algo de los parajes de su infancia.

—Si has vivido en Palermo, de chico, seguro que has visitado el Jardín Japonés.

Fueron allá y, en efecto, Luis Ernesto recordaba vagamente aquello. Pasearon largo rato al sol, junto a los estanques y a través de las arboledas.

—Sí, he pasado muchas mañanas soleadas de invierno jugando por aquí.

Luego, en la plaza Intendente Seeber, ante el Monumento de los Españoles, exclamó:

—Claro, esto yo ya lo había visto.

Pero no logró traer a la memoria la dirección exacta de la casa en que vivía, ni siquiera la calle. Tan solo recordaba que se trataba de una mansión inmensa, rodeada de un jardín frondoso. Y toda la avenida estaba plantada de plátanos de sombra que, durante el otoño, formaban una espesa y mullida alfombra marrón, que era todos los días barrida y al día siguiente se había vuelto a formar. Por supuesto que su infancia había sido entrañable y, más que nada, serena. Pero, de repente, sus padres vendieron todo y se fueron a vivir a miles de kilómetros de allí, en otro continente.

—Hicieron borrón y cuenta nueva de su vida. Y yo con ellos. Cursé algún año de escuela aquí. Y de la escuela de aquí pasé, de golpe y porrazo, a una escuela de Madrid.

—Venga, vamos a comer, que ya es hora —proclamó Donato—. El paseo por el Jardín Japonés me ha abierto el apetito. Esta vez iremos a «Los santos manjares». ¿No queríais parrillada? Pues la vais a aborrecer.

Así, durante los días siguientes, Donato fue cumpliendo su misión de anfitrión y cicerone.

Una mañana, dijo Luis Ernesto:

—Hermenegildo, el de «La olivera», me ha encargado que vaya a presentar mis respetos y sus recuerdos a un primo suyo, que también tiene un café y restaurante aquí en Buenos Aires. Se llama igualmente «La olivera». Está enfrente de la estación de trenes Retiro, me dijo.

—Sí. Lo conozco —declaró Lucrecia—. Paso todos los días por delante.

—¡Pues a qué esperamos, vamos a visitar al primo de Hermenegildo, el de «La olivera»! —anunció, jovial, Donato.

Tras la barra estaba, en efecto, poniéndola como los chorros del oro, el retaco Roberto.

—Hola, Roberto —le espetó a bocajarro Luis Ernesto—. Vengo de parte de Hermenegildo.

—¿Mi primo Hermenegildo?

—El mismo que viste y calza. El de «La olivera». En Moraira.

—¡Dios santo, Hermenegildo! ¿Y cómo está?

—¡Tan pancho, como siempre! ¿Habrá estado mal, alguna vez, Hermenegildo? Si es el hombre que mejor come y mejor bebe de Moraira. Que es como decir del mundo y de parte del extranjero. Te voy a enseñar unas fotos que me ha encargado que te enseñe. Ah y un mensaje grabado. Empecemos por él.

Luis Ernesto sacó su móvil y comenzó a escarbar en él con su dedo índice. Al final sacó una imagen del orondo Hermenegildo, detrás de su barra de Moraira, con un triangulito delante de la barriga y con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Listo? Venga, vamos allá.

—Ché, Roberto! Qué fas? Cóm va la vida per la Argentina? Ací estem tots de puta mare. Mira, mira, cóm està «La olivera». Ensénya-li el restaurant, qu'el veja. De gom a gom, com sempre. Perquè fem la millor paella de peix de tota la cantornà. A vore quin dia vens, que des que vas dir que vindries se m'ha fet el sopar agre, tú, cara de collóns.

—¡Este Hermenegildo! ¡Es la leche! —rio abundantemente Luis Ernesto.

—Collóns de Deu! El Hermenegildo del pardal! ¡Graba!

Luis Ernesto volvió a pasar el dedo índice por la pantalla y lo plantó de nuevo en medio de ella. Enseguida encaró el móvil hacia Roberto.

—Ché, Hermenegildo! Quí t'ha vist i qui et veu, mateta de fenoll? ¡I redeu, i quina panxa se t'ha fet! Per què no vens tú aci, barsagues? Que la mateixa distancia hi ha d'ací cap allà, que d'allà cap aquí. Ara està el low cost. O no saps l'anglés? «La olivera» d'ací també marxa be. Cada cinq minuts, vagonà de gent. I enseguida tots fora, perque només prenen un café. També fem dinars i sopars. I aleshores no cap ni una agulla. En casa tots a partir un pinyó i amb molta salut, que val més qu'els diners. A vore si un dia d'estos et veig apareixer per aquí, tú, carcamal.

—Cojonudo. Cojonudo. Cuando lo vea se va a tronchar de risa —celebró Luis Ernesto.

Con este tenor, pasaron el resto de la tarde. Y luego, quieras que no, se tuvieron que quedar a cenar.

—¡Paga la casa!

Entre plato y plato, todavía acertó a decirles Roberto:

—Abrid bien los ojos. A ver si adivináis quién es el asesino de la estación de Retiro. Siempre actúa en este barrio. La policía federal va loca tras él y no hay manera, se les escapa como una anguila. Pues os harían un traje a cada uno y os nombrarían hijos predilectos de la ciudad Autónoma de Buenos Aires. Se trata de un tipo que se dedica a matar mujeres. Han de ser todas rubias; si no, no valen. Así que ojo al parche. Luego las corta a rebanadas, por lo menudo. Un individuo así no puede pasar desapercibido. ¡Joder!

El joven matrimonio español quedó encantado de su viaje. En ningún momento se hicieron patentes sus diferencias. Desde el primer día, hasta que entraron por la puerta de embarque, de vuelta a su país, dieron la impresión de una pareja feliz y bien avenida, encantada de estar junta y gozosa de disfrutar, a dos manos, de su dilatada fortuna.

Cuando se fueron, dijo Matilde:

—Ahora ya me puedo morir tranquila.

—¿Qué dices, abuela? Estás chocheando. Y todavía eres muy joven para ello.

Pero Matilde no chocheaba. De algún modo intuyó la verdad. Un par de meses más tarde cogió sus escasos bártulos y se fue al otro barrio. Donato estuvo a punto de pegarse un tiro.

Luis Ernesto y Elena tuvieron que volver brevemente para las exequias.

XVII

Bajo la luna roja, la entera trailla de policías de la Gran Babilonia anda al acecho, corriendo en tropel de acá para allá por si ventean al asesino de Retiro, pues conocen que cuida y afecciona el símbolo. Intuyen que no sabrá abstenerse ante un signo grandioso, fuerte, del cielo. Luna roja, luna de sangre, que desatas una espiral de energía cósmica y envuelves al mundo y cambias el destino de los hombres, yo verteré esta noche el humor bermejo que tanto agrada al numen, para sellar una alianza nueva, para abrir un camino glorioso a mi deseo, en el momento preciso en que el rey y la reina del firmamento entren en el tálamo nupcial. La jauría anda inquieta, nerviosa, jadeante, pero no pueden clavarle los colmillos mientras no se desvele, mientras no alce la mano para golpear. Pero él golpea sin alzar la mano. Luna roja, luna de sangre, que te deslizas majestuosa entre los rascacielos de Buenos Aires, seme favorable en esta jornada única, decisiva, definitiva. Muéstrate clemente para con tu siervo que hará libaciones en tu honor y te procurará un nuevo holocausto, degollará el cordero y verterá el líquido escarlata que resucita las almas de los muertos y hace danzar a los dioses.

Los escaparates refulgen como ascuas y los ojos de los policías brillan por todas partes buscando al asesino de Retiro, que pasa por su lado y no lo sienten. Sus ojos están llenos de arena o de polvo de vidrio, por eso no ven cómo ondea el manteo de su abrigo cual bandera de desafío. El rumor permanente de la gran urbe les impide oír el grito que resuena en su cabeza. «Allá no hay misericordia, ni esperanza que tener». Se ha convertido Babilonia la Grande en habitación de demonios, en guarida de todo espíritu impuro. Enciende todas tus luces, hasta relumbrar más que un crisol dentro de una hoguera, pues tus ojos están ciegos y tus oídos no perciben la llamada, el estrépito de la legión de ángeles que viene sonando trompetas para anunciar la caída de la gran Babilonia. Los mercaderes de la tierra se enriquecen con el poder de tu sensualidad y tus casquerías, colmados y boliches no cierran jamás sus puertas. Pero el Ángel de la Muerte vive y ha de transmitir al mundo el espeluznante mensaje del terror, el espanto químicamente puro, el horror absoluto que eriza el vello de quien quiera que se asome a él. «El indio es de parecer que siempre matar se debe, pues la sangre que no bebe le gusta

verla correr». Escrito está, el diablo es el príncipe de este mundo. Tras él, las más altas jerarquías son sus apóstoles. Y quienes dominan el orbe son sus ministros, sátrapas, arcontes, tenderos y corretones. Sus héroes, los grandes corruptores de masas. Sus sacerdotes, los que practican la magia negra.

*Mas ande otro criollo pasa
Martín Fierro ha de pasar;
nada lo hace recular
ni las fantasmas lo espantan,
y dende que todos cantan
yo también quiero cantar.*

XVIII

Tras la muerte de Matilde, Lucrecia vendió su apartamento y se instaló en el de su prometido. No por ello se sosegó enteramente. Cada vez que bajaba del tren en la estación Retiro, creía que Aventino la seguía de lejos. Es más, estaba convencida de que ya conocía su nueva dirección.

Cuando los periódicos anunciaron el oncenso asesinato, los remordimientos se la comían viva, pero aun así no encontró la fuerza necesaria para presentarse en una comisaría y denunciarlo.

Por aquel entonces, Donato recibió, casi simultáneamente, dos cartas de España. La primera de ellas había sido expedida por un notario de Madrid y le comunicaba una citación con objeto de leerle sus derechos, adquiridos como pariente más cercano, a los bienes y fortuna de su hermano, el cual había fallecido, junto a su esposa, sin dejar, ninguno de los dos, herederos directos. La segunda era de la policía española, la cual, aprovechando su futura presencia en el país, deseaba interrogarle en calidad de testigo.

De la primera gestión en la capital de la Madre Patria, Donato sacó en claro que el Estado se iba a quedar con una tajada más que consecuente; pero que, aun así, le había correspondido una fortuna colosal. Además de las casas que el matrimonio poseía en Madrid, en la sierra y la espléndida de Moraira, con todo lo que contenían.

Para cumplir con la segunda, telefoneó al inspector Néstor Páramo, quien aceptó entrevistarle en el hotel donde estaba alojado.

La cita quedó acordada de inmediato, para la mañana siguiente.

Una llamada de recepción le avisó que el inspector Néstor Páramo había llegado.

—Hágalo subir.

Entreabrió la puerta del pequeño apartamento que ocupaba.

Néstor Páramo era un hombre joven, apenas rayaría la treintena, pero su pelo, muy corto, estaba totalmente cano. Y vestía sin ceremonia alguna, un jersey ocre y unos vaqueros.

Damián lo hizo pasar a un coqueto salón y le rogó que se sentara en un imponente sillón de cuero que se hallaba junto a un inmenso ventanal. Donato

hizo lo propio en su gemelo. Tras los saludos protocolarios, Páramo abordó directamente la cuestión.

—¿Conoce los detalles de la muerte de su hermano?

—Sé que fue un suicidio. Un doble suicidio al parecer.

—Y en circunstancias bastante particulares. Su hermano murió por ingestión de una dosis letal de ricino.

—No sabía que el aceite de ricino fuera tóxico hasta ese punto.

—No he dicho aceite de ricino, sino ricino puro, obtenido por destilación de la planta cuyo nombre científico es «*Ricinus communis*», un gramo del cual es suficiente para matar a 36 000 personas, la población de una pequeña ciudad.

—¡Joder!

—Su esposa sucumbió a una dosis de cianuro de potasio disuelta en una bebida alcohólica. Este tóxico impide a la sangre absorber el oxígeno, por lo que la muerte causada se la denomina «asfixia interna».

—Esto huele más bien a asesinato que a suicidio.

—¡Fue un asesinato! En efecto, si la pareja hubiera decidido suicidarse, habría bastado con un solo veneno. Sin embargo, se tomaron la molestia de emplear dos venenos distintos. Y ambos raros, difíciles de obtener.

El inspector Páramo marcó una pausa, con objeto de dar a su interlocutor el tiempo necesario para establecer sus propias conclusiones.

—¿Se sospecha de alguien?

—Sí. De ellos mismos. Probablemente se asesinaron el uno al otro. No se ha verificado la presencia de nadie más en la casa.

—Lo que no acabo de entender es...

—Lo que usted no entiende, no lo entendemos nadie. A saber, ¿cómo fue que ambos decidieran hacerlo el mismo día, durante la misma comida?

—Justamente. Ello nos obligaría a admitir que se trató de una casualidad casi inconcebible. Circunstancia que nos lleva, casi por fuerza, por lógica al menos, a presumir la intervención de un tercero.

El inspector Néstor Páramo pareció dudar sobre si convenía decir lo que estaba pensando. Al final se decidió.

—A mí solo se me ocurre una explicación. Pero debo confesar que no es muy ortodoxa y que no goza del plebiscito de mis colegas.

Ahora era Donato quien guardaba silencio, como invitándolo a proseguir de todos modos.

—Verá, el día de autos, o mejor la noche, había en el cielo lo que se llama una luna roja. ¿Sabe lo que es?

—Sí.

—Mucha gente, no toda ella morbosamente supersticiosa, piensa que, durante todo el tiempo que dura esa luna roja, la conjunción de los tres astros genera una energía inhabitual, la cual opera en la atmósfera, provocando actos insólitos, cambios dramáticos en la existencia de las personas. Algunos guardan las decisiones importantes para ese momento. Acompañándolas tal vez con rituales que favorezcan su encauzamiento en la dirección adecuada, positiva. Y digo yo, un matrimonio, a veces, comparte las mismas opiniones, las mismas aficiones, una cultura similar, leyendo los mismos libros, revistas, etc. ¿Y si les hubiera dado, a los dos, por cometer el acto irreparable bajo el poder y la influencia de esa luna roja?

Donato se mordió el labio inferior.

—No se puede excluir —dijo.

Néstor Páramo asintió. Luego enlazó las manos y se inclinó hacia delante.

—Nos consta que usted estuvo en España, el pasado mes de julio. Pasando con ellos dos semanas enteras. Viviendo en su propia casa. Para conocerlos, porque, según tengo entendido, hasta hacía muy poco, ninguno de los dos tenía ni la menor idea de la existencia del otro.

—Así es.

—Estoy al corriente de la historia. Y lo siento de veras por usted, ya que debe ser duro que, apenas se entera uno de que existe un hermano suyo, enseguida lo haya tenido que perder.

Como era una suerte de pésame, el inspector tuvo a bien subrayarlo con unos segundos de silencio. Luego prosiguió:

—Después fueron ellos a Buenos Aires, ¿no?

—Sí. Se quedaron una semana. Todavía vinieron una segunda vez. Para asistir al sepelio de nuestra abuela.

—Lo sé. Lo sé. Dígame. ¿Cómo definiría la relación entre los dos esposos?

—Tensas —admitió Donato—. Lo mismo se entusiasmaban en una actividad común y parecían disfrutar plenamente en ello como pareja, que media hora más tarde se estaban peleando.

—La mayoría de los testigos coinciden en eso. Y añaden que ella solía darle celos con mucha frecuencia. Y él, a veces, perdía la paciencia.

—Yo hubiera dicho lo mismo.

Ahora el inspector Páramo juntó las diez yemas que tenía en ambas manos y se puso a agitarlas, como si quisiera sacudirse de ellas unas imaginarias gotas de agua.

—Bien. Siento haberle molestado.

Y se puso en pie.

—No ha sido ninguna molestia.

Donato lo acompañó hasta la puerta y la cerró tras él.

XIX

Había llegado el verano. Donato y Lucrecia se habían trasladado de su residencia principal, en Madrid, a la nacarada mansión de Moraira, colgada de los acantilados como un nido de gaviotas. Él, en poco tiempo, consiguió sacarse el título de patrón de barco y utilizaban frecuentemente el velero en sus travesías a Ibiza. Lucrecia había logrado borrar, casi por completo, a Mario Aventino de su memoria. Por la mañana nadaban en la cala particular, a mediodía se iban a comer a Jávea y por la noche cenaban en «La olivera» de Hermenegildo.

La gente fingía no haber notado la sustitución de Luis Ernesto por Donato y trataban a este último con la misma familiaridad con que habían tratado siempre a aquel. Después de todo eran idénticos, lo que contribuyó a que la confusión se operara casi de inmediato y no se volviera a hablar más del asunto.

La única diferencia consistía en que la nueva pareja, pese a ser tan deslumbrante como la anterior, no daba lugar al menor escándalo, sino que disfrutaban, con una discreción ejemplar, de una felicidad conyugal que a todos les pareció sincera e inquebrantable.

Pero un buen día se presentaron ante la puerta de su domicilio dos coches patrulla de la guardia civil, acompañados de un vehículo banalizado. Los agentes llamaron al timbre y salió a abrirles Donato, quien únicamente reconoció al inspector Néstor Páramo.

—¿Podemos pasar? —inquirió este último.

—Por supuesto. Adelante.

Lucrecia, que estaba tendida en una hamaca, bajo la pérgola, se incorporó asustada, al ver tanto uniforme y tanto sujeto trajeado, en plena canícula.

Donato les sugirió que entraran en la casa y se acomodaran en el salón.

El inspector se dirigió a Lucrecia.

—Señorita. ¿Tendría la bondad de acompañarnos usted también?

—Por supuesto.

Una vez en el interior, los hombres uniformados se distribuyeron las diferentes salidas de la pieza y se pusieron a guardarlas.

—¿Qué significa todo esto? —interrogó Damián, con acento bronco.

Su mirada fosca, penetrante e intensa, tras barrer a los intrusos, se concentró en la persona del inspector Néstor Páramo.

Este, sin inmutarse, declaró:

—Hemos venido a arrestarle. Tiene derecho a guardar silencio, si lo desea, a no declarar contra sí mismo, a contactar a un abogado...

—¡Basta! ¿De qué se me acusa?

—La justicia española lo reclama por incitación al asesinato en las personas de Luis Ernesto y Elena Espenberger. Por homicidio efectivo ejecutado mediante el uso ilegítimo de la hipnosis, técnica que le permitió acceder al subconsciente de ambos y dejar allí impresa la orden de asesinarse mutuamente, en un momento preciso. Proporcionándoles, además, a cada uno su razón profunda de hacerlo, fruto de su conocimiento íntimo de ambos, así como de los respectivos venenos que empleó cada uno por separado. Se ha demostrado que los tóxicos provienen del laboratorio en que trabaja la señorita Lucrecia Setembri y consta en los archivos del mismo que ella misma elaboró dichas sustancias pocos días antes de que su hermano y su esposa llegaran por primera vez a Buenos Aires.

—¡Eso es un farol! —repuso Damián, colérico—. No hay modo de distinguir dichas sustancias, supuestamente elaboradas en un laboratorio de Buenos Aires, de otras similares fabricadas en un laboratorio de Quebec. Por ahí no prueba usted nada y lo del hipnotismo es una estupidez.

—La justicia argentina, por su parte, lo reclama por asesinato en serie, en total once homicidios practicados sobre mujeres, agravados por mutilación, asimilable a tortura.

Lucrecia lanzó un grito, enseguida ahogado por la mano con que se cubrió la boca. Luego se puso a llorar convulsivamente.

Néstor Páramo prosiguió:

—El inspector Esteban Mendoza, de la Policía Federal Argentina, le expondrá el tenor de las acusaciones y la naturaleza de las pruebas.

Mendoza afrontó con total ecuanimidad la mirada terrible de Donato.

—Durante la ejecución del oncenos asesinato y la atroz tarea de la mutilación del cuerpo todavía vivo, cometió un error grosero. Inconcebible en un individuo que, durante el curso de sus diez crímenes anteriores, había previsto hasta el más mínimo detalle, no permitiéndose ni un solo fallo, no dejando al equipo científico ni la menor huella que pudiera conducir a su identificación.

—¿Sabe en qué consistió ese error?

—¡El único error lo están cometiendo ustedes!

—Recordará que ese asesinato lo perpetró en una casa particular. Una vez tenía a su víctima hipnotizada y preparada en la cama para la acción de su bisturí, le entró hambre. Sí, la atroz fatiga de provocar la muerte le dio hambre. Así que fue al frigorífico y encontró un magnífico pedazo de queso Goya. No pudo resistir la tentación y mordió. ¿Acaso no sabe que al morder sobre un pedazo de queso de pasta dura deja en él impresa la huella exacta de su dentadura, con todo el historial de trabajos que su dentista personal ha ejecutado en ella, además de valiosas muestras de ADN, provenientes de su saliva? Es una tarea ardua consultar todos los archivos de todos los dentistas de Buenos Aires, pero sabíamos que era solo cuestión de tiempo. Ya teníamos a nuestro hombre. Luego encargamos a la policía española otra muestra de su ADN, que fue rápidamente recogida mediante el procedimiento habitual. Comprobamos que, además de figurar en la escena del crimen del oncenenario asesinato, también se hallaron débiles muestras en otros tres. Suficiente para incriminarle. Pero todavía nos quedaba un detalle que no alcanzábamos a comprender. ¿Cómo se entiende que, a pesar de las crueles mutilaciones que se les practicaron a las víctimas, a ninguna de ellas se la oyó gritar? Es más, todas morían con un rostro absolutamente sereno, como si la muerte les hubiera llegado en medio de un apacible sueño. Había que resolver ese misterio para poner el broche final al caso. Se revisaron sus cuentas bancarias, se examinaron todas las facturas que le concernían y se halló que solía efectuar compras de libros, algunos de ellos bastante caros, cuyos contenidos se centraban en temas recurrentes, como el esoterismo, la mística, la alquimia, el hipnotismo y hasta la magia. Había en esa lista suficientes tratados de hipnotismo como para certificar que era usted un auténtico experto en dicha técnica. Por cierto, no fueron crímenes sexuales, sino contra la humanidad. Al entrar en colaboración con la policía española, en vistas a su detención, surgió el detalle inquietante de que su nombre aparecía citado en la causa de los esposos Espenberger, como testigo de cargo y miembro de la familia. Intercambiamos información y el inspector Néstor Páramo no tardó en comprender la importancia del detalle del hipnotismo y del uso práctico que se podía hacer de él, particularmente en el caso que lo ocupaba. Sin embargo, el desencadenante de todo fue el pedazo de queso. ¿Cómo pudo cometer un error así?

—Tenía la intención de comérmelo entero. Después. Pero se me olvidó.

—Un olvido que le va a costar a usted la cadena perpetua.

El inspector Néstor Páramo les hizo una señal a los guardias para que se lo llevaran. Estos le pusieron las esposas y lo condujeron al coche patrulla.

Lucrecia ya no lloraba, pero se la veía lívida. Su cuerpo se hallaba rígido, como si estuviera hecho de cartón-piedra.

El inspector Mendoza se sentó frente a ella.

—¿Cómo fue que accedió a proporcionarle las sustancias que le pedía?

Lucrecia pareció despertar de un letargo. Y contó todo lo referente a Mario Aventino, sin omitir un detalle.

—Eso es una importante circunstancia atenuante —comentó Páramo—. Le buscaremos un buen abogado. Saldrá bien de esta. Se lo aseguro. Ahora tiene que seguirnos.

Cerramos aquella casa, que se quedó como bajo una transparente campana de silencio, triste.

Niza, 29 de agosto de 2018.